

Ateneea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



SUMARIO: *La nueva Ley de Propiedad Intelectual* □
Carlos Keller: *El capitalismo primitivo* □ **A. Castro**
Leal: *Mi harem pictórico* □ **M. Latorre:** *La miel del*
rico □ **Tristán de Athayde:** *Las tres poetisas del*
sur □ **J. Gustavo Silva:** *Asténico* □ **Ophelia Rodríguez de**
Casali: *Poemas* □ **J. Torres Bodet:** *La obra de González Martí-*
nez □ **Carlos Richet:** *El lenguaje y la inteligencia* □ **Picón Sa-**
las: *María Isabel* □ **Juan de Armaza:** *Los Quiscos. La Tenca*
 □ **Hombres, ideas y libros:** **Enrique Mo-**
lina: *La ideología del señor Leopoldo Lugones. Fuerza o valores*
espirituales. La hora de la espada y los conceptos de democracia
 □ **M. Vega:** *El humorista Forain* □ **Eduardo Barrios:**
Dos veces amantes, por Sousa Costa □ **R. Silva Castro:**
Dos libros sobre los misterios de Asia □ **Enrique L.**
Marshall: *El enigma de Juan Ruiz* □ **E.:** *Libros varios*

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 3.00 ~ Mayo 31 de 1925

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Representante General en Santiago: Eduardo Barrios

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO II

MAYO 31 DE 1925

NÚM. 3

La nueva ley de propiedad intelectual



DURANTE noventa años hemos arrastrado en Chile una vergüenza, una vergüenza larga y desconsolada, irritante, exasperante. Bajo una ley de propiedad literaria dictada el año 1834, los hombres de pensamiento han debido soportar que se les englobara en el calificativo de *piratas* que el extranjero nos daba; porque bajo esa ley, cuyo fin único fué el de proteger por privilegio la entonces incipiente industria de la imprenta, nos mantuvo obstinadamente el legislador, ese mismo legislador que enarbolaba la enseña de la cultura cuando alegaba garantías para el derecho de la propiedad material. Cien veces los escritores reclamaron para sus obras también la garantía.

En balde se agitaron, de nada les valió invocar razones extremas que iban a buscar hasta en el campo comunista. Dentro del principio del propio Marx, alegaban, la propiedad intelectual queda a salvo de la socialización. Sólo una propiedad es legítima, dicen los comunistas: la de aquella obra que produce el intelecto por fuerza personal y libre de toda materia tomada de otra producción natural. Condenado el comercio, condenada la posesión exclusiva del bien raíz, condenada la industria en provecho de un solo individuo o de un grupo privilegiado, el fruto del ingenio humano se mantenía a salvo, acaso por el respeto al espíritu, chispa misteriosa que en las lindes reverenciadas de lo divino o, a lo menos, de lo incognoscible, detiene hasta la petulancia doctrinaria de los sociólogos; y sólo desconocían este derecho los pueblos atrasados para quienes el concepto civilización era un ruido vacío de significado. Sin embargo, nosotros vivíamos como esos pueblos, frente a un derecho tan vital y noble. Nunca faltó, cuando la colectividad pensante pidió afrontar el problema, algún interesado en la perpetuación del abuso, que influyera sobre nuestros legisladores y lograra frustrar la tentativa. Durante la administración del propio señor Alessandri, este Presidente envió al Congreso un proyecto de ley reparador, y tuvo la misma suerte: el archivo, donde, según la frase estereotipada de los discursos parlamentarios, tantas buenas intenciones duermen el sueño del nirvana. Ha sido necesario el accidente político, la situación de facto, para que un gobernante consciente y de mente moderna, el señor José Maza, elaborase una ley de propiedad intelectual, amplia y

completa, y que la impulsara ante la Junta de Gobierno hasta obtener su dictación. Es, por lo menos, un contraste. No queremos discutir ni siquiera apreciar el fenómeno políticamente. Pero es, en todo caso, un contraste que enaltece al señor Maza y atrae sobre él esa fuerza que ya los escritores le han brindado en su nota del P. E. N. Club: la gratitud inteligente. Gracias a la decisión de este Ministro, y en buena parte también al Director General de Bibliotecas, don Carlos Silva Cruz, colaborador en esta obra del señor Maza, Chile se desprende esa vergüenza larga, de la cual ha debido tirar tantos años, en medio de comentarios tristes y hasta coléricos, del extranjero.

Porque es menester recordar cuánto se nos ha dicho.

- País pirata, pueblo de cafres, amparador de ladrones...; cuanto calificativo descomedido e hiriente hay se nos ha aplicado a raíz de cada nuevo delito de comerciantes que ni siquiera eran siempre chilenos, sino simples radicados en esta nuestra tierra de tan fácil explotación. Y es, también, menester recordar que tales usurpaciones alcanzaron más de una vez proporciones cínicas. Oíamos en días pasados comentar estos pasos a don Alberto Mackenna. Nos narraba el Intendente de Santiago las escenas en que le había tocado ser interlocutor abochornado, en París, con Blasco Ibáñez, con Paul Bourget, con el autor de *Los Hijos Artificiales* y otros. El uno le había dicho, a guisa de saludo: «¿Y cómo están viviendo en su país esos ladrones?»; el otro: «En esta materia, señor, no hay más que o la decencia o la piratería»; el tercero... el tercero quería venir a Chile a cobrar todos los derechos que se le debían, y,

al saber que no había ley que le amparase, calificó nuestra legislación como era de rigor. Y don Miguel de Unamuno, y José María Carretero, y Julio Camba, y ciento han clamado en forma semejante contra nosotros. Por último, como si la piratería en nuestro territorio no bastase, países vecinos habían descubierto el medio de burlar sus leyes y lanzar ediciones fraudulentas: poner a esos libros ilegalmente editados la firma imaginaria de una editorial de Santiago de Chile.

Este perjuicio lo pudo palpar recientemente en Italia Gabriela Mistral. Cuando la poetisa visitó a Giovanni Papini, éste le protestó con violencia de la edición que de su «Historia de Cristo» se había hecho, según él y según el pie de imprenta, en Santiago. La poetisa ignoraba que tal usurpación se hubiera realizado en Buenos Aires, y hubo de sufrir callada, recibéndola como fuego sobre sus mejillas, la indignación del pensador romano.

La nueva ley ha puesto término a esta situación. No seguiremos, por tanto, evocando pasadas vergüenzas. Veamos, en cambio, la decencia del porvenir.

Desde luego, la propiedad chilena adquiere garantías mayores y de más extensa duración. Hasta veinte años después de la muerte del autor, éste y sus herederos gozarán del uso exclusivo de la obra intelectual. Están comprendidos en ella todos los frutos de la inteligencia, sean de índole científica, literaria, de artes figurativas, musicales o de otra forma que la civilización pueda crear. La propiedad se constituye por su inscripción en un registro conservatorio de iguales garantías que el de los bienes inmuebles. La propiedad intelec-

tual extranjera, toda vez que se inscriba en Chile, gozará de los mismos derechos que la nacional. Y aun más, para los trabajos aparecidos en los periódicos, como para los discursos, conferencias o recitaciones públicas, bastará advertir que los derechos de reproducción se reservan, para que nadie pueda reproducirlos sin venia del autor.

Esta última disposición es lógica y está de acuerdo con todas las legislaciones modernas sobre la materia. No puede exigirse a un periodista, por ejemplo, que escribe un artículo diario, en Santiago, o en provincias, o en el extranjero, que inscriba cada uno de sus trabajos. En la imposibilidad de tal trámite, se han puesto los legisladores de todos los países. Bastará, pues, que en adelante el periódico ponga al pie del artículo cuya reproducción desea vedar, que ella queda prohibida, para que nadie en Chile pueda transcribirlo. Al periodista, en particular, viene a beneficiar esta medida. Son muchos los que en Santiago, Concepción y otras ciudades importantes escriben para la prensa y ven de continuo reproducidos sus escritos en publicaciones periódicas de empresas provincianas que deberían, como lo deberán en lo futuro, remunerarles el trabajo con que se benefician o encargarles crónicas especiales. Las mismas empresas periodísticas, que acaso crean recibir un perjuicio con la prohibición de reproducir a su albedrío, como hacían hasta hoy, la producción extranjera, obtendrán a la inversa un provecho. Enaltecerán sus páginas por medio de la redacción original, nacionalizarán más la prensa y, sobre todo, cumplirán con la primera de sus misiones, la de acrecentar la cultura patria recla-

mando colaboración a las plumas del país, estimulando nuestra producción intelectual, diferenciando sus columnas con el sello de la raza en todas sus actividades. Tampoco escucharán más el comentario deprimente que hoy suele hacerse, cuando se advierte que hay secciones de nuestros diarios que son mera copia de algunos rotativos de Buenos Aires.

El plazo de veinte años después de la muerte del autor, que establece la ley para que la obra sea de dominio común, nos parece prudente. En los países de Europa, esta prescripción de la propiedad no llega hasta los cincuenta años contados desde el fallecimiento. Razones de país joven pueden en cambio aconsejar esta restricción en bien colectivo. No podía, en ningún caso, persistir el plazo de cinco años que estipulaba la vieja ley. Sabido es que la mayoría de los autores, los escritores especialmente, obtienen grandes ventas de sus obras justo cuando la muerte les ha prestigiado. Este prestigio suele llegar con la revisión de valores que la desaparición de la persona permite y con la perspectiva que al sujeto dan cinco o diez años de distancia.

La propiedad del pseudónimo es otra garantía de la nueva ley, como lo es la disposición reglamentaria que exige que el registro para estas inscripciones sea privado. Causa también tranquilidad la previsión observada para los casos de colaboración, de transferencia de derechos, de transmisiones por fallecimiento, de clara delimitación en ciertas prerrogativas relacionadas con las obras póstumas. Asimismo, las sanciones y sus procedimientos; y, principalmente, la acción popular. Todo ello revela buen sentido legislativo, deseo de prevenir pleitos, one-

rosos siempre para quienes viven dedicados a labores del espíritu y van alzando heroicamente en la pobreza el edificio de nuestra cultura, tan desamparada, tan en menos tenida por el común de los estadistas chilenos.

Un aspecto de la ley creemos que despertará comentario interesado en el extranjero. Mas, aparte de merecerlo sólo al extranjero, tiene una justificación económica. Es el relativo a la estampilla de impuesto que requiere toda inscripción de propiedad. Ciertamente es que este requisito de inscribir la propiedad en nuestro país y de costear ella algunos pesos significa una relativa molestia. Pero ni Chile estaba hoy en situación de crear un servicio en bien universal sin que se costeara, ni podía anticiparse a establecer precipitadamente normas que necesitan reciprocidad. Si más adelante nuestras Cámaras acuerdan adherir a la Convención de Berna, podrán suprimir esta condición. Entretanto no veamos asegurado el intercambio, será imprudente toda anticipación. Hay, pues, aquí un punto por resolver, respecto del cual el dictado ha sido hoy de simple criterio discreto, en espera de ocasión para liberalidades económicas mayores. Bastante hemos avanzado con lo hecho.

El arancel establecido es, por lo demás, adecuado a la expectativa de utilidades que cada género de obras ofrece. El libro de versos, por ejemplo, sólo paga cinco pesos por la constitución de una propiedad que dura la vida entera del autor y veinte años después de su muerte; siguen en gradación calculada otras obras, como las teatrales, que deben pagar cinco pesos por acto; y se llega así a la cifra mayor, de cincuenta pesos, para las películas cinematográficas, los textos de enseñanza y los

proyectos de ingeniería y arquitectónicas, obras destinadas, como se sabe, a obtener beneficios pecuniarios crecidos.

Es, por último, una medida de decoro la de exigir, tanto para la reproducción lícita de las citas, como para la de toda transcripción en general, que se indiquen las fuentes.

En suma, la dictación del Decreto-Ley de Propiedad Intelectual envuelve una reparación a nuestro pensamiento desatendido por tantos años, un reconocimiento del más legítimo de los derechos al mundo civilizado, una obra de cultura. Larga espera, duro lidiar, excesivos sinsabores nos ha costado; mas... ya los latinos lo advertían: *Ad augusta per angustia*.

Carlos Keller R.

El capitalismo primitivo

PARA ciertos economistas, nuestro sistema económico actual obedece a ciertos principios que consideran absolutos, eternos, insuperables. Creen que, en 1789, la humanidad alcanzó una altura que si bien no era perfecta del todo, se está perfeccionando rápidamente; de manera que todo el desarrollo histórico de los siglos pasados llega a culminar precisamente en nuestros días.

Pero la evolución que hemos presenciado en los últimos años nos ha demostrado de nuevo cuán útil es considerar todos los fenómenos sociales desde el punto de vista histórico. Dentro de unos pocos siglos o quizás decenios, nuestro capitalismo llegará a pertenecer a la historia, y entonces los hombres sonreirán al leer las obras ingenuas que han publicado nuestros hombres progresistas.

En realidad, el capitalismo moderno es un sistema económico que ya está adquiriendo caracteres históricos en muchas partes, para ser superado y sustituido por otros organismos económicos que no están determinados por los principios fundamentales del capitalismo. Citemos como ejemplo el principio de la libre competencia. En los grandes «trusts», propietarios hoy de numerosas, importantes materias primas, como ser el petróleo, el cobre, el yodo, etc., y de numerosos grupos de las grandes industrias, ya no está en vigencia aquel principio. La economía de los últimos años nos presenta en todas partes la formación

de tales organismos de enormes proporciones que quizás llegarán a organizar algún día toda la economía mundial sobre la base de un único sistema económico. Esos organismos tienen gran semejanza con el ideal económico que preconizó Carlos Marx: se trata de sustituir la libertad casi ilimitada del capitalismo moderno por una organización de la economía en la forma de enormes trusts, los que pueden llamarse estados, y dentro de los cuales cada obrero y empleado tiene la calidad de un empleado fiscal.

Pero quizás sea prematuro hablar de esta evolución que apenas comienza a manifestarse. Ciertamente es, con todo, que el optimismo que reinaba hace sólo unos pocos decenios respecto del capitalismo moderno, se está desvaneciendo. A la nueva generación, se le presenta como algo que ya se está convirtiendo en historia. Ya no nos encontramos en el centro de la evolución capitalista moderna; podemos observar sus fenómenos en una forma más desapasionada, más tranquila. Y quizás, como consecuencia de ello, las épocas que precedieron al capitalismo moderno, y que fueron combatidas tan enfáticamente por el capitalismo, ya no se nos manifiestan en esa forma lúgubre, feroz, como a nuestros padres. Estamos en situación de contemplarlas como meros observadores.

No digo yo con esto que la época que precedió directamente al capitalismo moderno haya desaparecido del todo. Por el contrario, la mayoría de los Estados se encuentra aún en gran parte en la época que denominaré del capitalismo primitivo. Aun en nuestro propio país, los fundamentos del capitalismo primitivo están en vigencia en varias ramas de la economía y son aún la forma de vida de vastas clases sociales.

Para un investigador moderno, existen tres diferentes capas económicas simultáneas en nuestra economía actual: el capitalismo primitivo, el capitalismo moderno y aquellas primeras manifestaciones de una nueva evolución económica, todavía no denominada.

El capitalismo primitivo es aquella forma de satisfacer las necesidades humanas que llegó a desarrollarse desde que España

se colocó a la cabeza de las naciones occidentales; es decir, desde el tiempo de Carlos V, y, especialmente, de Felipe II, cuyas reformas económicas no han sido estudiadas hasta la fecha en la forma que merecen. La primera nación que dió una nueva organización económica a los pueblos occidentales, fué Inglaterra, desde mediados del siglo XVIII. Pronto la siguió Francia.

En Alemania, la nueva evolución—que llamaremos el capitalismo moderno—sólo llegó a manifestarse después de la revolución del año 48. En Estados Unidos de Norte América llegó a predominar después de la Guerra de los Esclavos, y en la mayoría de las demás naciones, en una fecha posterior.

Imposible es fijar fechas absolutas. Los grandes movimientos sociológicos se producen lentamente, y como ya dije, las formas pre-existentes no desaparecen desde luego totalmente, sino se mantienen, perdiendo, sí, parte de su influencia.

Trataremos de exponer aquí en grandes rasgos, en qué consiste el capitalismo primitivo, comparado con el capitalismo moderno.

* * *

En la época del capitalismo primitivo, el hombre era aún la medida de todas las cosas.

Es éste uno de los principios fundamentales que estaban en vigencia hasta principios del siglo actual. Interesante es observar las luchas que se libraron en aquel tiempo sobre esta cuestión. Newton era uno de los primeros genios que preconcieron las ciencias modernas. Empleaba aparatos científicos para observar los fenómenos de la naturaleza; definía los colores según las ondulaciones del rayo de luz. De esta manera, se llega a fijar la existencia de colores invisibles para nuestros ojos, como, p. ej., el color ultravioleta. Goethe, genio quizás mayor que Newton, también estudió los colores y publicó una obra de gran alcance sobre ellos. En su controversia con Newton, niega la existencia de colores invisibles para nuestros ojos. Para él, el universo sólo existe en cuanto puede ser observado

por los sentidos del hombre. No reconoce la existencia de fenómenos físicos fuera de lo que puede observar el hombre: el hombre es la medida de todas las cosas.

Pero el hombre no sólo es la medida de las cosas, sino que se encuentra, también, en el centro de la economía. En el capitalismo primitivo, el negocio sirve al hombre, y no el hombre al negocio. El hombre no era aún el esclavo de la economía. Era considerada ésta como mero medio necesario para poder existir. En el centro de la preocupación de los hombres se encontraba aún... su alma, su espíritu. La religión, las artes, la filosofía, las diversiones de toda especie, llenaban la mayor parte de las horas del día. El ideal consistía en la perfección de la parte espiritual, eterna del hombre; no en tesorar riquezas, en producir bienes materiales.

Así se explica que los hombres del siglo XVIII fueran hombres perezosos, para emplear un calificativo moderno. Franklin, una de las grandes personalidades de la época, y, además, uno de los hombres más laboriosos, dice en sus Memorias, que su jornada de trabajo diaria era de seis horas. Y se consideraba como excepcionalmente trabajador. En la mayoría de las pequeñas industrias de esa época, el trabajo cesaba durante muchos meses del año. No había trabajo para ocupar a los trabajadores, como, p. ej., no lo hay durante todo el año en numerosísimos fundos de nuestro país, en el siglo XX.

Todas las actividades se ejecutaban con gravedad y reposo. No se conocía aún esa manera, tan peculiar a nuestras grandes urbes, de moverse y de trabajar. Aun hoy, un provinciano pierde fácilmente la razón al tener que cruzar una calle central en cualquiera ciudad de más de 200,000 habitantes. Y colóquese en nuestras calles modernas a un *grandseigneur* del rococó: no podría moverse en este mundo tan atolondrado y extraño.

A este ideal de una vida tranquila y reposada, correspondían las máximas de la vida comercial. Trabajar lo menos posible y hacer grandes ganancias, era el ideal del comercio, en oposición al moderno, el cual, si bien es obtener las mayores ganancias posibles, trata de hacerlas mediante grandes transacciones y

poca ganancia por unidad. En el siglo XVI, los comerciantes de Sevilla consideraban un 300% como ganancia mezquina.

Al mismo principio obedece la resistencia que se manifiesta contra la libre competencia. Hoy están permitidos todos los medios, fuera de las pocas prohibiciones que contiene el Código Penal. En el período del capitalismo primitivo existían numerosísimas trabas que se oponían a ese principio. Era prohibido, por ejemplo, hacer *réclame* de cualquiera especie. En París, se prohibieron, a fines del siglo XVIII, los avisos en los periódicos.

Toda la vida era tradicionalista. Lo que habían considerado razonable los padres y los abuelos era aplicado, tanto en cuanto a los métodos técnicos, como en cuanto a las máximas éticas que regían la vida económica. El pasado domina completamente sobre el presente, mientras que en la época del capitalismo moderno basta con expresar que un método técnico, p. ej., data de hace 10 o 20 años para descalificarlo completamente. Esta forma de concebir la vida fué modificada sólo a fines del siglo XVIII, cuando se inició el movimiento racionalista, que es, en cierta manera, una de las bases del capitalismo moderno. Era uno de los grandes golpes contra el empirismo que había predominado hasta entonces.

Debido a este tradicionalismo, las bases de la economía eran muy sólidas y estables. No se conocían aún las grandes crisis económicas del siglo XIX. Ciertamente es que hubo crisis en todos los tiempos, pero estaban ellas, antes del siglo XIX, basadas en catástrofes extraordinarias, como las grandes sequías, las guerras, etc., y no en meros hechos económicos, como las especulaciones erróneas.

Existía una ética bien definida sobre muchos hechos económicos, los precios, los intereses que era lícito cobrar, etc., máximas que se habían conservado desde la Edad Media y que vinieron a desaparecer en el curso de la evolución del capitalismo moderno.

Existía, en la época del capitalismo primitivo, un sistema económico bien organizado. La legislación económica estaba mucho más desarrollada que en nuestros días. En el campo, había comunidades rurales que regularizaban toda la vida campesina. La propiedad rústica estaba parcelada en pequeñas fajas de terrenos que no se podían explotar, sino mediante un trabajo sistemático y ordenado de todos los vecinos. En consecuencia, existían reglamentos sobre todas las faenas. El tiempo de la siembra, de la cosecha, de la preparación de los campos, era fijado por la comunidad. Dentro de las ciudades, correspondía igual importancia a los gremios. El maestro del gremio repartía los trabajos entre los diferentes artesanos, prescribía los materiales que se debían emplear, fijaba el número de aprendices y de oficiales que podían ocuparse.

El ideal social de esta organización consistía en una democracia de hecho, y no formal, como lo es la nuestra. El fin de toda la legislación económica consistía en impedir la formación de grandes fortunas. Quien trataba de quitar su clientela a un artesano, era castigado rigurosamente. Hacerle posible la vida a la mayor cantidad de hombres de igual situación social y de iguales rentas, era uno de los principios fundamentales de este período.

Este ideal fué destruído por el capitalismo moderno, mediante un sistema de privilegios concedidos por los Estados a ciertos empresarios. Obtuvieron éstos el derecho de ponerse por encima de todas esas trabas que existían para los demás hombres. Estos primeros empresarios eran modernos piratas políticos, que habían reunido una fortuna en forma más o menos aventurera, y que se dedicaron, con sus riquezas, a la producción. Sombart, en su soberbia obra «El capitalismo moderno», cita numerosos ejemplos a este respecto. En su obra, el lector encontrará documentados minuciosamente los hechos a que me refiero aquí.

* * *

No menos sujeta a un sinnúmero de disposiciones legales estaba también la técnica en el período del capitalismo primitivo. Como ya hemos visto, predominaba lo empírico. No se empleaban aún los métodos mecánicos y científicos de que disponen las empresas modernas. Estaba limitada la técnica capitalista primitiva por los límites de la naturaleza orgánica. El hombre empleaba casi exclusivamente materiales de la naturaleza orgánica. Por ejemplo, en primer lugar, la madera. Casi todos los utensilios y herramientas eran de madera. También se empleaba esta materia para producir otros materiales, como el fierro: los hornos eran calentados con leña. En la tintorería y en la mayor parte de las industrias, se empleaban materias de la naturaleza orgánica. Y en vez del vapor que mueve nuestras fábricas, la energía del capitalismo primitivo era el agua de los ríos y arroyos y el viento. El molino es el establecimiento industrial peculiar a este período, y así lo vemos predominar también en el paisaje.

* * *

Las relaciones económicas entre los individuos tenían un carácter netamente personal; todos los negocios se cerraban por los mismos interesados; no se conocía la compra a grandes distancias, ni tampoco la compra por muestras; en las grandes ferias de este período, las mercaderías estaban a la vista.

El mismo carácter presentan los créditos y aún los empréstitos fiscales, los cuales eran facilitados a los Estados por grandes capitalistas. No se conocían todavía los bonos hipotecarios; las letras no eran endosadas; el sistema monetario era rígido, y no se conocía el papel moneda. Tampoco les correspondía importancia alguna, dentro de la economía, a las sociedades anónimas, con sus acciones al portador, propias del capitalismo moderno. Cada empresa pertenecía a un determinado individuo conocido de todo el mundo, mientras que en nuestro

economía, nadie sabe a beneficio de quién trabaja y produce una empresa.

Este mismo carácter personal existía también en cuanto a las relaciones entre el patrón y el obrero. El patrón se consideraba artesano llegado a mayor fortuna, debido a las contingencias de la vida; no pertenecía a una casta social separada por todo un mundo del obrero. La familia patriarcal se mantenía intacta, y el hogar comprendía también a los domésticos y oficiales empleados en la respectiva industria.

* * *

La base de toda la economía era la agricultura. Según un censo levantado en Francia en 1818, el 79% de la población era rural. En Alemania, aun en 1849, la población rural formaba el 61% de la población del país; actualmente no alcanza al 30%.

Los países europeos eran exportadores de cereales y otros productos agrícolas. A pesar de su población relativamente elevada, había un sobrante en la agricultura; mientras que en nuestros días depende su existencia de la importación de cereales y carnes extranjeras.

* * *

En el curso del siglo XVIII, y aun antes en ciertas regiones y en algunas ramas de la economía, como luego veremos, este sistema económico experimenta un completo trastorno. Las verdaderas causas de este nuevo movimiento son de índole sociológica, y no vamos a analizarlas en este estudio. Podemos decir, sí, que dentro de la economía, se nos manifiesta un nuevo espíritu: si antes el hombre, con sus anhelos espirituales superiores, se había encontrado en el centro de todas las actividades sociales, de aquí en adelante, él ya no trabaja con el exclusivo fin de ganarse la vida, sino con el objeto de obtener ganancias, de dar a sus actividades económicas el mayor desarro-

llo posible y de imponerse en la lucha por la vida económica. La economía comienza a observar completamente todas las demás actividades humanas.

Este nuevo desarrollo,—que conduce hacia el capitalismo moderno,—comienza en el comercio al por mayor. En las ciudades italianas del período gótico, ya habían existido grandes empresas mercantiles que pueden calificarse de capitalistas, en el sentido en que empleamos este término actualmente. Allí se desarrolla, por primera vez en Occidente, un sistema monetario bien organizado. Allí comienza a independizarse el sistema económico de la voluntad del hombre, y a imponer a ésta sus leyes propias. Allí todos los hechos económicos llegan a ser reducidos a números que representan valores y que forman una de las mayores maravillas espirituales que haya producido el genio occidental: la contabilidad. En la contabilidad moderna, se reflejan todos los hechos económicos de la empresa. Aun más: todos aquellos hechos sólo se realizan con el objeto de producir un saldo lo más favorable posible para el capitalista. La contabilidad llega a ocupar una situación central dentro de nuestra economía. Y, simultáneamente, tiene lugar el desarrollo de la empresa dirigida a la autonomía del individuo a que pertenece. En el capitalismo moderno, el hombre desempeña un papel secundario dentro de la economía: es la empresa, como tal, la que le impone su voluntad; el hombre es el esclavo de su negocio. Por eso hablamos con mucha razón de la firma o razón social como de un ser independiente de su propietario: puede adquirirse y venderse esa firma social.

Esas primeras grandes casas comerciales fueron pronto superadas por las Sociedades Coloniales de Holanda e Inglaterra. Ellas iniciaron la compra a distancia y por muestras.

En las industrias se inició esta nueva evolución debido a ciertas condiciones naturales que requerían nuevos métodos para que se pudiera obtener un resultado. En la minoría disminuía la ley de los minerales extraídos de la tierra, y era necesario, en muchos casos, construir socavones y piques mucho más profundos, para poder explotar las minas. Ambas causas de-

mandaban la inversión de capitales de que no disponían los pequeños artesanos. Preséntase, entonces, un capitalista que ofrece este capital al minero. En los primeros tiempos, éste lo acepta en calidad de préstamo; pero, cuando continuaba careciendo de capital o cuando cualquier percance le hacía imposible el pago del capital e intereses, el capitalista le embargaba la mina y comenzaba a explotar por su propia cuenta. Hacíase también necesario emplear un mayor número de obreros; y he ahí a nuestro capitalista moderno con la propiedad de la mina, haciendo trabajar bajo sus órdenes a 30, 50 o más mineros.

En las demás industrias, puede observarse la misma evolución hacia el capitalismo. Los tejedores no estaban en situación de poder comprar las materias primas necesarias; viene un capitalista y se las facilita. Respecto del sistema económico de producir, nada ha cambiado por el momento: los artesanos continúan trabajando en sus pequeños talleres propios, pero producen pronto por cuenta exclusiva del capitalista. En una época posterior, éste comienza a establecer un taller propio y obliga a los artesanos a prestarle sus servicios en él. Más tarde aún, empléanse máquinas en grande escala, y el artesano independiente de antaño se convierte en obrero industrial.

Ese orden económico, como existía hasta principios del siglo XIX, es decir, el trabajo de pequeños artesanos que producen en su propio hogar, pero que ya dependen de un capitalista, nos es pintado en todos sus detalles en el tercer libro de la hermosísima novela de Wolfgang Goethe, *Wilhelm Meister*.

En este mismo período, existían también grandes industrias, pero no en la forma de empresas fabriles, sino de manufacturas. En ellas predominaba la obra de mano sobre la obra mecánica de la fábrica. Pero había también algunas fábricas, cuyo desarrollo data de mediados del siglo XVIII. La industria moderna no es precisamente la sucesora de la manufactura; ambas formas de organización representan, por el contrario, algo perfecto en sí y no superable. La mueblería artística moderna jamás puede ser sustituida por la fábrica, pues en ella siempre pre-

dominará la obra de mano. Y de otro lado, muchas industrias modernas jamás estuvieron organizadas en forma de manufacturas.

Pero, a pesar de su relativa extensión, estas manufacturas e industrias no pertenecen al capitalismo desarrollado. Tenían un carácter rural; no había todavía centralización en grandes centros industriales; se producía en todas partes, pero especialmente en la vecindad de los ríos y bosques.

* * *

Hay que agregar a estos hechos, que fueron de tanta importancia para la formación del sistema económico actual, otra circunstancia que fué, hasta cierto grado, casual. Me refiero a la expansión colonial. En las colonias, el capitalismo moderno se pudo desarrollar en una forma mucho más libre y vigorosa, porque no existían todas aquellas trabas a que me he referido. Con la ayuda de razas extranjeras, los colonizadores europeos se dedicaron a explotar las minas y a cultivar los campos. El europeo era aquí netamente el director de la empresa; los obreros eran siervos o semi-siervos. Así se explica que con la institución de la servidumbre personal, de la mita, etc.,—que existían tanto en las colonias españolas, como en todas las demás,—se pudieran desarrollar empresas que son, en un alcance mucho mayor, los primeros representantes del capitalismo moderno. Aquí hubo minas con muchos centenares de obreros, y latifundios explotados según un plan preconcebido por el terrateniente.

Este nuevo tipo capitalista no se desarrolló en todas partes en la misma forma. En el imperio español existía un poder central vigoroso, y por eso, en las colonias españolas, gobernaba el representante del rey, quien imponía, en su calidad de tal, numerosas leyes sociales al colonizador. En las colonias holandesas e inglesas, en cambio, el poder se encontraba en manos del Director de la Compañía Colonizadora. Véase, por ejemplo, el caso de Lord Clive.

* * *

Si bien en este período de nuestro desarrollo económico occidental hay manifestaciones de nuevas tendencias, no debe olvidarse que éstas son de poca intensidad. No existen aún resultados definitivos. Hay, en el mejor de los casos, una mezcla de dos diferentes sistemas. La causa de no haberse desarrollado formas puras, hay que buscarla en los embarazos de diferente índole que se oponían a la evolución.

Estos obstáculos, estas trabas, son, en primer lugar, de índole psicológica. Siempre es el hombre el causante de los grandes movimientos sociales. De la disposición de su espíritu depende, pues, más que de cualquiera otra causa, el resultado a que se llega. Y precisamente la disposición general del hombre en el período barroco, era opuesta a una plena evolución económica. Dedicar todas sus actividades a la economía, era cometer un sacrilegio, un pecado mortal. Se detestaba el exceso en el trabajo. El medio ambiente de aquel tiempo tenía un carácter rústico, rural. Predominaba la idiosincrasia del campesino, es decir, el conservatismo, la lentitud, la poca agilidad espiritual. Las mejores fuerzas de la nación se ocupaban en actividades no-económicas: las letras, las artes, la iglesia, la política, la administración, el ejército. «A iglesia, o mar, o casa real», dice un adagio del tiempo de Cervantes. Iglesia y casa real eran ocupaciones espirituales y administrativas; mar era, en primer lugar, la guerra marítima y la piratería. Las grandes familias vivían en la metrópoli y llevaban ahí una vida de rentistas, de lujo y diversiones. Las fincas eran administradas por empleados o dadas en arriendo.

El capital disponible en aquellos Estados barrocos no era invertido en la economía, sino, en su mayor parte, en empréstitos fiscales. El Fisco se encontraba en continuas penurias, pues se mantenían casi todas las naciones en no interrumpido estado de guerra. De los 200 años transcurridos desde 1600 hasta 1799, 154 corresponden a años de guerra en Europa. Y esas guerras

eran, en gran parte, guerras a sangre y fuego, en que se destruían sistemáticamente vastas regiones productivas. No mencionaré sino la invasión de las provincias renanas hasta Heidelberg, por Luis XIV, quien ordenó destruir sistemáticamente todas las grandes ciudades de aquella región, de manera que el viajero que la visita no ve, aún hoy, sino ruinas de aquel tiempo a ambos lados del Rin y en las regiones limítrofes. Además, se produjeron varias revoluciones en la segunda mitad del siglo XVIII, que igualmente estorbaron el desarrollo económico.

El fanatismo religioso no se tranquilizaba antes de expulsar de algunos Estados a grandes masas de incrédulos. Así fueron expulsados de Francia los hugonotes, que se radicaron en Inglaterra y Alemania.

Otro grupo de embarazos que se oponía al desarrollo industrial, es uno de índole técnica. A él pertenece también la higiene deficiente; la peste se repetía con cierta regularidad cada diez años en Europa, causando enormes estragos en la población; el estado de salubridad de las grandes ciudades era pésimo, superando casi siempre las defunciones a los nacimientos.

Los procedimientos técnicos estaban aún muy poco desarrollados, por lo cual, y debido a la falta de materias primas, la producción no podía realizarse en grande escala. Faltaban especialmente maderas, porque las existencias forestales de la Europa occidental se habían agotado. Especialmente en los países más adelantados de este período, es decir, en España, Italia y Francia, la falta de madera era muy grande. Hasta nuestros días, estos países no poseen aún plantaciones forestales de alguna consideración. Así se explica también la tendencia de la política de estos países a formar alianzas con los países de la Europa oriental, los cuales les podían proporcionar las maderas necesarias. Y, como habíamos visto ya más arriba, la madera era en aquel tiempo la materia prima más importante (la producción de hierro era, en Inglaterra, de 1,700 ts. a 1,750).

gran en gran parte, guetas a sangre y fuego, en que se des-
truyeron sistemáticamente varias regiones productivas. No mencio-
naré sino la invasión de las provincias renanas hasta Heide-
lberg.

* * *

Todas estas causas explican un malestar social que se ma-
nifestaba en todas partes y que tuvo por consecuencia nuevos
grandes trastornos sociales que dieron a la economía occiden-
tal una base completamente diferente.

CARLOS KELLER R.

El financiamiento de las industrias se transformó antes de ex-
plorar los recursos naturales. Estados Unidos y otros países de
comercio libre, como Inglaterra, que se dedicaron en
Inglaterra y Alemania, a la explotación de sus recursos
naturales. Otros grupos de imperios para oponer al desarrollo in-
dustrial es uno de los modelos técnicos. Al pertenecer también la
higiene debidamente, las pastas de resaca con cierta regularidad
cada diez años en Europa, buscando nuevos estragos en la
población al estado de salubridad de las grandes ciudades en
pésimo, supuestos casi siempre las deficiencias de los acor-
mientos, como el agua, para el desarrollo de las ciudades.
En los procedimientos técnicos, estaban aún muy poco desarro-
llados por lo cual y debido a la falta de materias primas, la
producción no podía realizarse en grande escala. Fallaban espe-
cialmente materias primas, las constantes forestales de la Euro-
pa occidental, se habían agotado. Especialmente en los países
más adelantados de este período, como Francia, Italia y
Alemania, la falta de madera era muy grande, hasta que los
dos países no poseen una plantación forestal de alta
consideración. Así se explica también la tendencia de la pro-
ducción de estos países a formar alianzas con los países de la
Europa oriental, los cuales les podían proporcionar las materias
necesarias. Y como habíamos visto ya más arriba, la madera
era un producto muy importante (la pro-
ducción de hierro en Inglaterra de 1.700 ts. a 1.750 ts. en
1850). Y como se ve en el cuadro adjunto, la

Antonio Castro Leal

Mi harem pictórico



HACE años, pobre, vivía de la tranquila mirada de la Santa Catalina de Pietro Lorenzetti. Discurría por Nueva York, entre un millón de judías, sin darme cuenta de que la Santa tenía rostro israelita. Así es el amor.

Después, las mujeres se me quebraron en el cubismo, y perdí el gusto como un cloroformado de ayer. Dentro de mí llevaba, como un sueño, los suaves volúmenes del *Baño turco* de Ingres; vivía en una perpetua lucha entre mis visiones y las mujeres de la pintura post-impresionista. Me apasioné, pero por mucho tiempo mis amantes turcas fueron un recuerdo que me obligó a la soledad.

Me volvieron al trato humano las mujeres de Renoir. Nunca viví, sin embargo, en verdadera intimidad con ellas; palpitaban, pero de su desnudez me quedaba la movida impresión del amante al que no se le permitió contemplar largo rato. En Cézanne nos vitalizaron, más que sus mujeres inquietas, sus ricos manjares inmóviles: sus peras y sus uvas, sus manzanas y sus vinos, la

sustancia de sus compoteras. ¡Ah! pero para poblar mi harem, tenía las mujeres que, recostadas o danzando, creaban los geniales apuntes de los pintores y escultores, donde una línea neta encerraba, con misteriosa fuerza de realización, un intenso volumen plástico.

Después de la guerra, la vida fué mejor. Las mujeres llegaron; mujeres sensuales, mujeres graves, llenas de sinceridad y de valentía, con un profundo sentido de inteligencia, de confianza y de convivencia. Hasta dónde podían decirse descendientes de aquellas que se quebraban años antes en los cristales o se bañaban en las aguas turbias de las praderas, todos lo saben. Eran hijas o nietas de aquellas otras; descendientes limpias y ecuanímenes de una generación inquieta. Empiezan a llenar mis mansiones; tienen la firmeza de las cosas bien construídas, su piel es sólo la superficie de su masa, y se acusan con rotundidad escultórica; de tal calidad es su substancia, que, ante ellas, las nuevas leyes de gravedad rigen, no sólo para la luz, sino para la visión. Estas mujeres subrayan su volumen, más que las construcciones suaves de Ingres, en donde hay un tacto más natural; parece que de entonces acá la carne se hubiera endurecido. Estas mujeres superiores, estoicas o voluptuosas, sólo sufren del *imperativo escultórico!*

Las encuentro en todos los grandes pintores modernos, en André Derain y en Felice Casorati, en José de Togores y en nuestro Diego Rivera. Unas tuvieron al principio un aire bestial y gigantesco, en otras la carne era una composición pétrea perfectamente pulimentada, pero han ido suavizándose de humanidad. Y aunque todas son soberbias, algunas se marchitarán, antes

que las otras. Entre tanto, vivo feliz como en mis tiempos del *Baño turco*.

Sin embargo, nunca nos dejan las preocupaciones. Ahora un deseo me enciende de inquietud. A pesar de que mi harem es numeroso y sólo en la antigüedad pudo encontrar igual, no descansaré hasta agregarle una nueva maravilla, acaso la más perfecta de todas; la milagrosa y natural desnudez de la dama de «La mantilla blanca» de Picasso.

Mi harem se derrama por el mundo; no hay lugar donde no encuentre alguna de estas mujeres desnudas, de perfiles distintos y volúmenes escultóricos, construídas para estético placer de turcos imaginativos, de aficionados sinceros y de filósofos sensuales.

A la hora del deseo, recorriendo la decimacuarta *Exposición de Arte* celebrada hace unos cuantos meses en Venecia, se levantó a mis espaldas una voz que murmuraba de la familia de algunas de estas mujeres mías. No puedo olvidar aquella frase, decía: «Lasciamo stare Piero della Francesca, per amore di Dio!»

ANTONIO CASTRO LEAL.

Mariano Latorre

La miel del rico



LBA fresca entre los altos robles. Chillar de diucas en los matorrales y maquis; chillar interminable, cada vez más nutrido, más penetrante a medida que la claridad se acerca; balido de ovejas en el corral, a espaldas del rancho.

La vieja, que duerme en el corredor, grita a su nieto:

—Chilo, que ya va a rayar el sol.

De entre unos cueros sucios, surge un puñado de harapos restregándose los ojos; coge, primer acto de su aderezo, un sombrerillo verdoso, roto en los bordes, que mete en su pelambre negra asomada en forma de dos cuernos por debajo de las orejas; el pantalón tiene tal conjunto de parches y trozos descosidos que da la impresión de hallarse crespado.

La voz de la abuela, una viejecita delgada de ojos rojizos y palabra temblorosa, recomienda al nieto:

—No ejís las ovejas solas como ayer, pa que se junten con las de Cheuqueán.

—Güeno, acepta bostezando el muchacho.

—No le busqué cachureo al hijo de Cheuqueán; si no, le igo a tu paire.

Pero el muchacho no contesta; ha quitado ya las tablas que forman la puerta del corral; y las ovejas, atropellándose, balando en todos los tonos, se precipitan por la angosta entrada y corren un trecho hacia el prado, se desparraman entre los inmensos troncos rojizos que no ha alcanzado el fuego destructor y que aun corona la verde pompa del follaje.

En ese instante el sol dora la cima de los árboles; el alba se ahoga en la clara luz: resuena, sedoso, el arrullo de las torcazas en las ramas; y en el aire, de increíble pureza, el grito de los chucaos se prolonga en extrañas sonoridades.

El muchacho arrea el rebaño heterogéneo, donde se mezclan las flacas ovejas indianas con el volumen hinchado de las razas extranjeras; algunas cojean lastimosamente, las pezuñas torcidas por la epizootia; otras tosen como viejas acatarradas; los lechones balan doloridos a la zaga de las madres; el muchacho lleva la honda recogida en el puño; al menor ruido de alas entre los matorrales, los cordeles se alargarán cobrando una vida repentina, y la honda se tornará en sus manos en una arma mortífera; pobre del cernícalo o torcaza que, descuidado, se ponga al alcance de sus ojos.

Las ovejas han amanecido andariegas; el pasto es tan mísero a causa de la seca, que sus dientes no alcanzan a cortarlo; el rebaño avanza, paso a paso, hacia los claros de la selva donde verdea el pasto al abrigo de la sombra; allí el bosque se hace compacto,

los robles se yerguen corpulentos, bañado el rumor de su copa en la quietud azul y luminosa del aire.

El muchacho recuerda aquí súbitamente: entre esos árboles está el pellín donde descubrió, hace algunos días, una colmena silvestre.

Siente el deseo de ir a inspeccionar el árbol; sin remordimiento, abandona las ovejas y las deja entregadas a su suerte; se interna en el bosque siguiendo la primitiva cerca de palos botados unos al lado de los otros, aun prendidos a sus troncos por rojas astillas resacas; allí está, aislado en un claro, el palo con su aéreo colmenar en la cúspide.

No es un árbol muerto; pero la llama alcanzó a morderlo en un roce no lejano; conserva su costra rojiza de pellín; uno de sus ganchos se alarga como un brazo que pidiera limosna y en él verdea un racimo de hojas primaverales, último vestigio de savia en el gajo seco: allí, en el punto de unión del gancho y del tronco, se ve el agujero negro por donde entran y salen las abejas incesantemente.

El chiquillo lo mira con placer, sus labios chasquean golosos al recuerdo de la miel; sus tripas gorgoritean, no satisfechas con el mísero ulpo y el desabrido plato de arvejas de la temporada. Espera sólo que su padre llegue de una cosecha en tierra de indios para comunicarle la nueva.

El roble está en la hijuela del rico; y aunque— según la tradicional costumbre del mediero— la mitad es del patrón, el muchacho sueña con el panal entero. Piensa que su padre será de su opinión.

Ya el sol está alto; y empieza a calentar. Verano

único, sin lluvias; desde la mañana un pesado sopor gravita sobre la campiña; los pájaros se ocultan en el follaje; sólo el tiuque vuela pesadamente de un árbol a otro; o algún cernícalo, en la punta de un palo seco, avizora su presa sin temor al sol canicular.

Chilo se decide a abandonar su tesoro. Mira hacia arriba, hacia la boca negra como una úlcera donde el zumbido característico rodea la inmóvil serenidad del viejo pellín.

Se pierde como un zorro entre los renuevos de maquis que retoñan en torno a los troncos carbonizados con fecunda pujanza; el rebaño ha pasado ya la puerta de trancas y corre hacia el descampado donde pastan las ovejas del indio Cheuqueán.

El muchacho empieza a rodearlas; más bien a jugar con su honda que despide proyectiles a tontas y a locas, a dar gritos que se repiten a través de umbrías y quebradas con misteriosa repercusión; el rebaño, a cada proyectil, a cada grito, toma una dirección distinta, se alarga o se ensancha como una nube, modelada por el capricho del viento.

Luego descansa. Ha cogido una rama de maqui acribillada con la mostacilla oscura y lustrosa de su fruta; hábilmente, como un chino, se traga una tras otra las sabrosas píldoras y aparecen unos enormes boquerones violados que agrandan cómicamente su boca como la de un payaso; se ha encaramado en una tranquilla; allí se confunde casi con la madera reseca da por el viento y el sol.

De pronto su cabecita va girando hacia los robles, buenos gigantes alineados pacíficamente unos al lado

de los otros; detrás de los pellines se divisa el techo de totora de un rancho; de allí ha salido con un hacha al hombro, el hijo de Cheuqueán; Chilo lo ve avanzar por entre los matorrales. Debe ir a rozar, piensa el ovejero; pero luego se queda estupefacto. Cheuqueán avanza hacia la hijuela del rico; lo ve azomarse por entre unos árboles y luego perderse entre los maquis. Un segundo le preocupa el camino de Cheuqueán; pero se tranquiliza; los pequeños puntos negros que salpican la rama empiezan a desaparecer rápidamente en la boca de Chilo; sigue con la vista el vuelo de unas bandurrias cuya corneta característica resuena en el bosque; luego se deja deslizar por la cerca al suelo.

Se vuelve de pronto sorprendido: en el silencio límpido de la selva se oye el acompasado, sonoro golpe del hacha que derriba un árbol. Chilo se representa rápidamente el origen de esos hachazos; su padre no está en la hijuela; nadie ha venido de las casas; luego es Cheuqueán que ha encontrado el panal y lo va a cosechar.

A este Cheuqueán lo tiene Chilo incrustado en el cerebro. Toda su espontánea agresividad de hombre primitivo la concentra en Cheuqueán. Descubre siempre panales y nidos en los árboles; tiene una potranca de año que ha comenzado a amansar; es un hombre de suerte, piensa Chilo con envidia.

Corre ágilmente entre los renuevos de maqui; salta como un cabro sobre los trozos cortados por la sierra para cercas y tablones, en dirección al panal. Al llegar, se asoma precavidamente entre las ramas.

El indio golpea el tronco del roble; el astil del hacha con su espejeante uña de acero es como una prolongación de su brazo de bronce; cae sobre el pellín y las astillas rojas, húmedas, perfumadas, saltan como gotas de sangre; la ancha herida se abre cada vez más hacia el corazón del roble; el árbol se estremece a cada golpe del hacha; gotas de sudor resbalan por el lustre oscuro de su piel; sin embargo, no desmaya.

Chilo permanece un segundo sin aliento, emocionado; no puede articular una palabra, en espera de una tregua del hacha para hablar; por fin, su voz entrecortada por la cólera le grita:

—¿Quién ti ha dao permiso pa voltiar palos en l'hi-
juela el rico?

El indio detiene asustado su tarea; reina durante un minuto, un silencio impresionante; luego se oye pesado, persistente, el zumbiar de las abejas en lo alto del roble, como una alada aureola rumoreante, ajena a lo que pasa al pie de su torre de marfil.

La sutil humareda de mil roces, en cada rincón de la selva, disemina en el aire su polvillo gris; envuelve los árboles en un tono opaco, que hace más bochornoso y pesado el calor; es como si la nota aguda de la mañana—rumor de ramajes, correr de aguas en la hojarasca, piar de pájaros—sonase en una sorda nota ahogada.

El indio, chorreante de sudor la ancha cara cobriza, el torzo desnudo, los brazos vigorosos en el astil del hacha, parece, por su inmovilidad, una estatua modela-

da en pleno campo y con la barnizada arcilla que dormita en la margen de los esteros.

Su cara ancha, no muestra, sin embargo, haber experimentado emoción alguna; por último, en su castellano exótico, atragantado, tartamudea:

—Panal yo vide primero.

Es un muchacho de veinte años—ojotas sucias, pantalones tan raídos como los de Chilo—es negra como un ala de tordo la pelambre tiesa que invade la frente hasta los ojos pequeños y amortiguados. Chilo, sin embargo, créese de una raza superior; trata al indio como el patrón lo trata a él; su voz ordena con insolencia:

—No sabís que l'hijuela es de on Belmar?

Cheuqueán se escupe tranquilamente las manos y sin hacer caso de las palabras del niño continúa su hacheo interrumpido.

La voz de Chilo se eleva sobre los golpes, colérica y amenazadora.

—Naide tiene permiso pa voltiar palos en las hijuelas ajenas.

El indio continúa impasible su tarea; su brazo se eleva en un amplio semi-círculo y resbala por el astil lustroso; reciamente, el hacha muerde la húmeda carne del pellín, que se deshace en rojas salpicaduras.

Chilo pierde los estribos; los insultos vuelan como pedruscos desde la cerca al roble, entremezclados con palabras mapuches que no impresionan al impertérrito hachero de la selva; por último empieza a lapidarlo con su onda, hasta que una piedra golpea rudamente el pechazo descubierto. El indio abandona el hacha y persigue al muchacho por entre los troncos y los maquis; el

chiquillo le toma distancia en una rápida carrera hacia su puebla; se detiene y observa; el indio no ha seguido la persecución. Una sonrisa abre aún más la boca de Chilo; sus amenazas han tenido efecto. Vuelve nuevamente con toda clase de precauciones hacia el roble donde está el tesoro; no se oye ruido alguno que delate la presencia de una persona: chirrían las chicharras en el aire cálido; y al callarse su chirrido molesto, se oye el bordón de los moscardones que visitan las humildes corolas silvestres; tropieza con las ovejas en el trayecto; las ve, sin inquietarse, mordisquear el nocivo renuevo del lingue; se detiene de pronto junto a una mata de maqui; resuenan otra vez los hachazos en el bosque, y la escena vuelve a repetirse; el muchacho insulta desde la cerca y el indio continúa hachando el árbol.

Chilo añora a su padre que habría ahuyentado a Cheuqueán con un solo grito; el indio debe saber que no está en su puebla, piensa Chilo; por eso abusa; sus puños se aprietan con rabia impotente; un anhelo invencible angustia su cuerpecillo semidesnudo; pero de improviso se le ocurre una idea salvadora; con voz ronca amenaza, al mismo tiempo que baja la cerca en actitud decidida:

—Voy a avisarle al patrón al lago....

El indio debió ver en el muchacho la decisión de cumplir su amenaza; suelta el hacha y rápidamente se acerca a Chilo.

Su voz opaca, a la que intenta dar un tono amistoso, deja caer estas palabras tartamudeantes:

—Vos, Chilo, entonces vení más mejor.

Chilo vuelve hasta la cerca; allí, ambos se observan

un segundo; y se establece la entente cordial, con estas palabras del indio:

—Mitá miel rico pa vos.

Del otro lado de la cerca, como la firma de un contrato, el muchacho mete su onda en el bolsillo y acepta:

—Güeno.

Pasa la cerca; y sigue al indio hacia el árbol. Los hachazos comienzan de nuevo; el ángulo de la abertura ocupa ya casi la mitad del grueso tronco; en ese instante el indio detiene su trabajo y mira al árbol de soslayo; continúa hachando acompasadamente. Chilo aspira con delicia la acre humedad de la madera recién descubierta; es en él una sensación habitual, pues los árboles caídos marcan el paso del hombre en la selva; de pronto el hacha se hunde en las astillas endebles descubriendo la médula podrida del pellín.

Chilo observa pretensiosamente:

—Toos los pellines tan vanos.

Y luego, como ha visto hacer a su padre cuando cosecha la miel silvestre, aplica el oído al hueco: el agitado zumbido de alas de las abejas ventiladoras de la colmena, se oye como el ruido de un arroyo lejano; el muchacho cree sentir en sus narices la olorosa fragancia de la miel.

Cheuqueán empieza a golpear por el otro lado; y ya no se detiene, hasta que el sólido mástil parece estremecerse, apenas sujeto a su base por un milagro de su equilibrio secular, por la sabia disposición de las fibras en su ascenso hacia el aire azul.

Los dos quedan a la expectativa en las cercanías del árbol; el pellín se inclina ligeramente hacia la cerca; y

el indio, con ojo certero, ha visto ya al árbol en el suelo y la boca del panal entre los renuevos del maquí. Ambos inspeccionan atentos, los ojos fijos en el revuelo de las obreras que llegan desde el campo o salen disparadas, ajenas a la tragedia cercana; el viento parece rozar súbitamente al árbol con su ala invisible; crujen quejumbrosamente las esquirlas que aun lo sujetan al tronco; y el pellín, perdiendo para siempre su airosa vertical de siglos, azota la tierra con estruendo; el gajo implorante queda hacia arriba, esta vez como un brazo que pide auxilio.

El indio coge un balde que tiene oculto entre la yerba; y se precipita hacia el extremo; Chilo lo sigue con el júbilo pintado en sus pupilas zahareñas; pero no pueden acercarse. Es furioso el zumbir de la colmena en torno de la abertura por donde se escurre un chorro de miel espesa, descentrada de sus celdillas a causa de la violencia del golpe.

El indio se detiene precavidamente; y observa:
—Tan bravas a la siesta.

Chilo recuerda lo que su padre hace en estas ocasiones:

—Hay que atontarlas con el humo.

Recogen astillas secas y ramitas que el indio amon-tona en las cercanías del panal; Chilo no le pierde pisada; pero las abejas, como si estuviesen conscientes del peligro que corre su rubia vivienda, se precipitan sobre ellos como pequeñas y venenosas balas aladas; el indio las aparta con los brazos; pero su espalda está cubierta de agujijones; enciende las astillas, sin embargo; el humo comienza a caminar por el tronco; las

abejas, asfixiadas, huyen en todas direcciones, golpeándose en las ramas y en los troncos; clavando su aguijón donde quiera que tropiezan, dispuestas a no sobrevivir a la ruina de su colmena y de su reina.

Chilo huye amedrentado hacia los maquis; donde se tiende en el suelo; ha sentido en el cuello y entre los cabellos, la aguja de varias picaduras.

Al levantarse de nuevo, ve al indio que saca un trozo amarillento de cera vieja.

—Na miel, murmura arrojándole el despojo; abeja nueva.

Pero Chilo no es lerdo en psicología mapuche; hay que enterarse por sí mismo; y valientemente esta vez, avanza hasta la abertura donde muchas abejas, embadurnadas las alas en su propia miel, hierven como las moscas en una herida descompuesta; sin miedo, hunde su mano en el agujero y saca una paleta chorreante de miel dorada, maravillosa destilación de sol, de savias y aire silvestre; la lengua ávida chupa el néctar delicioso, que resbala por la garganta hacia el estómago; luego, hecha una pelota, arroja la cera contra un tronco donde queda adherida; la escena se repite varias veces; introduce una y otra vez su mano en el agujero; y durante una hora, el indio y el niño, envueltos en el zumbido ahogado de las abejas agonizantes, chupan la miel del rico hasta quedar tendidos en el pasto, repletos, soñolientos, como bestias hartas, olvidados de todo.

Las horas de la selva resbalan por sus caras pringadas y sus vientres deformemente hinchados, límpidas, luminosas, imperturbables.

MARIANO LATORRE.

Tristán de Athayde.

Las tres poetisas del sur

(Traducido del portugués por Arturo Vieira, especialmente para «Atenea»).

EL hombre ha vivido en constante jornada, siempre vagando por la tierra. Arqueólogos y etnólogos nos lo muestran en eternas migraciones. La historia revela que el aislamiento fué siempre una excepción y que siempre los individuos se buscaron para juntarse en bandos. Los bandos crecieron, las tribus disputaron o se aliaron, y las razas vivieron en peregrinaciones, de región a región, de continente a continente, atravesando desiertos o florestas impenetradas, océanos y misterios temerosos; porque nunca el hombre reposó, imitando inconscientemente la agitación prehistórica de la tierra. ¿Alcanzará algún día la inmovilidad creciente de ésta, desde aquel movimiento gigantesco de continentes de que habla Wegener, hasta la inmutabilidad casi integral de hoy? No lo creo, aunque, a medida que crecen los medios de comunicación entre hombres, el hombre menos se inquiete. Parece lo contrario, pues los viajes son cada vez más fáciles y frecuentes, y a la inmigración debe al fin la América su vida. Pero también, en virtud de esa facilidad creciente de comunicaciones, no necesita el hombre, una vez instalado, salir de su rincón de tierra, para tener al mundo delante de él. Antaño eran pueblos en masa los que se trasladaban de uno a otro punto, continentes ente-

ros, por decirlo así, los que se rebalsaban en otros continentes.

Africanos en plena Europa, en períodos geológicos primitivos; egipcios irradiando por el mundo hacia el oriente y dejando a cada paso vestigios de su civilización hasta en las desiertas islas del Pacífico; indianos rebasando por las estepas y fecundando cada región del Viejo Mundo; árabes huyendo de sus llanuras risueñas o estériles y, en cien años, lanzándose al corazón de Francia; y las cruzadas cargando la flor del Occidente al Oriente; y las navegaciones llevando rayas opuestas frente a frente, y la sorpresa de nuevas civilizaciones, de vestigios perturbadores, de pueblos mucho más adelantados o ya decadentes, de formas africanas en América, de elefantes grabados en las rocas en pleno Méjico, y tal vez, tal vez de todo un continente ignoto, sumergido quien sabe después de qué catástrofe, después de qué angustia de una cultura que se sentía morir radicalmente, hasta su esencia!

Antaño vivían los hombres así; pero según parece, el exceso de movilidad y el desenvolvimiento de medios materiales y morales de aproximación, los van lentamente inmovilizando. Antaño, por oír la palabra de Abelardo, millares de hombres partían de cada rincón de Europa. Para ir a estudiar a Boloña o a Oxford, los hombres emigraban de sus países. Hoy el libro lleva a cada rincón del mundo la palabra de cada sabio o de cada poeta y las universidades se multiplican. Antaño el mundo era un misterio, cada viaje una revelación. Gabineau aún vivía mil vidas en cada hombre nuevo, en cada masa de nuevos hábitos que descubría. Y aun hoy Ossendowsky repite esas sorpresas delante de nosotros para que veamos cómo ese misterio está lejos de ser conocido. Las embajadas, de rey a rey, eran verdaderos acontecimientos, cargadas de regalos, alistando flotas, equipando centenares de siervos o soldados para el séquito, pasando meses y años vagando por el mundo, como aquel embajador español que en el siglo XVII fué a buscar la alianza del Sha de Persia y que no volvió a ver su tierra después de diez años de peregrinación por el camino de las Indias.

Hoy el mundo pierde cada día un poco de su pintoresco oculto. Cada sentido va encontrando, a distancia, su satisfacción. Ya la inteligencia encontrará en la prensa y el libro, por lo tanto, el medio de hablar al alma, independiente del tiempo o del espacio.

Ya el telégrafo había suprimido en gran parte la ansiedad de la expectativa. Ya el teléfono empezara tímidamente a llevar su voz a lo lejos. Hoy sabemos que alrededor de nosotros palpita todo el mundo, todo el universo se reproduce en nuestros sentidos. Sólo nos falta la capacidad para captar esas ondas invisibles, insensibles, a que se redujo al fin toda la naturaleza y toda la vida exterior y hasta un poco de la vida psíquica. El mundo está aquí, a mi alcance, rodeándome, tocándome, penetrándome. Nada se esconde, nada se pierde, todo deja en el espacio la señal de su paso, y lentamente vamos perfeccionando con aparejos el aguzamiento de los sentidos preexistentes, si no de nuevos sentidos. Se pensaba, se sentía la distancia. Hoy la distancia se oye, se ve. Mañana se le respirará, se le tocará, en un coro unísono de sentidos. Y esa civilización material, al fin secundaria, — pues los grandes problemas morales y trascendentes son siempre los mismos, — tal vez vuelva a aislar a los hombres por lo innecesario de los contactos personales, anulando aquella sociabilidad que ella misma provocó, y creando una sociabilidad nueva, de consecuencias imprevistas, a no ser a la fantasía.

Pues bien. Aun teniendo en cuenta esa recíproca penetración, nunca los hombres perdieron sus diferenciaciones recíprocas, buscando siempre o razones de excluir, o motivos de juntar. Y fué así como los continentes buscaron adquirir una personalidad, o por lo menos descubrir la personalidad que acaso el tiempo les hubiese hecho adquirir.

«El Asia es una» dice Okakura Kakuso al abrir su gran libro, Frobenius hace la apología del Africa y busca descubrir, entre sus tribus salvajes, no sólo la fisonomía de aquellos que llamó «Africa desconocida», sino toda una teoría de cultura. De la Península Ibérica, de ese áspero rincón de Cataluña, levanta

Eugenio d'Ors su palabra de filósofo y de latino para defender el patrimonio de la cultura europea, invocando ante los espíritus de Granada una de las «señales de cultura» del Viejo Mundo, a fin de que defiendan la frontera de la vieja patria europea.

Y otros muchos, al lado de esos espíritus, buscan la forma o el alma del continente de que son hijos, del que se sienten hijos.

¿Y nosotros aquí, en América? ¿Acaso podemos hablar de un sólo continente?

No lo creo. Hay, sin duda, una solidaridad política que debemos estimular, que debe ser una sola, tanto más cuanto que existen motivos fuertes para que se rompa esa solidaridad. Razones históricas, razones etnográficas, llevan necesariamente a las tres divisiones clásicas, no a las divisiones geográficas, inexpresivas, ciegas, insignificantes de América del Sur, Central y del Norte, sino a las divisiones naturales de la América inglesa, española y portuguesa, a las tres lenguas, a las tres razas, a las tres tradiciones, a las tres historias.

Hay, sin duda, tres cuerpos americanos. Y el alma ¿será una sola? ¿dos? ¿tres? No es posible contestar categóricamente, pues la realidad, como siempre, es más sutil, más imprecisa, más viva que la inercia de un número abstracto.

Existen en principio dos almas en América, entre las cuales la oposición es sensible y son pocos los puntos de contacto: la de América latina y la de América anglo sajona. Mas, por un lado, no se puede decir que el alma de América Latina sea una sola, sino a aquellos que la consideran de lejos y superficialmente. Para nosotros, que vivimos en ella, las diferencias surgen; si bien es cierto que, al contrario de la escisión referida entre las dos Américas—latina e inglesa—la oposición aquí es pequeña y son muchos los puntos de contacto. De Méjico a Patagonia existe de hecho una comunicación moral, aunque cortada de rivalidades, de incomprendiones, de prejuicios, de ignorancias y desdenes recíprocos que nos dan la ilusión de que esas divisiones son irreparables. Mayor que todas, naturalmente, es la oposición entre el Brasil y los demás pueblos sub-

latinos del continente. No podemos esconder la barrera que la lengua y la tradición política imponen, contrariando otros postulados de aproximación, como la raza, la religión, el arte, los ideales, la civilización material, la cultura toda de origen neolatino, el alma, al fin. Por más que éstos actúan, allá vienen inexorablemente la lengua y la política, envenenadora de los simples, fecundadora de preconcepciones, contrariando la obra de la inteligencia y del corazón.

El fenómeno no parece apenas nuestro. Aun hace poco, Ortega y Gasset decía encontrarlo en toda la civilización moderna: «El cosmopolitismo intelectual se afirma sobre la tierra, en significativo contraste con el fracaso del internacionalismo político».

Lo mismo sucede entre nosotros. Y mientras la lengua, la historia y la política nos dejan, la inteligencia va luchando por vencer los obstáculos. Sé bien cómo es precario su poder junto al de aquellos factores prácticos, espontáneos, accesibles a la masa, que nos separan. Lo más que ella puede alcanzar, y ya será mucho el conseguirlo, es corregir las fuerzas de repulsión, equilibrarlas o posiblemente orientarlas en parte.

* * *

Lo curioso es que el primer paso que se debe dar es el de vencer la inercia de esas mismas clases cultas, a quienes corresponde el deber de compensar por la inteligencia y por el alma, los imperativos tradicionales o empíricos que estimulan aquella inercia. Uno de los puntos de divergencia entre el Brasil y las demás naciones sub-latinas de América, es justamente la mayor proximidad intelectual de Europa que la historia de su inteligencia demuestra. Eso concurrió para aislarlo. Jamás nos preocupamos de saber qué es lo que se escribe o lo que se piensa en esos países que se enfrentan con nosotros, y ellos a su vez nos ignoran absolutamente. Cada vez que un uruguayo, un argentino, un chileno, un mejicano o un peruano nos visita, resultan las exclamaciones, las sorpresas, las revelaciones, las des-

ilusiones y todo lo demás que lo inesperado provoca. Cada vez que nos abalanzamos hasta allá, lo mismo sucede, inversamente.

¡Y cuántas veces el camino más largo es aún el más corto! Fué justamente lo que sucedió conmigo y la primera de esas tres poetisas sudamericanas sobre las cuales quiero discurrir brevemente—una uruguaya, una chilena, una argentina: Juana de Ibarbourou, Gabriela Mistral y Alfonsina Storni.

Me encontré con Juana de Ibarbourou en la «*Révue de Genève*».

No quiero dudar de que aquí algunos la conociesen, que supiesen de memoria sus versos, que tuviesen en casa sus libros, que le admirasen en silencio. Pues a mí nada de esto sucedía. Jamás había oído su nombre. Jamás había leído un verso suyo. Era la nada para mí. Un bello día me sorprendí leyendo—¿sería excesivo decir deslumbrado?—algunos poemitas suyos traducidos en aquella Revista por Francisco de Miomandre. Y no me quedó duda alguna. Había allí un poeta, una criatura espontánea, de alma virgen, y una admirable claridad de expresión humana y moza.

Y mandé venir sus libros. Y procuré saber quién era esa niña fresca y franca, tan sabrosa de expresión, tan abierta de instintos, cuya poesía tenía realmente un perfume raro de aire libre, de campo abierto, de floresta húmeda, de naturaleza. Y supe que no era una niña. Un alma buena, pura, simple, transida por la maternidad que se acerca, apasionada por un hijo, viviendo reclusa en su hogar, en un suburbio de Montevideo, a quien no le gusta hablar de literatura, que escribe versos para su alegría o para conformar su tristeza, su *saudade*.

Sus versos tienen un gusto de fruta madura. Son puro instinto, puro impulso de la naturaleza. Siéntese que vienen realmente del fondo de un alma sin ambages, cristalina, tímida, pero toda naturalidad, impulso de adolescencia. Habla a cada momento de sus quince años de «chicuela salvaje y alegre»; y si un frescor de viento matinal mece sus primeros versos, poco a poco va descendiendo la melancolía como esos crepúsculos en que los vientos expiran.

La juventud, la mañana, el rocío de las madrugadas, la claridad cantante de las fuentes entre helechos, la alegría de la infancia de las cosas, de los instintos de la vida es lo que vale para ella. Mas a cada momento pasa un presentimiento de lo efímero. Y ella canta deliciosamente así:

Tómame ahora que aún es temprano
Y que llevo dalias nuevas en la mano.

Tómame ahora que aun es sombría
Esta taciturna cabellera mía.

Ahora que tengo la carne olorosa,
Y los ojos limpios y la piel de rosa.

Ahora que calza mi planta ligera
La sandalia viva de la primavera.

Ahora que en mis labios respira la risa
como una campana sacudida aprisa.

Después... ah, yo sé
Que ya nada de eso más tarde tendré!

Aun siendo una criatura toda impulsos, toda instintos, no tiene la impudicia cerebral, tan común cuando huye el pudor. Tiene algo de sano el color de juventud con que abre sus sentidos a la vida. Y refleja así en sus versos toda esa alegría salvaje con que pasó la infancia entre árboles y aguas; y más tarde, ahora, la melancolía con que siente cada vez más lejanos los tiempos en que podía decir:

Mi cuerpo está impregnado del aroma ardoroso
De los pastos maduros. Mi cabello sombrero
Esparce, al destrenzarlo, olor a sol y a heno
A salvia, a yerbabuena, y a flores de centeno.

Soy libre, sana, alegre, juvenil y morena
 Cual si fuera la diosa del trigo y de la avena!
 Soy casta como Diana
 Y huelo a hierba clara nacida en la mañana!

Sus poemas en prosa tienen la misma claridad y frescura, y después la misma melancolía de sus versos. Eduardo Barrios, un día, escribiendo sobre un libro suyo, en donde esa melancolía era más penetrante, decía inquieto ya en el título del artículo: «¿Juana de Ibarbourou se entristece?»; tanto su alegría sana, espontánea, salvaje, constituye ya un bien de las letras americanas.

Y Barrios, intranquilo con la alegría desfalleciente de Juana de Ibarbourou, pensaba tal vez en la tristeza de su noble compatriota, esa gloriosa Gabriela Mistral.

* * *

Se entenderán las dos, porque todos se entienden por encima de cierta elevación; pero el contraste es sensible entre ambas.

Tanto tiene, o tenía a lo menos, la autora de «Lenguas de diamante», de primaveral, de natural, de matutino, cuanto tiene Gabriela Mistral de grave, de interior, de severo. La Ibarbourou es toda de la tierra, la Mistral tiene los ojos en el cielo, el pensamiento siempre en las fuerzas superiores que nos guían. No quería publicar sus versos. Los tenía dispersos, sin intención de reunirlos en volumen, cuando la obligaron a lanzarlos, y dió a su libro el nombre expresivo de «Desolación». Mientras Juana de Ibarbourou era a los quince años una niña traviesa, salvaje, perdida entre arbustos e insectos, entregada a las fuerzas de la tierra, Gabriela Mistral desde niña lo que más admiró fué la «mujer fuerte» que sabe vencer las desgracias y los malos tratos; fué el dolor de Jesús, el sacrificio, el coraje, el saber. No pide a Dios la felicidad. Pide dones más nobles y también más recios:

Dame tú el don de la salud,
la fe, el ardor, la intrepidez,
séquito de la juventud;

y la cosecha de verdad,
la reflexión, la sensatez,
séquito de la ancianidad.

Dichoso yo si, al fin del día,
un odio menos llevo en mí;
si una luz más mis pasos guía
y si un error más yo extinguí.

No es que Gabriela Mistral hubiera sido un alma cerrada para el amor, destino más alto y espiritualización de todas las mujeres nobles. Es que la habían herido los afectos de la tierra. Pero, aun a estos mismos, no se entregó como un cuerpo ávido de placer, sino como un alma ansiosa de repercusión. Su amor:

«Es el que está en el beso y no es el labio».

Después, no pudiendo expansionar aquel instinto profundo de maternidad, que emana de toda su obra y de su vida, fué a ser la madre de los hijos ajenos, fué a ser maestra, una de las más admirables maestras de Chile y de renombre continental.

Apacenté los hijos ajenos, colmé el troje
con los trigos divinos, y sólo de Tí espero,
¡Padre Nuestro que estás en los cielos! Recoge
mi cabeza mendiga, si en esta noche muero!

Si acaso a su poesía faltan aquella frescura, aquella gracia juvenil, aquel vuelo de abeja de flor en flor, aquel abandono entre las hojas y las aguas, aquella limpidez de verso, aquel sa-

bor de fruta jugosa de los versos de la uruguaya, le sobran por otro lado una elevación, una nobleza, una gravedad dolorosa, un sentimiento de las cosas abstractas, un reflejo de lo divino, que faltan a la poesía de Juana de Ibarbourou.

* * *

Entre Juana de Ibarbourou, la «chicuela salvaje» y Gabriela Mistral «la mujer fuerte», entre la poesía sana, fresca, pagana de la poetisa uruguaya, toda perfumada de amor y de naturaleza, y la poesía grave y noble, mística e intelectual de la musa chilena, se yergue hoy en la Argentina, la obra de Alfonsina Storni, menos expresiva, por cierto, que las de aquellas dos, menos señaladamente personal.

Alfonsina Storni no tiene ni la simplicidad audaz, aunque ingenua, de Juana de Ibarbourou, ni la serenidad cerebral de Gabriela Mistral.

No posee la unidad de carácter de cualquiera de las dos. Es más fragmentaria, más compleja, menos vigorosa que las otras. Cuando niña, ni galopaba por los prados en busca de frambuesas, ni se detenía en los campos para admirar, compungida, a la mujer que trabajaba para alimentar a sus hijos, abandonados por el padre. Su infancia fué más precoz, más tempranera. Floreció antes de tiempo y no llegó a conocer la enfermedad.

«Nací yo sin blancura; pequeña todavía, el pequeño cerebro se puso a combinar».

Y así, prematuramente sazonado, fué penetrando, analizando las ideas, sintiendo la vida muy cerca, sin antojos y con la curiosidad cada vez más abierta, «podando jardines de todo jaez».

Mientras sus dos contemporáneas—los otros vértices de ese triángulo poético femenino, que va de Montevideo a Santiago, y de allí a Buenos Aires—llaman el mundo hacia ellas, una por los sentidos, la otra por la reflexión, Alfonsina Storni dejó que su alma se perdiese en el mundo:

Esto es amor, esto es amor: yo siento
En todo átomo vivo un pensamiento

Y soy una y soy mil; todas las vidas
Pasan por mí, me muerden sus heridas.

Más sumisa, algunas veces, dejando su sensibilidad femenina más aparente, tiene versos de «languidez» verlaineana, como en el nocturno en que dice:

Es muy dulce el silencio de esta hora;
Hay algo en el jardín que tiembla y llora.

Oh ven, que entre tus manos haré almohada,
Para apoyar mi testa desolada.

Te esperaré sentada en nuestro banco,
Y por gustarte vestiré de blanco.

Pero luego la ironía rompe ese aniquilamiento de sí misma, y una carcajada corta el silencio de la hora melancólica: «Me río de todo, del diablo hasta Dios», dice ella. Nada dejó en su alma, sino esa desarmonía irreprimible de «leona y de mariposa», de dulzura y de crueldad, de sumisión y de tiranía, de ingenuidad y de sarcasmo.

Mas, al fin, no son las vacilaciones de los poetas lo que nos importa. En sus versos ¿qué hacen ellos sino expresar lo que los demás callan? Como todos los hombres, ríen y lloran, son buenos y son malos, dominan sus instintos o se dejan vencer por ellos, confórmanse con la vida silenciosa, o lánzanse en el tumulto, sufren o se alegran, admiran o se disilusionan. Viven, en fin.

Sólo que la mayoría de los hombres, de los hombres de alma y de inteligencia, por supuesto, que pasan por todo eso, transitan callados. Sufren en sí mismos, silenciosos y aislados, o alégranse con pocos íntimos; dejan que la vida pase, o pul-

sándola en silencio y dejando morir los sonidos en su mundo interior, o evitando pasar los dedos por las teclas con recelo o con desdén de los sonidos que de ellas surgirán. Los poetas no son por lo tanto criaturas excepcionales, aunque así se les crea muchas veces. Lo que los distingue realmente es que *viven en voz alta*, mientras que la mayoría de los hombres de alma también vive, pero en voz baja.

No nos importa, por lo tanto, sino secundariamente, saber la curva de la vida de un poeta. No varía grandemente, radicalmente, de la curva vital de cada uno de nosotros. Lo que varía es la expresión, es el sonido de esa vida. Los hombres son siempre pianos cerrados, en donde el son reposa, duerme inconsciente de sí mismo. La mayoría de ellos jamás levanta siquiera la tapa. Hasta ignora que se pueda arrancar cualquier sonido de esa caja sombría. Algunos ensayan y desafinan. Abandonan, los más inconscientes. Prosiguen, los más vanidosos o ciegos.

Algunos, algunos pocos y raros y felices—¡cuántas veces desgraciados!—entonan el himno que en los demás silencia, o la melodía triste, o el vivo *scherzo* adolescente, la compleja politonía o la armonía noble, los arabescos sutiles o la ancha onda sonora que todo lo comprende en sí. Y los demás hombres reconocen entonces su propio piano y, por la voz de aquel privilegiado, descubren los misterios propios. La expresión individual se vuelve así una revelación colectiva.

Por eso no importa esencialmente saber cuál es el dolor o la alegría de un poeta, cuáles son sus ideas o su temperamento, sino después de saber cuál es la fuerza, la capacidad de su expresión. El alma, en general, no es la que varía. Lo que varía es la traducción de esa alma, es el secreto de sacar de ella todo lo que la naturaleza o la Providencia en ella colocó.

Alfonsina Storni, por lo tanto.—volviendo a la poetisa argentina—no es, como ninguna de sus contemporáneas, un instrumento de cuerdas inéditas. Hasta es, frecuentemente, vulgar y superficial. Apenas la virtuosidad en sacar de sus cuerdas la sutileza de ciertos sonidos bien femeninos señala su alma de

poeta. Realmente, entre las dos compañeras se acerca más a Juana de Ibarbourou que a Gabriela Mistral; y siendo tal vez más moderna, es menos naturalmente original; buscando ser más compleja, menos vigorosa y espontánea, más cerebral.

Su último libro «Languidez» indica, por cierto, un nuevo paso hacia una poesía más objetiva, menos ansiosa y jadeante, posiblemente más serena y armoniosa. Con tal que continúe diciendo bien, suprima ciertas imperfecciones y no pierda la juventud...

TRISTAN DE ATHAIDE

Jorge Gustavo Silva

Asténico ⁽¹⁾



H, ¡Poeta, alza!
Abandona esa atmósfera de enfermo,
Y ese gesto aburrido,
y ese quejarse eterno!
Poeta, alza, asoma;
no le temas al viento,
ni al sol; posa tu vista
en el azul lumínico del cielo,
y del campo en el verde florentísimo...
¡Contémpalos! ¡Contémpalos!

Contempla al río, que, finalizada
la faena prolífica del riego,
sus flacas aguas anheloso empuja
a rejuvenecerse en el Océano;

(1) «Le malade fuit instinctivement toutes les occasions qui l'obligeraient à se mouvoir, à se déplacer, à faire effort. Il a horreur de se lever de son siège, d'étendre ses bras, de soulever des objets, de marcher, de parler même. La seule position qui lui plaise est le repos horizontal...»

DR. PAUL HARTENBERG. «*Traitement des Neurasthéniques*». Paris, 1912.

contempla el mar, en férvida potencia,
en nunca suspendido movimiento;

el camino contempla, que ha salvado
airosamente el médano,
domado la agudeza de la escarpa,
y ganado las cimas impertérrito!

Todo es gracia alentada,
y emulación y ejemplo...
—¡Alza, Poeta! ¡Imprégname
del hálito vital del Universo!

El, silencioso, ahonda el desolado
rictus de aburrimiento...
—¡Poeta, alza!

Y, plañideramente,
él murmura: —«¡No puedo!»

II

—¡Han sonado las músicas marciales!
¡Ya van a desfilan los regimientos!
En el día glorioso de la Patria,
Es la hora fastuosa del Ejército!

Habrán bronces y aceros que al sol brillen
con vívidos reflejos;
y plumas, y estandartes y banderas,
que haga batir el viento;

y enmedallados jefes;
 y oficiales apuestos,
 y soldados fierísimos que marchen
 con pasos metronómicos y secos,
 y corvetas garbosas
 en los corceles bélicos;
 y, en lo alto, maniobras aterrantes
 de pilotos aéreos...
 ¡Ya suenan a tu puerta las fanfarrias!
 —¡Ven, Poeta, asomemos...!
 Y él, con voz desmayada
 Y desaliento máximo:
 —«¡No puedo!»

III

¡Ya la gaya orquesta ha desgranado
 Las claras notas de sus instrumentos!
 Ya las parejas, ávidas de goce,
 Van y vienen en rítmico ajeteo!

¡Oh! Las luces profusas,
 El rebrillar de joyas y de espejos!
 ¡Oh! La cálida atmósfera.
 La magia perfumada del momento!

¡Oh! Los ojos que abrasan,
 Los labios rojos los marmóreos cuellos!
 ¡Oh! Las curvas, que ondulan y palpitan,
 De los vetustos cuerpos!

¿No te arrastra, en sus ondas vertigosas,
El torrente imantado de este fuego?

—Poeta, ven, y arroja virilmente
Tus neurastenias al vital incendio!

El, vanamente, quiere
Desaburrir el gesto,
Poner luz de contento en las pupilas,
Dinamizar el cuerpo...

—«No; no puedo; no puedo!»

Y se ahuyenta
Con flojo y desgarrado andar asténico!
(La alegre orquesta sigue desgranando
Las claras notas de sus instrumentos...)

1923.

JORGE GUSTAVO SILVA.

Ophelia Rodríguez de Casali

Partida

Del libro *Agua Viva*, próximo a aparecer.



Me iré como he venido:
sin saber el por qué de mi llegada,
ni el enigma inquietante de mi ida!

Leve círculo más que se diluye
en un temblor de aguas, he de ser al hundirme
la suprema belleza del silencio...

Me alejaré como un velero
con las velas henchidas por un viento propicio,
con el mismo bagaje de inquietudes,
con la misma canción entre los labios
¡y con la misma sed!

Me iré como he venido...
Y mi adiós caerá sobre tu alma
con la tristeza leve de un crepúsculo
que todo lo envolviera
ante el presentimiento de las sombras!

Bajo el viento



ÉJAME irme en la tarde bajo el viento
que me comba la veste
y hace de mí una humana bandera perfumada...

Deja que él me desgrene los cabellos
con sus dedos expertos!

Sabias y audaces manos las del viento:
desatadas madejas de pecados
que se engarfian, crispándose a los cuerpos...

Así, libre y erguida, brillantes las pupilas,
aromada la boca de ansiedades,
quiero ser esta tarde un ondulante canto sin palabras:
una canción de carne
que rompiera las ánforas opacas!

Quiero ser la canción profunda y triste
que se yergue, desnuda y pensativa,
más allá de las rutas imposibles!

Déjame, bajo el viento
que se ciñe a mis formas,
disolverme en cantares, como el oro del sol en los remansos
de sombras de la tarde!

Jaime Torres Bodet

La Obra de Enrique González Martínez

(Especial para «Atenea»)

ROSA tan leve es la poesía, que apenas el ala tímida del elogio la toca y ya parece a nuestros ojos menos límpido el polen de su cáliz y menos brillante el oro de sus pétalos. Cuanto más la oprime la mano del analítico, más de prisa huye de nuestra realidad como agua de torrente, azogada de pronto en un reflejo lunar. Al poeta o se le canta en verso, como conviene a su decoro o con silencioso paso se le acompaña, un trecho largo o breve, del camino que recorre. Todo nos lo permite en la sonrisa alada del tránsito, todo menos el estudio del crítico que sustituye la húmeda sinceridad de los ojos del amigo con el vidrioso ocular del microscopio que exagera lo mínimo, cuando no con la lente oblicua y degradada que aleja indefinidamente lo próximo.

Enrique González Martínez, con ser el más grande de nuestros poetas vivos (me refiero por supuesto a los que están todavía en el período de agitada creación) es el menos comprendido y el menos amado. En torno de Tablada se exitan las doctrinas, se labran las reputaciones y se reparte, como en los cuentos de hadas, el bien y el mal. Rafael López, que desde hace años tiene castigado con el silencio al público de sus devotos, sienta no obstante a su mesa de honor en un trance difícil a no menos de cuarenta o cincuenta escritores jóvenes

de todos los frentes y hasta de todas las retaguardias. Urbina, hace tiempo que desató su hogar, pero desde el exilio al que se condenó siguen uniéndolo invisibles y seguros vínculos con las almas que lo aman y los jóvenes, no siempre muy jóvenes, que lo imitan. Para que nada falte a ese cuadro de felicidad temporal de la literatura patria (*), hasta en la fila de los nuevos se reclutan figuras de maestros y, aunque el término resulte todavía un poco amplio para su escasa corpulencia de escritor, Maples Arce lo adopta entre los suyos y encuentra ocasiones —demasiado amenudo por desgracia— para sustituir el talento con el tipo de doce puntos.

Para todos, pues, sonrío con la sonrisa entintada de los linotipos la popularidad del periódico y del libro, y para Enrique González Martínez, no existe hasta ahora en su patria más que el insulto incomprensivo, cuando no el silencio desdeñoso y a las claras injusto.

¿Motivos? ¿Quién los busca en este instante de desorientación artística en que se rompen todas las brújulas y parecen naufragar el sentido común y el gusto sano de lo hermoso? Bástenos pensar que después de una generación—la del Ateneo de México, a cuyos miembros la cultura no acertó por completo a defraudar, vino la nuestra, generación dolorosa, nacida para engañarse y engañar, más dispuesta a fingir talento que a tenerlo. Generación terriblemente gozosa de la incultura en que vive y de la que debiera avergonzarse, como se avergonzaría el obrero, el obrero a quien trata cobardemente de mentir—jengañar siempre!—si no conociera el uso de las herramientas más indispensables a su oficio.

¿Quién busca los orígenes del desprecio en que se halla, por ahora, la obra firme, proba, de un poeta de elección y de constancia, cuando se oye por doquiera en el campo de las letras nacionales enaltecer el ruido, exaltar la ignorancia, poner a viles precios el ingenio de la cantina y del lupanar, subrayar con guiones rojos las injurias más soeces en las páginas de los libelos,

(*) La mexicana, pues el crítico es de México.

prostituir, en una palabra, al ansioso dios de la sinrazón los bienes insubstituibles del decoro artístico y de la probidad intelectual? Lo extraordinario es que fué precisamente a esta 'generación, hoy en apariencia iconoclasta, a la que Enrique González Martínez cautivó, hace apenas unos años, con el lírico ensalmo de su palabra límpida y pura. Cambios como este se encuentran a menudo en la historia de todos los imitadores y en las alternativas de todas las literaturas. Tan bruscos, no. ¿Diremos, acaso, que tan injustos e inexplicables tampoco?

Desde un punto de vista se llama a Enrique González Martínez poeta filosófico, es decir, para destruir de una vez el absurdo—se le acusa de ser un poeta de ideas. Algo parecido, —toutes proportions gardées,—a un dramaturgo de tesis.

Alejados de la contemplación que en el hombre de equilibrio mental no perjudica en modo alguno a la contienda en la vida, los escritores de última hora encuentran en el autor de *Senderos ocultos* más meditación de la que sus fuerzas personales resisten. Encolerizados así de un distanciamiento del que debieran sólo culparse a sí propios, consideran como desterrado voluntario a quien no es, en suma, más que un espíritu superior, capaz de la emoción humana, disgregada y vehemente que ellos exaltan, pero digno también de esa media hora de silencio y de reflexión sin cuyo goce los bienes del pensamiento y del arte pierden su encanto natural. Se habló mucho en México, hace algunos años, de poesía filosófica. Se acusó a González Martínez de haberla cultivado con exclusivo amor, sin parecer, a punto fijo, darse cuenta, de lo violento que este calificativo de filosófico resulta para cualquier poeta de verdad. Que González Martínez lo es, nos lo demuestra sobradamente la cauda de imitadores que su paso ha conmovido en las letras de América: los tímidos, los sinceros, los leales que lo han proclamado desde lejos en su obra y en su vida; los otros ambiguos como un paisaje empañado por un cristal acuoso—pronto desprendidos del corazón del maestro como uvas perdidas del racimo intacto y bello de sus primeras vendimias.

¿Sensualidad? Alguien ha dicho que es ella el solo pretexto

de la verdadera poesía y en su nombre, como en el de la libertad en materia política, ¡cuántos crímenes de incomprensión, de falsa audacia y de sincero, vil impudor no cometen nuestros escritores actuales! La poesía (declamaban los amigos de Ramón López Velarde, el gran poeta equivocado de *Zozobra*) es el pasmo de los cinco sentidos. El maestro—el juvenil incierto maestro—lo logró por breves horas en el escenario de nuestra literatura. Los discípulos, de todas las edades—había entre ellos quien contaba más años que pecados—¿concebirán acaso con claridad y luz bastante lo que afirman con tan excelente convicción? De López Velarde han subsistido un relámpago de gloria y un fresco vaho de esperanza, pero por desgracia las obras de sus imitadores huelen ya a retórica, a la más prosaica retórica de oficina y de almacén y las afea ostensiblemente cierto tono emasculado que afemina la emoción, alargando los trazos como un viejo cuaderno de modas hojeado mucho tiempo por las buenas señoras de provincia.

Junto con la sensualidad, el criollismo fué por entonces, hace ya tanto tiempo,—¡por lo menos tres años!—el gran éxito de temporada en los tablados literarios de la farsa. Llamo criollismo el afán de nacionalizar a fuerza de literatura que no tiene en sí propia todavía el vigor bastante para imponer su sello peculiar a las demás. Movidos del patriótico deseo de revestir a la obra escrita con los colores trigarantes, algunos poetas se agruparon para iniciar la obra de nacionalización. Por desgracia todo terminó pacíficamente en opereta. Los dos mil kilómetros cuadrados que hacen la superficie del territorio mexicano pesaban con exceso en el corazón de nuestros pequeños héroes y prefirieron quedarse frente al escenario del Teatro Lírico. Charros y chinas poblanas bajaron desde la revista de género chico a las páginas de variedad grande y comenzaron las jarabes, los zapateados y los huapangos de la literatura con uno que otro gangoso guitarreo que nos acata-rra todavía trágicamente el corazón. La pendiente era fácil. De ese apasionado nacionalismo que era en realidad el retorno a Maximiliano, sólo quedaba un paso para llegar al inter-

vencionismo. Y esto fué precisamente lo que ocurrió. Los Estados Unidos con sus grandes industrias, con sus avenidas alucinantes y sus atormentados mecanismos, sedujeron la bondadosa credulidad de un grupo de jóvenes que se llamaban a sí mismos avanzados. Una vez descubierto el universo— siempre se empieza por ahí—tomaron posesión, en el papel, del imperio de la máquina y del tranvía. Todo fué entonces anuncios, ferrocarriles, cabarets y groserías. La cosa hacía ruido y se le llamó con cierta exactitud no exenta de buen gusto, *estridentismo*. Se ataron las latas vacías de salmón a las rotativas de algunas revistas y hasta hoy sigue el asunto moviéndose desacompasadamente ante la espectación temerosa de los críticos oficiales.

Esta es, sin nombres, la historia lógicamente abreviada de las ideas antagónicas que ha sugerido la obra de González Martínez y de las teorías poéticas—iba a decir políticas—que se han recomendado como eficaces antídotos (se trata al fin y al cabo de un doctor) contra el mal abstracto, la literatura del pensamiento, la nobleza sosegada de la frase y el decoro discreto de la emoción.

Hemos logrado de esta suerte, analizando los defectos señalados de la crítica menos benévola al poeta, atisbar ventajosamente sus cualidades. Se le ha acusado de ser lírico abstracto, —retórico, frío y no mexicano. La obra de sus rivales nos autoriza a sustituir unas palabras por otras.—Cuando se le llame abstracto califiquémoslo de reflexivo; cuando se le diga retórico pensemos simplemente clásico. Si frío, ¿por qué mejor no llamarlo decoroso y varonil? Si no específicamente mexicano, ¿por qué no humano y universal también?

La obra lírica de González Martínez está aún demasiado viva entre nosotros (no es ni siquiera de ayer) para que la estudiemos sistemáticamente.

Bástenos asegurar que no hay otra en México tan vigorosa, tan unida y a la vez tan simple; ni la de Othón, desigual y arrítmica, no obstante el ritmo clásico en que la compuso; ni la de Neruo, tan honda y clara en ciertos matices, tan delgada

de materia poética, por desgracia, en otros; ni la del mismo Díaz Mirón alto y rotundo como una ola inmensa del Pacífico; ni la de Urbina, gota de llanto dulce; ni aun la de Gutiérrez Nájera, que sólo dejamos al final de la enumeración, con cierta pueril malicia, como para poder tenerlo más pronto presente a nuestro recuerdo. Y al afirmar que la obra de González Martínez es la más completa y orgánica de las obras líricas de los poetas de México, no establecemos—¡Dios nos libre!—jerarquías de perfección. Demasiado se ha dicho que no hay diferencia entre méritos absolutos y nos bastaría releer cualquier gran poema de Díaz Mirón o de Gutiérrez Nájera para sentir en uno la garra luminosa del león del zodiaco y en otro el humanísimo sollozo del romántico rruiseñor. A nadie habría de ocurrirle establecer escalones entre estos momentos felices de la poesía mexicana. Quédese quien así lo prefiera con el canto velado y unísono de Urbina. Quédense otros—yo el primero—con el rumor de selva y el apasionado grito de Othón; pero todos reconozcamos en González Martínez al poeta que, quizá por más afortunado que otros, ha sido—como nadie—fiel durante la vida a su primera vocación.

Laboriosa y constante, su existencia, ha preferido los moldes definitivos para vaciar en ellos el caudal de pensamientos que entrañaba. Desde los *Senderos ocultos*, su primer libro de gran poeta, hasta el volumen de las parábolas, González Martínez ha descrito con la perfección minuciosa y simple de un compás musical, un círculo inimitable.

Poeta del optimismo inteligente, comprende como José Vasconcelos que toda conformidad con la vida es vil, pero sabe también que todo decaimiento es cobarde y sobre la destrucción de sus ídolos funda la ciudad ideal del espíritu y del corazón.

En años en que a la juventud de México, de este México ingrato que ahora le olvida como olvida siempre a quien mejor le quiere, faltaban todos los ímpetus, él sólo, como el barquero del poema de Verhaeren, con una verde caña entre los dientes, remaba contra las ondas enemigas.

En horas en que el falso nacionalismo de sus deturpadores languidecía como señorita sin novio tras de la reja de un balcón despedazado por la metralla, él sólo, sin falsos heroísmos episódicos, desdeñoso de la realidad inmediata del minuto, edificaba su epopeya interior de redención y de confianza.

Alguien, no recuerdo quién, lo llamó poeta puritano, por el decoro característico de su inspiración. Sí, lo es por eso y también por su apasionado y militante individualismo. Es el poeta del librepensamiento y de la torre de marfil; aceptémoslo así por desacreditadas que estén las soledades del espíritu en estas épocas de cristianismo sindicalista y de hermosa sinérgica colectiva. Divinas soledades del espíritu que hacen siempre los cantos más puros y a las que sólo pudo llegar Dante en sus capítulos del paraíso, cuando supo despojarse en el infierno de todos los bruscos asaltos de odio, de venganza y de cólera mezquina que atormentaban su corazón.

Es tal la fuerza contenida de sus pasiones, que todos se han puesto de acuerdo para llamarlo sereno. Lástima que la femineidad cada día mayor de la poesía moderna haya dado a este epíteto un sabor de quietud y de paciencia eunuca que no tenía en sus orígenes. Lástima grande, porque, de no ser así, convendría admirablemente a la perfección clásica de sus ritmos y a su tranquilo desdén por los prejuicios del instante. Serenidad es la suya, quemante y viva, en cuyo crisol insiden los más variados apetitos y las inquietudes más encontradas; serenidad que recuerda no el hielo de la Venus de Milo sino, más bien, el serpentino torcimiento del dolor sobre el busto macizo del Laocoonte.

Poeta de fuerza, de optimismo y de serenidad lo habrán de definir los críticos, ratificando su propio orgulloso concepto, impuesto, a guisa de título en la portada del más espléndido de sus volúmenes.

Poeta liberal como ninguno, hijo del siglo XIX, pensador y bacteriólogo, experto él mismo en tocar con las manos balsámicas del que salva, las heridas de la carne y del espíritu, sus defectos verdaderos son los de la época escéptica y positivista

en que su espíritu se engendró. Poeta tierno sin blandicie, fuerte sin alarde, optimista sin candor, orgulloso sin vanidad, comprensivo sin afectación, inteligente sin prejuicio, hábil sin virtuosidad, sobrio sin pobreza, decoroso sin frialdad, discreto sin hipocresía, sincero siempre en todo y noble como pocos en su doble honrado oficio de pensador y de panida.

JAIME TORRES BODET.

El lenguaje y la inteligencia

LAS relaciones del lenguaje con la inteligencia! He aquí un problema hace largo tiempo discutido, y por los más grandes filósofos, desde Platón, en el *Cratilo*, hasta Condillac, quien expuso ideas ingeniosas, hipotéticas y profundas sobre esta ardua cuestión. De tal suerte, ya parece excesivo ocuparse en ella.

No obstante, me parece que un psicólogo puede incurrir en la audacia de volver a considerarla desde un punto de vista algo novedoso, y tratar de probar, por una parte, que la inteligencia, en su desarrollo, tiene necesidad de un lenguaje, y, por otra, que el lenguaje, en retribución, ha desarrollado considerablemente la inteligencia.

Me atrevo a esperar que se han de considerar estas dos proposiciones, expuestas aquí brevemente, con sus múltiples deducciones, como muy verosímiles, y consecuentemente, no merecedoras de ser reputadas paradójales.

I

Lo que esencialmente distingue al hombre del animal es el que éste carezca de lenguaje. Ciertamente, el animal, por diversas entonaciones, indica los varios sentimientos que lo agitan. Sus deseos, sus impulsos, sus repulsiones, se traducen claramente en sonidos distintos. Pero esto no es la palabra, evidentemente.

«Dime, ¿cuál es tu suerte?», pregunta Mercurio a Sosias. Ser hombre y hablar», responde Sosias, con una concisión maravillosa. Y es hombre, porque habla.

Por medio de gritos y sonidos, los animales más inteligentes pueden hacerse comprender. No se requiere estar muy experimentado para reconocer, según sus diversas sonoridades vocales, los sentimientos de un perro: dolor, alegría, cólera, temor, hambre, deseo de pasear, pesar al ver alejarse a su amo, persecución de una presa, (aún con conocimiento de tal o cual caza). Todos estos movimientos de su alma animal se traducen en el exterior por ladridos, aullidos, gruñidos, gemidos, cuyas modalidades, harto diferentes, son, a no dudarlo, comprendidas por todos los animales de su especie, y aún por otros. Sin embargo, estos ruidos de la laringe no constituyen de manera alguna un lenguaje articulado. Revelan sentimientos simples, sufrimientos o alegrías; pero no hay en esto ninguna síntesis, ningún análisis. El perro es como el niño que aun no habla y que, no obstante, puede comunicar a los que la rodean alguna noción de sus apetitos o de sus sentimientos. También el perro puede hacerse comprender muy bien mediante su voz. Pero su voz no revela sino emociones. Los sonidos que emite son reflejos psíquicos y nada más.

Hay un abismo entre la sensación y el pensamiento. Se puede concebir un ser animado de sentimientos afectivos o repulsivos muy fuertes, capaz de ligar sentimientos presentes a sensaciones pasadas, como por ejemplo, en el perro, el temor y el látigo, el hambre y la comida, la caza y el fusil. Estas asociaciones de imágenes no son sino embriones de pensamiento. Puesto que lo que distingue el pensamiento no es la asociación simple de dos imágenes, es decir, la memoria, sino la abstracción, la generalización, y para emplear un término algo técnico, el silogismo.

Sin lenguaje, no hay razonamiento. En el ser que no habla, todo es emoción, y emoción muy simple. Tal vez algunos rudimentos de pensamiento, obscuro, indeciso, nebuloso, flotan en las profundidades de su conciencia incierta; pero la sensación presente lo invade por entero. Sólo el lenguaje permite a la in-

teligencia el concepto de ideas generales, necesario al verdadero pensamiento.

II

Debería hablar aquí del origen del lenguaje. Pero como respecto de todos los orígenes, en éste quedamos reducidos a vanas hipótesis.

¿Cómo podemos explicarnos el que tonalidades diferentes, después de muchos, laboriosos e infructuosos tanteos, hayan logrado por fin expresar objetos diferentes (sustantivos); que en seguida otras tonalidades hayan servido para traducir acciones diferentes (verbos); y que por fin se haya establecido por un sonido un enlace entre el verbo y el sustantivo? ¿Por qué inflecciones vocales nuevas ha podido indicar su yo el animal?... Pero no deseo ir más lejos; pues se trata de consideraciones sin ningún sostén científico, sin ninguna verosimilitud.

Lo que es verdad es que los salvajes más atrasados tienen ya un lenguaje; lenguaje informe, es verdad, cambiante, complicado, inadecuado a las cosas y los actos. Pero ya es un lenguaje. ¡Qué formidable esfuerzo intelectual ha necesitado el hombre primitivo para pasar de los gritos inarticulados de dolor o de hambre a esta lengua rudimentaria!

Ch. Darwin, que estudió sumariamente el origen del lenguaje, no da sino indicaciones extremadamente imperfectas. Pero no es por su culpa, puesto que no había nada más que decir. Todo lo que me parece digno de recordarse de estas breves y medianas páginas que consagra a este estudio, es que los pájaros y los mamíferos enseñan a su prole ciertos sonidos, ciertos gritos particulares, de suerte que, según la apariencia, las entonaciones que emiten los adultos no son siempre instintivas, sino adquiridas por una especie de verdadera educación.

Esta cuestión de la educación del lenguaje había ocupado ya a los antiguos. Heródoto refiere, a este propósito, el caso poco verosímil de dos niños muy jóvenes trasladados a la cima de una torre y alimentados por las águilas, que no oyeron ja-

más una palabra humana. Al cabo de algunos años, cuando estos niños crecieron, se constató que hablaban el escita. De aquí, los egipcios dedujeron que el idioma natural de los hombres era el escita. Acojamos con toda reserva esta conclusión y aun esta experiencia.

Sea lo que fuere, es casi necesaria la hipótesis de que el hombre ha variado desde un principio las entonaciones de su voz, según sus sensaciones, sus voliciones, sus necesidades. Ahora bien, a medida que sus sensaciones, sus voliciones y sus necesidades han aumentado en número, en complejidad y en intensidad, las entonaciones de las tonalidades que las expresan han seguido una marcha paralela. Dicho de otra manera, a medida que la inteligencia se ha desarrollado, las modalidades de la voz han debido aumentar al mismo tiempo.

Pero, por una justa compensación, a medida que los sonidos han llegado a ser más variados, la inteligencia ha crecido a su vez, y muy rápidamente. Ha habido un encadenamiento recíproco, una admirable concatenación, un notable ciclismo. La inteligencia, al desarrollarse, ha creado el lenguaje, y, a su vez, el lenguaje, al hacerse articulado, matizado, ha hecho a la inteligencia más vasta y más precisa, de suerte que debe admitirse lo que más arriba dije: que la inteligencia ha creado el lenguaje y que el lenguaje ha fortificado, ampliado, desarrollado la inteligencia. El lenguaje es un producto de la inteligencia; pero la inteligencia es, a su turno, un producto del lenguaje.

Si existe tan profunda diferencia entre la inteligencia del hombre y la del animal, es porque el hombre ha logrado darse un lenguaje. Adquisición maravillosa, que ha traído consigo nuestro inmenso poder intelectual, generalización, abstracción, silogismo; ciencia, por lo tanto, y transmisión de esta ciencia a las generaciones siguientes. Reducido a sus sensaciones y a sus instintos, el hombre sería muy poca cosa, apenas superior a los grandes simios. No podría comunicar a sus semejantes sino una noción confusa de los sentimientos pasajeros que lo agitan, y sería incapaz, no sólo de transmitir su pensamiento, sino tal vez de tener un pensamiento. No es hombre, sino porque tiene un

lenguaje. Que el lenguaje sea exterior o interior, no importa; siempre es la facultad de asociar las sensaciones presentes a las sensaciones pasadas, generalizando unas y otras.

Más lejos demostraré que, sin duda, las diferentes mentalidades de los hombres se deben a sus diferencias de lenguaje. Con razón, pues, se habla de tal o cual civilización, agregándole el epíteto lingüístico a que esta civilización se aproxima. Pero, antes de abordar este problema, quiero examinar lo que llegaría a ser nuestra inteligencia si no tuviéramos el lenguaje para servir de sostén a nuestras ideas.

III

Seguramente, podríamos sentir las emociones que experimentan los animales: el hambre, el frío, el dolor, la cólera, el amor, la alegría. Podríamos aún hacer conocer estos movimientos interiores del alma por las entonaciones de nuestra voz. Pero no iríamos más allá. Máquinas sensibles, lo concedo; pero máquinas incapaces de generalizar, de razonar; por consiguiente, de pensar verdaderamente; pues cualquiera generalización no puede presentársenos sino en una forma verbal.

Tomemos una idea abstracta, pero simple; la idea de patria, por ejemplo. ¿Es posible tener el concepto de patria si no lo expresamos por una palabra? Es menester una palabra, un signo verbal, para concentrar las múltiples imágenes que entraña la idea de patria. Nuestras sensaciones no son sino emociones, afectivas o repulsivas, dolorosas o agradables, que provocan estados de conciencia diversos, pero que nada tienen de ideas ligadas entre sí.

«Palabras, palabras», decía Hamlet, desdeñosamente. Pero es casi una blasfemia despreciar las palabras de tal suerte.

Las ideas de patria, de deber, de remordimiento, de justicia, de verdad, de ciencia, de bondad, son hasta tal punto complejas, que para sintetizarlas, hace falta un signo fonético (exterior o interior).

La idea se confunde con la palabra.

Suprimid las palabras abstractas patria, deber, verdad, justicia, y no quedarán sino imágenes concretas de objetos variados que no se unen uno a otro por ningún enlace lógico.

Por lo contrario, cuando decimos *patria*, inmediatamente se forma en nuestro espíritu una síntesis. Desde que, mentalmente o prácticamente, se presenta la palabra, en el acto aparecen múltiples imágenes: la bandera (símbolo), el ejército (símbolo), el gobierno (símbolo), la historia de nuestros abuelos (símbolo), el suelo natal (símbolo), la lengua que hablan nuestros compatriotas (símbolo también). Todos estos recuerdos, todas estas concepciones, se sintetizan en una sola palabra, y si no cuento con esta palabra que reúne todos esos elementos dispersos, no tendré nada más que imágenes incoherentes.

Cuando Hamlet habla de las palabras con desprecio, es que ve una oposición entre el hombre que habla y el hombre que actúa. Pero no se actúa sino porque se ha pensado. Actuar, a menos de ser bruto, es actuar después de haber reflexionado. La acción, en el sentido noble que damos a esta palabra, no es un acto animal dirigido por sensaciones fugaces, es una acción determinada por recuerdos, impresiones, razonamientos, vibraciones, que sólo las palabras pueden dar.

Si no tuviéramos palabras y lenguaje para expresar los números, no lograríamos contar más que la gallina, que sólo puede numerar ocho de sus polluelos. Darwin dice que ciertos salvajes cuentan en esta forma: 1, 2, 3, 4, mucho.

Lo que constituye la fuerza del pensamiento es el ser capaz de abstracción; ahora bien, no hay abstracción posible sin un signo verbal que haga accesible a la conciencia la idea abstracta.

Notemos, sí, que este signo verbal que condiciona el pensamiento no tiene necesidad de aparecer en la forma de sonoridad exterior. Aun sin hablar, yo puedo tener las ideas de patria, de deber, de justicia, pues estos tres conceptos se fijan en mi espíritu gracias a su forma verbal. Mi inteligencia sería del todo incapaz de formar estos conceptos si no tuviera, para concretarlos, un lenguaje, aunque sea interior; pues el lenguaje in-

terior basta absolutamente a la inteligencia, de suerte que, cuando digo lenguaje, digo signo verbal que traduce una idea general y que se expresa o no por sonoridades exteriores.

En una palabra, sin verbo no hay pensamiento; no hay sino emociones.

IV

Para hacer más eficiente mi demostración, haré cuatro citas prodigiosamente vulgares, pero que escojo a causa de su misma vulgaridad, para mostrar hasta qué punto es necesario el lenguaje para que una idea muy simple, accesible a todos los hombres, pueda ser desde luego concebida, en seguida expresada y por fin, comprendida.

1) *Oderint dum metuant* (que me odien, puesto que me temen);

2) *El día no es más puro que el fondo de mi corazón;*

3) *El hombre no es sino una caña; pero una caña que piensa;*

4) *Todos tenemos bastante energía para sufrir los males de los demás.*

He aquí cuatro frases célebres que todo colegial de quince años conoce o debe conocer. Son cuatro ideas, cuatro concepciones. Ahora bien, no veo cómo cualquiera de estas cuatro ideas pudiera haber nacido en la inteligencia, si no hubiera habido algún lenguaje para traducirla.

1) ¿Podría concebirse el conflicto entre el odio y el temor, si no tuviéramos estas dos ideas abstractas de odio y de temor ligadas entre sí por la palabra *dum* (puesto que, con tal que): Puesto que me temen, ¿qué me importa el odio? Sin lenguaje, no podría pensarse nada semejante. Podemos, sin lenguaje, sentir aisladamente odio y temor; pero, para ligar uno a otro estos dos sentimientos, es necesario el lenguaje.

2) Cuando Racine dice: *El día no es más puro que el fondo de mi corazón*, crea una imagen que sólo las palabras pueden expresar. ¿Cómo establecer sin palabras alguna com-

paración entre la claridad de un día sereno y la inocencia de alma de Hipólito? Asimismo, parece que el hombre no puede concebir la inocencia de su alma, sino cuando dispone del lenguaje; porque la idea de inocencia es una idea abstracta.

Y, en cuanto a la comparación entre la hermosa luz del día y la inocencia del alma, ésta ha menester un lenguaje, porque se trata de sentimientos que, aunque muy simples, son, no obstante, infinitamente más complicados que las emociones instintivas y animales, como desagrado, hambre, cólera, amor.

3) *El hombre no es sino una caña; pero una caña que piensa.* No intentemos ver si esta frase admirable podría expresarse en otra forma que por medio de palabras. Es imposible. Tres ideas abstractas: el hombre, la caña (tomada como símbolo) y el pensamiento. Estas tres imágenes no pueden presentarse a nuestro espíritu, sino unidas por un lenguaje sabio.

4) La frase de La Rochefoucauld hace resaltar de una manera sorprendente el egoísmo de todo ser humano: requiere todo el poder de una lengua perfecta para ser concebida y desenvuelta en todo su esplendor.

He tomado estas cuatro frases casi al azar. Podría tomar otras mil, para llegar a la misma conclusión, para saber que sin lenguaje, no hay pensamiento.

Tengo hambre... Estoy cansado... La nieve es fría... Hay, tal vez, una presa por ahí... Es inquietador ese ruido... Ha terminado el día... Es preciso volver a la caverna... Mis hijos tienen hambre... Voy a buscarles alimento.... Tal es, más o menos, el limitado círculo de concepciones que pueden formarse los seres privados de lenguaje.

V

Para una ciencia cualquiera, aunque sea elemental, hace falta un lenguaje. En efecto, la ciencia es siempre la transformación de un hecho particular en un hecho más general, la cohesión de estos hechos generales ligados por una ley. Dicho de otra

manera, la ciencia es una generalización, y no es posible generalización alguna sin lenguaje.

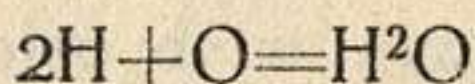
Sé muy bien que, ayudado de su memoria, un perro que caza en el campo reconoce por el olfato que tiene ante él una perdiz, una liebre o una codorniz. Sé también que un asno y un caballo reconocen los caminos que han frecuentado. Pero estas no son sino asociaciones de sensaciones presentes con recuerdos pasados; no hay aquí la menor abstracción; por lo tanto, ningún embrión de ciencia.

Sin lenguaje, no hay lugar posible para la aritmética, aun para la más rudimentaria; con mayor razón, para las matemáticas superiores. El álgebra, al crear una lengua nueva, ha extendido enormemente los dominios del pensamiento. Aun más, esta lengua nueva, verdaderamente internacional, ha llegado a ser tan frondosa, tan rica en abstracciones y en símbolos, que muy pronto llegó a ser absolutamente ininteligible para el vulgo. Ciertas páginas de los *Informes de la Academia de Ciencias* están escritas en una lengua simbólica, tan abstracta, tan profundamente complicada, que sólo un pequeño número de iniciados puede entenderla. Pienso que ciertas páginas de Enrique Poincaré o de Einstein no son comprendidas sino por una cincuentena de personas esparcidas por el mundo. ¡Y es mucho!

Las otras ciencias no son menos exigentes en materia de expresiones verbales.

¿Podría existir la química, si no tuviera algún vocablo bien determinado para expresar la existencia de cuerpos simples? ¿Qué concepto nos formaríamos del oxígeno si estuviéramos reducidos a nuestras sensaciones? Es preciso un signo verbal para caracterizarlo. Ciertamente, para significar el dolor o el placer, el temor o la cólera, no es indispensable ninguna terminología verbal; bastan las onomatopeyas. Pero cuando llegamos a una entidad química como el oxígeno, es necesario el verbo. Con mayor razón, si se trata de enlazar dos entidades químicas una a otra, como, por ejemplo, la combinación del oxígeno con el hidrógeno. Esto es tan verdadero, que, para

comprender bien su ciencia, los químicos han debido crear un lenguaje especial que todo lo simplifica. En vez de decir: el oxígeno se combina con el hidrógeno para formar el agua, escriben:



Esta simbolización hace inmediatamente más claro y profundo el sentido de la combinación de estos dos gases.

La física, más abstracta aún que la química, no puede ser abordada sino por el lenguaje. No es dudoso que los salvajes conozcan el rayo y sus efectos, que tiemblen a la espera del trueno; pero de aquí a concebir la fuerza eléctrica, hay larga distancia. Aunque un grito especial para indicar que el rayo acaba de caer, usasen habitualmente, esto no les enseñaría nada acerca de la fuerza eléctrica. ¿Cómo hacer "comprender, sin lenguaje, que la electricidad y la luz son *vibraciones del éter*?

Los fenómenos cósmicos que nos rodean, sea la claridad del sol, o la caída de las piedras, o el crecimiento de los árboles, o las oscilaciones de las mareas, se presentan a los seres terrestres en la forma de hechos aislados cuya unión escapa totalmente cuando no hay un lenguaje para establecerla. Toda la física moderna, expresada por las palabras: atracción, electricidad, elasticidad, vibración, disociación, yonización, cohesión, etc., no existe sino gracias a la simbolización verbal.

En medicina, en fisiología, en bacteriología, no es menor la necesidad de las palabras. ¿Cómo, por ejemplo, expresar de otra manera que por una palabra la célula microscópica, *microbio*, que es probablemente el origen de todas las enfermedades? Nuestra vista no nos la revela si no empleamos el microscopio, y se requiere la palabra para darle toda su generalidad.

Pero no queremos prolongar esta enumeración. Tan necesario es el lenguaje a la ciencia, que con cierta razón ha podido sostenerse que la ciencia no es sino una lengua bien he-

cha. Decíamos precedentemente que no hay pensamiento sin lenguaje. Con mayor razón debemos decir que no habría ni la más pequeña traza de ciencia sin lenguaje.

VI

Se objetará, tal vez, que hay ciertas enfermedades en que la inteligencia persiste, en tanto que la función lenguaje se halla profundamente turbada, y aun, a veces, completamente abolida. Con una lesión de la tercera circunvolución frontal del cerebro izquierdo, se produce la abolición de la palabra. Ahora bien, se pretende que la inteligencia permanece intacta.

Habría serias reservas que hacer acerca de la llamada integridad intelectual de los afásicos. Su inteligencia se hace débil, infantil, y por lo menos parcialmente, se ha oscurecido.

Aun así, aceptemos un momento la opinión común de que los afásicos permanecen inteligentes, que tienen ideas todavía, pero que les falta la palabra para traducirlas en sonidos. Sea. Pero, a pesar de todo, conservan todavía el lenguaje interior. La afasia es *motora*, es decir, los medios de expresar vocalmente las ideas han sido turbados por la parálisis, pero, gracias al lenguaje interior, la idea persiste, puesto que el signo verbal *interior* no ha sido abolido.

Supongamos, por ejemplo, un individuo áfono porque padece una parálisis completa de la laringe. Evidentemente, por este hecho, nada habrá cambiado en su constitución mental.

Supongamos aún que la lesión sea más profunda y que este individuo áfono, convertido en afásico, no puede ya articular palabras con los labios: habrá conservado el lenguaje interior, y ya es bastante para el ejercicio de la inteligencia.

Luego, sobre todo, aun cuando la función del lenguaje se halle abolida por la hemorragia cerebral, el desgraciado afásico habrá sido normal durante todo el curso de su vida anterior, y, por lo tanto, habrá podido adquirir, como los demás hombres, y gracias al lenguaje, potencias intelectuales que no permitirán que llegue a ser tan impotente mentalmente como lo

hubiera sido si jamás supiera del signo verbal para dar cuerpo a sus ideas.

Sin duda, los sordo-mudos mismos no están desprovistos de lenguaje interior, puesto que pueden aprender a leer, a escribir, y aun, a veces, a hablar un poco. El elemento fundamental del lenguaje, es decir, el empleo de un signo verbal para una idea abstracta, no está abolido.

Ni los afásicos, ni los sordo-mudos, puesto que conservan un lenguaje interior, están privados totalmente del poder de sintetizar las ideas por medio de palabras. Pero si suponemos una humanidad desprovista de este poder, ésta no será ya una humanidad: el hombre no sería más inteligente que el mono, el perro o el elefante.

Se dirá, acaso, que hombres de una inteligencia hermosa e inventiva hablan muy mal y escriben tan mal como hablan. Pero, si en ellos es defectuoso el lenguaje exterior, tienen seguramente un lenguaje interior muy elocuente; pues no podrían tener alguna precisión en su ideación, si la idea no se concretara en la palabra justa.

No podemos pensar sin traducir inmediatamente nuestro pensamiento en palabras. Aun cuando nos entregamos al sueño, fatalmente este sueño brumoso se condensa en palabras. No podría imaginar un árbol sin que repentinamente la palabra árbol brillara en mi espíritu; y, si no es la palabra árbol, es tal o cual árbol específico, encina, fresno, álamo, cerezo. Pero siempre es en una forma verbal como aparece la idea. No puedo agregar un atributo cualquiera a un objeto, sin que este atributo sea verbal, tanto como el objeto. No podemos pensar sin la ayuda de las palabras.

Algunas veces, ciertamente, buscamos la palabra que exprese nuestro pensamiento, y no la hallamos inmediatamente. ¡Y bien!, si la buscamos, es que la conocemos. *Sabemos que existe*, y porque conocemos su existencia, tenemos de ella una idea inconsciente. Está escondida en las profundidades de nuestra memoria, y sabemos que llegaremos a encontrarla. En efecto, todo lo que está en nuestro lenguaje interior no está presente inme-

diatamente en nuestra conciencia. A menudo se requiere un esfuerzo, a veces infructuoso, para encontrarlo.

Hay más. Para muchos poetas, por ejemplo, la rima, es decir, la palabra, evoca una imagen, o sea, una idea nueva. Me atrevería a decir que a menudo la palabra precede a la idea. En todo caso, hay simultaneidad entre la idea y la palabra. Aparece en el espíritu una idea que se traduce inmediatamente por una expresión verbal vecina (fonéticamente) a la primera; dicho de otra manera, aparece la rima, que despierta otra imagen.

Para que el pensamiento no sea indeterminado, incierto, flotante en una bruma oscura, análogo a la tosca sensibilidad de los animales privados de lenguaje, son necesarios los signos verbales, que tienen la doble virtud, en apariencia contradictoria, de precisar y de generalizar.

VII

Puesto que el desarrollo intelectual sigue al desarrollo del lenguaje, convendría investigar aquí en qué consiste la perfección de una lengua.

Existen, como se sabe, la gramática y el vocabulario.

Dejo de mano inmediatamente las cuestiones gramaticales. Aunque logren regir a los mismos reyes, las gramáticas no tienen tal vez otra importancia que la de fatigar inútilmente el espíritu de los niños.

Entiéndase, sí, que la corrección gramatical es tan necesaria como la corrección ortográfica, tan imperativa como la corrección de los vestidos y de los ademanes; es un *minimum* indispensable. Por lo demás, cuanto más simples sean las gramáticas, tanto mayor valor tendrán. Las complicaciones y, como se dice a veces, el preciosismo de la gramática, son execrables.

Pero, en el fondo, esto importa muy poco, porque lo que da a una lengua su verdadero carácter, es su vocabulario. Un vocabulario rico y, al mismo tiempo, exacto, con términos capaces de dar los más delicados matices de un pensamiento sutil, sin que haya en él incertidumbre acerca del sentido profundo

de las cosas, tal es lo que debe desearse. Como dijo un escritor maestro, en una lengua perfecta no hay sinónimos, y no puede reemplazarse impunemente una palabra por otra. Todo cambio de un término verbal lleva consigo algún cambio de la idea, aunque se trate de palabras muy cercanas.

Ninguna lengua ha llegado repentinamente a su perfección; ha sido necesario un largo uso. Pulida, elaborada, codificada, matizada por nuestros grandes escritores, la lengua francesa ha terminado por adquirir, al fin de cuatro siglos, esta riqueza, esta claridad, esta precisión en los menores términos, me atrevería a decir esta modulación de matices, que hace de ella un maravilloso instrumento de pensamiento.

De mala manera logramos darnos cuenta de la influencia preponderante que la forma del lenguaje ejerce sobre la forma del espíritu. El lenguaje dirige inconscientemente nuestra mentalidad, pues es el elemento esencial del pensamiento. Gracias a nuestra lengua, el pensamiento francés tiene un carácter especial, y es esta especialización lo que hace que nuestra nacionalidad sea lo que es y difiera de las demás nacionalidades.

La propiedad de los términos exactamente adecuados a tal o cual idea, una construcción lógica y metódica, el juicioso empleo de las más pequeñas preposiciones, hacen que la lengua francesa sea de una claridad superior, claridad que se refleja en las obras, prosa o poesía, de los grandes escritores.

Si llamamos nación a Francia, es porque, gracias a este común y maravilloso instrumento de nuestra lengua, todos tenemos, más o menos, una forma particular en nuestra *ideación*.

¿Qué consideraremos, en efecto, para caracterizar una nacionalidad? La historia nos enseña que las fronteras de los Estados son variables. Y, en cuanto al punto de vista etnográfico, en diez siglos los europeos se han mezclado de tal suerte, que ya no existe, fisiológicamente, la raza francesa más que la raza alemana o la raza italiana. En nuestro noble suelo francés, las invasiones sucesivas mezclaron los celtas con auverneses, los romanos con los cimbrios, los francos con burgundas. Los iberos, los godos, los normandos, se han entrelazado de tal suerte

los unos a los otros, que ya no hay carácter étnico especial.

Pero hay un carácter mental de nuestra nacionalidad debido, por una parte, me place creerlo, al suelo, al clima, a la historia; pero debido, sobre todo, a la lengua común que hablamos. Asimismo, no puedo resistirme a considerar en algo como compatriotas míos a las gentes de Ginebra, de Bruselas, de la Isla Mauricio, de Quebec; porque la lengua francesa es su habla nacional.

Esta lengua francesa misma, por su vocabulario, es una lengua por de pronto latina, como el italiano, como el español. Tenemos, pues, el derecho de hablar de una civilización latina; pues, por su origen común, estas tres lenguas, tan parecidas, son verdaderamente hermanas. Y esta similitud establece inmediatamente una marcada analogía en la psicología profunda de estos tres grandes pueblos.

No quiero introducir aquí, aunque sea superficialmente, una discusión sobre la cuestión tan controvertida en la actualidad, de la enseñanza del latín, y no trataré de entrar en la exposición de todas las razones, buenas o malas, que han sido alegadas a este propósito, por una y otra parte. Sin embargo, me parece que la comprensión perfecta de la lengua francesa se facilita singularmente por el conocimiento del latín. Tanto mejor hablaremos nuestra lengua, cuanto más hayamos frecuentado los grandes autores latinos, en el supuesto, por cierto, de que habremos frecuentado más asiduamente aún los grandes escritores franceses.

Seguramente, es fácil encontrar numerosos excelentes escritores franceses que no tenían sino imperfectas nociones de latín. Pero éstos son las excepciones. Los maestros de la lengua francesa fueron casi siempre excelentes latinistas, de Rabelais a Montaigne, de Racine a Voltaire, de Chateaubriand a Víctor Hugo, de Michelet a Renan y a Taine.

VIII

Quiero probar por algunos ejemplos que es la lengua lo que crea, casi, el pensamiento.

En el hecho, los hombres,—europeos y occidentales,—que viven en la superficie del planeta con sus civilizaciones semejantes, con sus costumbres, no fundamentalmente diferentes, con una historia que se confunde, con una legislación que a veces se copia en sus más pequeños detalles, tienen, más o menos, las mismas ideas esenciales, simples y uniformes. Si queremos despojar de su estilo incisivo los más grandes pensamientos de los mejores escritores, quedaremos admirados al ver hasta qué punto son vulgares. Nada puede demostrar más claramente la influencia del lenguaje sobre la idea, que el análisis de ciertas vulgaridades que han llegado a ser grandes pensamientos, porque un lenguaje admirable ha sabido transformarlos y vivificarlos.

Gracias a un epíteto feliz, a una imagen atrayente, a una metáfora audaz, una pobre vulgaridad se presenta como elocuente y nueva. Las vulgaridades más vulgares, los lugares comunes más comunes, toman, gracias al lenguaje, dicho de otra manera, gracias al estilo, un sabor especialísimo. Por el brillo de una imagen imprevista, la vieja verdad se convierte en idea original; estaba débil y gastada; se hace poderosa y rara.

Y aquí, aún, citaré algunos ejemplos.

¿Qué hay de más terriblemente vulgar que la triste, miserable condición de los hombres, la necesidad ineluctable del dolor? Pero La Bruyère escribe; *Apresuraos a reir antes que a ser felices, por el temor de morir sin haber reído*, entonces, repentinamente, toda vulgaridad se desvanece. Imágenes, ideas nuevas, múltiples, frondosas, vivientes, se injertan en la idea madre, dándole un vigor inesperado. La oposición entre la risa y la alegría, entre nuestras aspiraciones y la fragilidad de la mezquina vida humana, todas ideas virtualmente incluídas en la vulgar idea primiti-

va, brilla luminosa y potentemente, gracias al brillo y a la potencia del lenguaje.

No conocemos los límites del espacio; estamos rodeados de extensiones que no tienen fin. Nada más ordinario que esta concepción del espacio. Todos los hombres, aun los más ignoros, la piensan y posiblemente la dicen. Pero he aquí que repentinamente se abren perspectivas profundas. Pascal ha hablado. Ha dicho (probablemente después de otros): *¡El mundo es una esfera infinita cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia, en ninguna!*

Uno de mis más queridos amigos, arrebatado temprano a la poesía, Emilio Guiard, expresaba una idea muy corriente: los campesinos llevan una vida estrecha; y halla versos armoniosos y profundos que enriquecen esta vulgaridad, de tal suerte, que llega a ser fecunda en hermosas imágenes:

Le laboureur, courbé sur sa lente charrue,
 Au delà de son champ ne porte pas sa vue.
 Il croit qu'il lui suffit de voir son blé mûrir
 Et que c'est vivre assez que de ne pas mourir.
 Nul bonheur au dehors n'excite son envie;
 Il sème dans son champ tout l'espoir de sa vie.
 Il pense, à son enclos bornant son horizon,
 Que le monde finit où finit sa maison.

No hay quien no conozca la admirable poesía de Víctor Hugo, *la Tristesse d'Olympio*. Pues bien, toda esta pieza, una de las obras maestras de la poesía francesa, no es sino la paráfrasis de una idea ingenua, vulgar, tan antigua acaso como el hombre: que nuestra vida es breve y que el mundo continuará su camino después de nosotros, sin cuidarse de nuestro destino; pero, ¡qué imágenes! ¡qué aladas palabras! ¡qué armonía! ¡qué sonoridades! ¡qué renovación de esta añejez! ¡cuánta majestad en esta antigua angustia!

Que peu de temps suffit pour changer toutes choses!
Nature au front serein, comme vous oubliez,
Et comme vous brisez dans vous métamorphoses
Le fils mystérieux où nos coe-urs sont liés!

D'autres vont maintenant passer où nous passâmes
Nous y sommes venus, d'autres y vont venir,
Et le songe qu'avaient ébauché nos deux âmes
Ils le continueront sans pouvoir le finir....

Me detengo... Sería menester citarlo todo. Es como una lluvia de estrellas relumbradoras, que brillaría con humilde destello; la idea matriz es harto pobre; pero, mediante el estilo, se hace sublime.

Podría coger fácilmente innumerables ejemplos para establecer que, cuando no se trata de un descubrimiento científico, hay, al fin de cuentas, muy pocas ideas nuevas en los cerebros humanos.

Todo está dicho, y siempre llegamos demasiado tarde.

Sí, todo está dicho. Pero la manera de decir no es, sí, siempre la misma. La forma hace valer el fondo. Las concepciones fundamentales son idénticas para todos nosotros. Jóvenes o viejos, grandes o pequeños, germanos, franceses, anglo-sajones, árabes, no pensamos sino cosas limitadas y simples; de tal suerte que la diferencia esencial entre un hombre inteligente y un hombre mediano, es la manera de expresar sus ideas. Lo que hace que un gran escritor no sea un vaquero inculto, es el que aquél sepa verbalizar su pensamiento en términos nuevos, imaginativos, netos, vivos. Cada palabra que introduce en su frase hace novedosa la más llana de las ideas. Sobre un terreno uniforme, lamentablemente uniforme, germinan las plantas o, si se quiere, las palabras cuya forma, vigor y destello varían hasta lo infinito.

Es el lenguaje, más que las ideas, lo que diferencia a los hombres. Es el lenguaje lo que crea el pensamiento.

Expresado de diversa manera, lo que caracteriza a los grandes pensadores y a los grandes escritores, es la riqueza y la

precisión de su vocabulario; pero de ninguna manera la profundidad de su ideación.

Sería curioso trabajo,—curioso e ingrato a la par— poner en lenguaje vulgar las observaciones profundas que provocan nuestro entusiasmo en los maestros. Quedaríamos estupefactos al ver hasta qué punto puede transformarse finalmente lo que ellos dicen, en una idea lastimosamente ordinaria.

Si quitamos las imágenes y rebajamos el estilo, toda profundidad desaparece.

IX

De tal suerte, la verdadera originalidad de los hombres se debe a su lenguaje, puesto que todos tienen, poco más o menos, las mismas concepciones y el fondo es uniforme, cuando menos para los europeos, nuestros contemporáneos. Se sigue de aquí, necesariamente, que la perfección de una lengua lleva consigo una inteligencia más firme, más extensa, más clara, sobre todo. Desgraciadamente carezco de competencia para deducir un juicio de otra lengua que no sea la mía, aunque esté en condiciones de leer corrientemente (sin poder en lo más mínimo expresarme en estas lenguas) el inglés, el italiano, el alemán. Aun así, me atrevo a pensar que la lengua francesa, con su concisión, su lucidez, su fineza, es el más maravilloso instrumento de la inteligencia humana (*).

Entendámonos bien acerca de esta palabra *instrumento*. La lengua no es sólo un instrumento manejado por la inteligencia; es un instrumento *creador*; ayuda al desarrollo intelectual, tanto en las ciencias como en la literatura. En efecto, por una parte,

(*) Tal es también la opinión de muchos extranjeros. No me cansaría de aconsejar a los amantes de la lengua francesa leer un libro admirable que acaba de escribir un americano: *El francés, lengua diplomática moderna*, por James Brown Scott, profesor de la Universidad de George Town (un vol. in-8.º de 328 págs., París, Pedone, 1924). Este libro, precedido de una hermosa introducción de M. Nicholas Murray Butler, el sabio presidente de la *University Columbia* de Nueva York, es una apología crítica y profundizada de nuestra querida lengua francesa. El problema histórico está tratado con tantos detalles, que este hermoso libro podría titularse: *El pasado, el presente y el porvenir de la lengua francesa en el mundo*. La conclusión del profesor James Brown Scott es que, en la hora actual, el francés es la primera de las lenguas.

el desarrollo de las ciencias y del lenguaje se cumple paralelamente; el lenguaje llega a ser cada vez más rico a medida que la ciencia se enriquece, y esta riqueza creciente del lenguaje presta su impulso a la ciencia. Por otra parte, en cuanto a la literatura, cuantas más palabras tiene para expresar los matices de una idea, tanto más la idea, vulgar al principio, llega a ser penetrante.

Aquí es donde quiero llegar. Cuando se habla de una civilización francesa, implícitamente se habla de una civilización que se debe a la lengua francesa.

Así, pues, con un cuidado celoso debemos mantener nuestra lengua en toda su sobria pureza, y, conservándole su forma actual, enriquecerla aún con nuevas adquisiciones, pero siempre con una prudente reserva; los maestros nos han enseñado qué alto grado de perfección puede dar a la idea el habla francesa.

Y ya que hablo de civilización, que, para terminar, me sea permitido esperar (y aun afirmar) que la civilización llamada latina, aunque amenazada en su expansión por civilizaciones rivales, no sólo no perecerá, sino que seguirá creciendo. A decir verdad, la lengua inglesa está mucho más próxima a la lengua latina de lo que ordinariamente se cree; las lenguas germánicas se apartan un poco más del latín; las lenguas eslavas se apartan mucho más todavía; con mayor razón la lengua de los árabes; con razón más señalada aún, la de los chinos, cuya escritura barroca exige muchos años de largos estudios para ser trazada con corrección.

Resumiendo, debe considerarse la mentalidad humana ligada en conjunto a la forma del lenguaje. Toma de éste tanto las virtudes como los defectos.

Por tanto, si fuera menester dar una conclusión práctica a este análisis, tal vez un poco abstracto, me parece que podría resumírsela en una frase muy corta: «Cuidemos nuestra lengua francesa, porque ella es lo que de nosotros ha hecho franceses».

CARLOS RICHEL.

(Trad. para ATENEA, de *Revue des Deux Mondes*, 1.º de Febrero de 1925).

Mariano Picón - Salas

María Isabel

(De «Las confidencias de Paolo»)



La prima se casaba y yo emprendía un viaje, hechos que separaban definitivamente nuestras vidas. Concluía con nosotros aquella larga dispersión de la familia, que sobrevino a la muerte del abuelo, cuando, quebrantado el firme lazo que los unía, los descendientes se apartaron: se vendió la casa paterna, se amojonaron las tierras, y, arrastrados por su vocación y ambiciones, los nietos se repartieron por el mundo; se fueron a estudiar en las ciudades universitarias o a trabajar en el campo. Sólo en una ocasión grave—un matrimonio o el fallecimiento de un pariente—nos reuníamos en torno de una mesa común para evocar los días de la infancia. Mi tía mostraba el orgullo de sus dos hijas mayores, que habían viajado por Europa y cuya belleza y distinción ornaban la sociedad de una capital de provincia; repartían sus sonrisas de broma o de desdén entre los más encumbrados pretendientes, y por fin parecían decidirse la una por un ingeniero y la otra por un médico, ambos de

gran porvenir y también exóticos. La separación fué fructuosa para los primos que traían títulos y dinero: cuando visitaban nuestra aldea, la escandalizaban con sus trajes y sus costumbres, y ante ellos ¡qué pequeño, qué desmañado y pobre hombre parecía yo, que no había salido del pueblo! Me había quedado allí los mejores años de mi adolescencia, paseando por las orillas del río, leyendo mis poetas favoritos, yendo todas las semanas al correo a buscar las revistas y los libros que se publican en las ciudades lejanas que nunca conocería; sufriendo las penas de un amor arcaico, desesperado, ardoroso de fiebre romántica por la primera bella provincianita con quien hablaba todas las noches media hora en la reja. Allí estaban como objetos de un valor depreciado los versos, los muchos versos y prosas románticas que había compuesto en la angustia y en el silencio de aquellas largas noches de provincia, escribiendo hasta la madrugada; acompañado como por un ritmo familiar por la voz del agua en el patio, los distantes cascabeles de un coche o la frase perdida de una canción que suena a lo lejos...

—¿El porvenir?

—¡Quién piensa en el porvenir!

Y en estas visitas anuales de los tíos y primos al pueblo, casi me sentía cohibido: ellos ostentaban su riqueza y civilización; elogiaban con un puntillo de ironía mis pobres e inocentes versos; me invitaban a verlos en su casa de la capital, ancha, lujosa, bien alumbrada y frecuentada de excelentes relaciones. Allí una muchacha, una de estas muchachas complicadas y sutiles que existen en las ciudades grandes, acaso por capricho, por aventu-

ra—el espíritu de aventura está muy desarrollado en las clases pudientes—tal vez por mis versos, pudiera enamorarse de mí.

Con sus trajes de *sport*, mis primos estaban a punto de convertirse en profesores de energía. Rehuía su sociedad, que me resultaba tan complicada, y con este buen fondo sensible y afectuoso que siempre hubo en mí, placiame evocar los días de la infancia, cuando, a la vera del abuelo, todos éramos igualmente alegres y candorosos: gustábame jugar con los rubios cabellos de las primas y, por deleitarme con sus iras y protestas, robábales, en medio de las asechanzas y las intrigas del escondite, los primeros besos.

¡El abuelo! ¡Quién pensaba ya en el abuelo! De su espíritu regocijado y sencillo, de aquella fuerte salud moral que emanaba fresca y comunicativa como una savia de sus ochenta y tantos años, nada quedaba ya en nosotros. Nos envolvía la morbosa inquietud moderna: cuando estábamos juntos, se hablaba de grandes y audaces negocios; la ambición de los nietos no se detenía. Y yo pensaba nostálgico en los minuciosos escrúpulos, en los días y los trabajos diáfanos, en las gentiles delicadezas, en la cortesía y el comedimiento del noble anciano.

—¡Reminiscencias de poeta que no tienen ningún valor en la conducta y en los negocios de los hombres!

II

Con aquella camaradería de la infancia, que luego se rompe y modifica con la vida, sólo María Isabel y yo habíamos permanecido consecuentes.

A diferencia de sus hermanas, la cultura y la certidumbre de que era admirada y bonita no le robaban la espontaneidad y, como la poseedora de un don inagotable, gustaba de esparcirlo con el aplomo y la sencillez con que la fuente da agua y el rosal da rosas. Cumplía una ley natural, recreándonos con su lozanía y juventud y no la complicaba con el artificio, la afectación y el fingido desdén de otras.

Para mí siempre había sido la prima cordial y alegre con quien jugué en la niñez, y para nuestro afecto y comunicación no habían llegado los días turbios y distanciadores de la adolescencia, ni la fortuna, la posición, los disgustos familiares, impedíanme el abrazo de nuestras almas hermanas. Ella sabía mis secretos y yo sabía los suyos; y así íbamos por la vida, contentos como dos almas que se han de buscar y hallar, aunque el bosque interponga sus tupidas malezas. Los obstáculos, la inquietud de la busca sólo hacían preparar y avivar el goce del encuentro. Y ella tenía orgullo en hacer un sitio entre el ambiente hostil y envanecido de su casa para el primo pobre que no se parecía a los galantes señoritos que cortejaban a Laura o a Beatriz. Con mi traje arrugado y mis maneras y pensamientos que no podían ser los de otros, yo también me sentía orgulloso cuando abandonando los temas y las ceremonias del salón y los pavoneados jovencitos, María Isabel venía a hablar conmigo las cosas nuestras, los problemas, inquietudes y disparates nuestros, que sólo nosotros entendíamos como el oculto y maravilloso lenguaje de una cábala.

Pasaban las cosas usuales y los cotidianos comenta-

rios que interesaban a los otros y permanecíamos indiferentes, aislados y flotantes entre los grupos, absortos en nuestras obras y pensamientos.

No era el amor sino otro sentimiento de atracción y de apoyo que surgía de la semejanza de nuestros espíritus; diríase que nos plasmaba un escultor misterioso y obedecíamos a una simpatía desconocida.

Quizás, con su instinto de mujer, ella esperaba que esto se transformara en amor, en sencillo amor. En todo caso, fué respetuosa de mi timidez, más expresiva que muchas declaraciones: de mi egoísmo, que no se resolvía a romper un hábito y a aparecer de improviso con la máscara del amante, de la fijeza con que yo le miraba los ojos.

III

Pero olvidaba que le imponía una esclavitud y que fatalmente, a pesar del enajenamiento a que la tenía sometida, ella debía realizar su destino. Hay, amigos, fuerzas extrañas que obran aunque queramos detenerlas y se introducen como duendes entre nuestra vida amurallada; es en la hora del sueño o de la inconsciencia, y cuando despertamos, ya nos sentimos cercados. Ante el hecho nuevo, todas las ideas y propósitos viejos se disipan y ya no hay sino aceptarlo con sus sorpresas y accidentes.

La noticia de que María Isabel tenía un novio la recibí en uno de esos momentos de egoísmo y exaltación que vivimos todos los hombres, en que nos sentimos demasiado importantes: confiamos mucho en nuestras

propias fuerzas y quisiéramos, para estar libres y luchar contra el Universo, destruir todos los afectos y apoyos que nos atan. Todo nos parece que estorba o distrae nuestra misión y, con una ira y una prisa de sepultureros, queremos enterrar todo nuestro pasado, todo nuestro presente y quedar libres—como quien puso bajo tierra a sus muertos—ante las fuerzas hostiles y el porvenir que ansiamos doblegar.

María Isabel no me parecía entonces sino un accidente o una sugestión de mi juventud contaminada de romanticismo, y, ocultando mi despecho, quise conocer a su novio; fingí por ella una simpatía indiferente y no me inmuté mientras tomaba mi cerveza...

Hasta fui a visitarla para presentarle mis congratulaciones: procuré encontrarme en la visita con las otras primas; hablamos de cosas de actualidad con el desdén y la calma que se permiten a las personas bien educadas, y ellas debieron pensar que aquel primo desmañado, engendro de poeta romántico y de encogido galán provinciano, se había transformado en un perfecto hombre de mundo. Tanto cuidé el traje y la propiedad de las palabras.

Mis primas ahora me descubrían, y tanto les placía el hallazgo, que me invitaban a sus reuniones: reprochaban mi aislamiento y reían para halagarme cualquier chiste insignificante o cualquier frase ingeniosa, que un forzado ingenio que nunca tuve—un ingenio que me había aparecido de pronto en un bolsillo del vestón—me inspiraba aquella noche.

María Isabel quiso provocar las confidencias, invocar mi consejo; pero con zalamera y envolvente cortesía

rehuí su intimidad y elogíé exageradamente—con una satisfacción y un goce fingidos—su elección.

Menudeé las visitas; y cuando la encontraba en la calle, ninguno la saludaba con mayor comedimiento.

Todavía ella esperó con su dulce paciencia de mujer las palabras sinceras de otros días: me buscó en las fiestas y me llamó a la vera de su novio y me trató allí con mayor confianza que la acostumbrada entre nosotros. Yo prefería hablar con su compañero de las cosas actuales y superficiales que preocupan a los hombres. Medía los minutos para no aparecer demasiado breve o demasiado extenso: después de un rato, tomaba la actitud de quien siente que estorba, y elegía el momento, cuando el jardín quedaba solo y más propicio al diálogo de los amantes, para retirarme. Mi sonrisa era cómplice, mi inmutabilidad estimuladora y parecía decirles: Amense Uds. mucho, diviértanse, que a mí me complace verlos felices.

Ante mi incomprensión o contumacia, María Isabel, que al fin era muchacha y apasionada y joven, no tuvo sino amar a aquel joven cumplido y apasionado, amarlo como aman todas las mujeres—cultas o ignorantes, bellas o feas—; amarlo con los ojos ciegos.

Habían llegado las horas graves de elegir un destino.

IV

Ahora, ante la proximidad del fin de nuestra juventud, de los deberes serios que nos imponía la vida—a ella el matrimonio con la reclusión y el renunciamiento de los matrimonios de provincia: los hijos que van colmando

el tiempo; los nuevos afectos y los nuevos intereses que la aislarían entre el cuidado y el amor de su marido, su despensa y su costurero; a mí el trabajo sin goce en las ciudades lejanas, entre gentes hostiles, la aventura permanente y la esperanza incierta—; sentíamos el dolor, el mudo e invisible dolor de los afectos que se rompen y de las almas que se separan.

Ni valía el disimulo, el frío y mesurado disimulo en que quise ocultar los sentimientos y la nostalgia delatora.

Fuí a hacerle mi visita de despedida en aquella vieja casa de campo donde ella pasaba una temporada preparando las cosas menudas, bordadas y cuidadosas que constituirían su ajuar de novia; las ropas y los encajes en que las mujeres ponen tanta ilusión y esmero.

La casa guardaba los más dulces recuerdos de nuestra infancia y juventud; no había sufrido la transformación pedante y hostil de las casas de la ciudad y se conservaban el viejo jardín, la huerta, el estanque donde nos bañábamos y la biblioteca en cuyos libros empolvados, en cuyas amarillas revistas de hace treinta años llenas de dibujos anacrónicos, cándidos, extravagantes, leímos los primeros versos.

¿Cómo sustraernos a la voz de las cosas?

En vano ella parecía ensayar en mí sus dotes futuras de perfecta dueña de casa. Fué a recibirme al vasto corredor por donde entraban los jinetes: llamó a un criado para que sujetara mi caballo; había preparado un tocado discreto que no era con el que recibía a las visitas de cumplido, pero no era tampoco la bata suelta y sencilla que usaba en la intimidad.

En el orden y limpieza de todo se notaba la espera del visitante.

Siguió el rato de charla ligera y disimulada en que se habla de la salud de los parientes, de los progresos y transformaciones del pueblo, del tiempo, de las fiestas, y luego—mirándonos los ojos, turbándonos y enrojeciéndonos de pronto como si temiéramos decir lo que nos afluía a los labios, lo que saltaba en nuestros corazones—el largo silencio turbador e incómodo...

Uno de estos pretextos gentiles de las mujeres, una de estas emboscadas que nos tiende su ligereza y su gracia, iba a devolvernos al movimiento y a replegarnos en nuestras propias almas.

Precisaba romper aquella silenciosa comunicación, aquel mensaje sin palabras, aquel flúido invisible que penetraba nuestros espíritus.

Ella se paró y me invitó a dar un paseo.

Veríamos las nuevas macetas que ahora florecían en el jardín; el nuevo salto de agua que empujaba la maquinaria, el estanque donde nos bañaríamos. Desde la azotea se dominaban el río y las cumbres distantes al pie de las cuales se alongan los caminos, corren los trenes, se apeñuscan las ciudades. Y los caminos pequeños y estrechos que suben y bordean la montaña, los caminos que conducen a la laguna encantada, los caminos que conocen las viejas recolectoras de chamizas, los caminos por donde íbamos a buscar las silvestres y acuosas moras de la montaña. Y el camino que recorren todas las muchachas rústicas a quienes dañó la luna; el camino por donde van las madres campesinas que enferman de sobreparto; la loma donde vive la vieja médica que conjura los ojos y tiene,

entre sus calderos llenos de raíces y resinas, la suerte y el porvenir de todos.

Todos nuestros recuerdos de infancia y juventud que ahora se agolpaban con la visión, hasta cercarnos, hasta ensimismarnos.

Había que librarse y descendimos la escalera.

Llamaban para la comida.

De nuevo en aquel ambiente social, ante la placidez y el orden de la mesa servida, las cosas amables y discretas que deben conversarse cuando se come, recobramos el dominio de nuestras almas. Hablábamos ya de mi viaje y de su matrimonio como de sucesos inmediatos, fatales y naturales. ¿A qué agregar recuerdos y comentarios? Moría el pasado y comenzaba una nueva vida.

No quise quedarme. Les temo a las confidencias en la noche, cuando la naturaleza se oscurece y parecemos quedar más solos y encerrados con nuestras almas. Desprendidos del espectáculo exterior, nos dirigimos hacia lo subjetivo. Había una luna hermosa: me gustan los caminos nocturnos, mandé ensillar y partí.

Con la corrección y gentileza acostumbradas para el visitante que se despide, ella me ofreció una flor.

V

Cuando llegaba a la estación del pueblo para tomar el tren—el tren que interpondría tierras y hombres entre mi pasado y mi porvenir; aquel tren medroso de las grandes resoluciones, me vino con el viento mañanero un conocido repicar de campanas. Eran las campanas claras y alegres con que en el pueblo se anuncian los bautizos y las bodas, los sucesos plácidos que ponen una nota de

gozo y de esperanza en los ceñudos rostros provincianos. Se suspende por un día el rudo trabajo de los hombres: se lucen las ropas nuevas, y algo como una primavera regocijada, caliente y bulliciosa circula por el pueblo. En las ventanas y en las calles la gente se agolpa al paso de la comitiva nupcial. Se ven rostros de personas perdidas de vista durante muchos años, que ahora aparecen remozadas por el sol, por los trajes de gala, por la alegría común. Hombres distanciados por la edad, el carácter, los intereses, las murmuraciones del pueblo, ahora fraternizan ante la música y el vino. Y todo el pueblo vive esa cosa insólita, extraña y distante como los eclipses de sol, que se llama un día de locura.

¡Cómo me turbaba en este momento supremo—cuando ya me sentía desprendido de todo y de todos—la voz de las campanas! Era una atrayente voz familiar que me invitaba a detenerme: allí estaba, entre aquellas montañas azules, mi vida, mi destino; la vida tranquila y el afectuoso y reposado destino de los hombres que fueron mis ascendientes.

Pero no puede uno detenerse en la estación de un tren. La gente lo arrastra: las voces de muchos confunden y apagan nuestro diálogo interior.

Despertándonos de todo sueño y divagación, la locomotora da el último silbido.

Casi como cumpliendo una fatalidad, se salta hacia el andén.

Y allí, entre gentes desconocidas que leen indiferentemente sus diarios, hablan todos los idiomas, pertenecen a todas las razas, empieza uno su marcha por el mundo.

MARIANO PICÓN-SALAS.

Los Quiscos



AS allá de las últimas higueras y de los últimos perales tupidos tras de la tapia, los primeros quiscos; está todo el faldeo, y hasta sobre las crestas claveteado de quiscos.

Brotan de cualquier peñasco; se yerguen trágicos sus dedos, grises como las piedras, sobre este desolado manto de tierra estéril que sube llevando desde el camino al cielo miserables arbustos achaparrados.

Ponen angustia infinita en la ya angustiada calvicie de la ladera; son dedos de manos estranguladas bajo la roca incommovible.

Nada vale que el viento se quiebre en ellos en sinfonías, que en la pulpa jugosa bajo las bravas espinas se abra su flor tierna o se prenda el rojo quintral; serán siempre agrios como la serranía, fragmentos de condenadas manos milenarias a las que nunca podrá alcanzar nuestro consuelo.

La Tenca



Es la copa del espino, a la del sauce próximo; de la del sauce, a la última ramilla temblorosa del álamo: si llevase consigo la seda de la araña, su vuelo afanoso tendería en la altura una línea paralela al alambrado.

Penoso el vuelo y blando, como el de una pluma de cardo que el viento cogiese y abandonara, nunca lo aventura largo trecho, y ya parece quedar corto para alcanzar la ramita encumbrada.

Un chasquido ronco, allá en el paladar, de cochero que azuzara caballos; «tracatrá, tracatrá, tracatrá», en ronco galope arrullador, y luego una nota aguda y una transposición alta de los acordes roncoss: columpiándose en la rama inestable, quebrando entre la cola y el cuerpo ángulos variables al compás del vaivén, la tenca canta.

Es un plumón espeso, de modesto vestir, que nunca va por el suelo; una voz de contralto que dice de copa en copa su arrullo regalón.

JUAN DE ARMAZA.

Hombres, ideas y libros

Enrique Molina

La ideología del señor Leopoldo Lugones

HA tenido el señor Leopoldo Lugones la gentileza de contestar mi artículo intitulado «¿Ha sonado la hora de la espada?», y le agradezco la forma en que lo ha hecho; pero ¡qué ideología la suya, válgame Dios! Aunque nada nueva en el fondo y muy deleznable, viene de un escritor de alto prestigio, y me parece tan aparejada de consecuencias funestas que no puedo dejarla pasar sin algunas observaciones.

Empieza el señor Lugones por quejarse de que yo haya incurrido en la debilidad de sospechar en él, —a propósito de su discurso de Lima,—adulación a Leguía e incitación al aplauso palaciego. Tal vez de alguna frase de mi mencionado artículo se infiere este pensamiento. Convengamos en que el texto del discurso del señor Lugones y las circunstancias en que fué pronunciado justificarían esta suposición; mas no tengo ningún inconveniente para aceptar como sincera la declaración en contrario que hace el señor Lugones.

Tomando pie de este detalle, dice el señor Lugones: «como si fuera imposible hallar por ventura un solo demócrata capaz de creer en la probidad de los que no piensan como él. Pero nadie ignora que desde César hasta Luis Felipe y desde Séneca hasta Voltaire, la tolerancia fué siempre una virtud aristocrática».

No contestaré este párrafo por lo que a mí respecta. Creo poseer esa probidad (tal vez hasta el grado de la ingenuidad) que el señor Lugones niega a los demócratas. Pero ¿cómo aceptar eso de que «la tolerancia fué siempre una virtud aristocrática?». Las aristocracias han sido tal vez tolerantes dentro de ellas mismas, para con los individuos de su clase y siempre que los defectos o ideas que habían de tolerar no entrañarán una amenaza para sus privilegios. Pero respecto de las gentes que han estado en otras clases sociales, fuera de ellas, las aristocracias no han manifestado nunca tolerancia. Han sido simplemente desdeñosas, lo que es polarmente distinto. Las demás clases no cuentan ni existen para las aristocracias. Forman simplemente la sombra necesaria en el cuadro en que ellas se destacan a la luz. Esto no es tolerancia. La verdadera tolerancia supone convivencia en medio de la diversidad, reconocimiento cordial de la hermandad humana, comprensión mutua y hasta dulce perdón para los yerros del semejante. Esta tolerancia, flor delicada de la más alta cultura, pueden poseerla las aristocracias cuando son amplias hasta democratizarse y las democracias cuando se aristocratizan afinándose.

* * *

El señor Lugones hace profesión de fe de individualista y de escéptico para corroborar sobre esta base su culto de la espada.

«Profeso, dice, el culto de la minoría perfecta, el individualismo absoluto; no hago política ni pretendo conducir a nadie; carezco del fanatismo religioso que cree en la ley de Dios y del fanatismo ideológico que cree en la existencia de la verdad. Sé que en el estado actual del conocimiento es imposible descubrir ninguna ley natural o divina; vale decir ninguna adecuación irrefragablemente necesaria de los fenómenos a un dominio ilimitado de frecuencias».

¡Qué de cosas llamadas a causar deslumbramiento y qué in-

consistentes en sí mismas o puestas en relación unas con otras!

¿Valdrá la pena detenerse a considerar ese concepto del individualismo absoluto? Es tan insostenible. Pero las únicas razones para no pararse en él, serían que el señor Lugones no lo hubiera expresado en serio o que las palabras lo hubieran llevado más allá de lo que quería decir. Al señor Lugones y no a mí correspondería aclarar si ha ocurrido una de estas dos cosas.

¿Hay algo absoluto fuera del ser? Probablemente no, y el señor Lugones lo reconoce así al atacar un poco más adelante la libertad y la democracia por medio del relativismo de los conceptos que proclama la ciencia contemporánea y que él hace suyo.

Nuestro poeta, en el andar de pocas líneas, se contradice entonces: primero hace alarde de su individualismo absoluto y luego, cuando le conviene para otro fin, invoca el relativismo de todos los conceptos.

Esto ocurre en el plano del conocimiento. Llevado al campo de la realidad social y de la conducta, el individualismo absoluto pasa a ser una de esas expresiones que no corresponden a nada efectivo y que resultan del poder que tiene el hombre de satisfacerse con palabras adosadas a su capricho. El individualismo absoluto es tan impracticable como la misantropía absoluta, como el egoísmo absoluto y también como la abnegación absoluta. Todos estos absolutos significarían la muerte. No podemos vivir prescindiendo de los servicios de los demás ni nos es dado eludir el servir a los demás. Mayores son los reparos que cabe hacer a la tesis individualista, si se entran a examinar los factores que conducen a su plenitud de desarrollo a cualquiera personalidad humana y, por consiguiente, a la que alardea de individualismo. Todos estos factores constituyen una negación palmaria de tal manera de encarar la vida social.

La personalidad de un ciudadano de cualquiera democracia moderna, digamos de un ciudadano argentino, y, por ende, del

señor Lugones tal vez, se ha desenvuelto gracias a la acción de la rica educación nacional que en todos sus grados le ha proporcionado su patria, institución basada, no en el individualismo sino en el amor a esa misma patria, en el civismo, en la solidaridad social y en el ansia de progreso. Se ha desarrollado merced a la influencia de costosas bibliotecas y museos fundados por el interés de la cultura y no por el individualismo. De manera que la formación de la personalidad que ostenta su individualismo absoluto ha sido posible sólo, tan sólo gracias a los esfuerzos y cuidados inmediatos de las organizaciones nacionales y culturales que le han servido y a los sacrificios seculares de millares de hombres modestos que han pasado sus días en la cándida creencia, cándida y fecunda, de que lo mejor es vivir para un alto ideal de creación y servicio.

Pero no se me interprete mal. Hay un individualismo sano, y este es el que significa carácter dentro de la solidaridad humana, y libertad para pensar.

Ha dicho el señor Lugones que carece «del fanatismo religioso que cree en la ley de Dios y del fanatismo ideológico que cree en la existencia de la verdad». ¡Qué de problemas metafísicos y filosóficos apretados en cuatro líneas de un periódico! Porque aquí se plantean una grave cuestión metafísica, Dios, y todo el asunto de la epistemología o ciencia del conocimiento, la verdad; pero el señor Lugones, sin mayor inquietud, los resuelve rotundamente dentro de esas escasas líneas. Es cierto que él dice que cree tal o cual cosa, y en este terreno no se le puede atacar porque la creencia es un hecho subjetivo que hasta cierto punto se sustrae a la experiencia.

Pero veamos.

Es efectivo que hay ideas que no pasan ni pueden pasar de la categoría de creencias u opiniones y que se encuentran indefensas ante los asaltos de la duda. Así, cuando el señor Lugones afirma que carece del «fanatismo religioso que cree en la ley de Dios», como este es un asunto de creencia o de fe, no hay nada que decirle. Pero tenemos ideas que no son simples creencias u opiniones, sino verdades de percepción inmediata, como pasa con las

verdades matemáticas elementales y con muchos hechos del más sencillo empirismo. ¿Llevará el señor Lugones su carencia de fanatismo ideológico hasta negar que dos y dos sean cuatro o que el agua, los jugos de la tierra, la luz y calor del sol dan vida y color a las plantas? Se dirá que estos son hechos muy sencillos que no pueden ser materia de discusión. Seguramente; pero son de consecuencias incalculables para justipreciar el valor del conocimiento humano. Por lo menos, el señor Lugones debía haber distinguido verdades y no condenarlas a todas olímpicamente a velas apagadas. ¿O habrá querido referirse exclusivamente el señor Lugones a aquellas verdades de inferencia que pretenden proyectar luz sobre el porvenir? Por ejemplo, se podría decir que en vista del compás de desarrollo que ha llevado hasta ahora la República Argentina y de los inagotables tesoros de su suelo, es dado inducir que tal vez antes de cincuenta años haya duplicado la cifra de su población, su potencia económica y su riqueza, agregando que los estadistas del gran país hermano deberían tomar en cuenta estas posibilidades en sus proyectos para el futuro.

El señor Lugones, en actitud consecencial con sus declaraciones, deberá mirar tales cosas como lucubraciones insustanciales de algún pensador simple, de profesores pedantes o de diputados y periodistas superficialmente eruditos; pero nosotros creemos que el señor Lugones, por permanecer fiel a su carencia de fanatismo ideológico, se ha privado de una noción exacta sobre su propio país.

¿O habrá intentado el señor Lugones, aunque no lo ha dicho, retirar su crédito únicamente a aquellas verdades trascendentales y presuntuosas que se erigen en dictadores de la vida y pretenden señalar norma a la eternidad? Así pudiera pensarse cuando dice que «es imposible describir ninguna ley natural o divina que sea una adecuación irrefragablemente necesaria de los fenómenos a un dominio ilimitado de frecuencias».

No estaría lejos de acompañar en parte al señor Lugones en este terreno. Es difícil establecer leyes muy definitivas en el orden psicológico y social. Pero este poeta, ya ilustre, que niega

la verdad, lanza luego afirmaciones tan categóricas como las siguientes: «La patria, la sociedad, la vida son estados de fuerza», «El hombre es un animal de combate» (de combate corporal se entiende), «La guerra es un fenómeno natural como la muerte», «Tenemos la demostración efectiva del realismo maquiavélico, anticristiano y antiliberal a la vez». Estos aforismos dogmatizantes ¿no son verdades para el señor Lugones? Para él lo son y deben serlo con caracteres terribles, porque en su contextura, seca como hecha de cuerdas y sarmientos, atan a la humanidad a una condena eterna. ¿En qué quedamos entonces? En que el señor Lugones tiene el fanatismo ideológico de algunas verdades. ¡Y qué verdades! ¿Y su individualismo absoluto, que ya hemos examinado, equivale a otra cosa que ha decidirse con toda el alma en la alternativa de la vida por uno de los postulados que se presentan? ¿No significa optar por la interpretación de la existencia que parece definitivamente más conforme al sentido de los días presentes y venideros? ¿No es esto garantizar el sostenimiento de una verdad; no sólo con la especulativa afirmación de la mente, sino poniendo al lado de ella lo más que uno puede dar, la felicidad, la propia suerte?

Entonces tenemos en este punto una doble y contradictoria actitud en el señor Lugones. Primero la verdad no existe cuando tiene que aventar como con un soplo proposiciones o ideales que no convienen a sus sentimientos, y luego existe en forma de afirmaciones dogmáticas que han de servir de base a sus lucubraciones.

«La libertad, dice el señor Lugones, o sea la facultad de dirigirse cada uno de acuerdo con su conciencia, resulta una ilusión desvanecida. Ella era el fundamento de la ideología demócrata del siglo XIX; y por esto, tras ella, fracasó la democracia».

Comprendo que se pueda decir que es una ilusión desvanecida la libertad metafísica, absoluta e indeterminada; pero no cabe afirmar lo mismo de la libertad jurídica y empírica que constituye una de las condiciones esenciales de la vida social y para el desarrollo de la personalidad humana. Veamos algunos ejemplos.

Cualquiera que sea la teoría que sustentemos sobre la libertad en abstracto, es necesario y muy satisfactorio para nosotros tener la facultad de quedarnos en casa cuando así lo deseemos y de salir a pasear o viajar si esto preferimos; pero no que un tirano nos obligue, a pesar nuestro, a viajar fuera del país porque estime él que así conviene a su seguridad. Es necesario, es vital para nosotros, es el aire de nuestro espíritu, gozar de la facultad de poder pensar a nuestro modo y de expresar públicamente lo que pensamos en materias de interés general. Si un mandón atrabiliario e inculto nos censura o arroja a una mazmorra porque nuestras ideas no se conforman a sus planes políticos, nos sentimos desesperadamente oprimidos en nuestro valor más íntimo. ¿No son estas facultades para el señor Lugones libertades apreciables? ¿No es lo que hermosea la existencia moral y condición esencial a la vez de esa vida heroica que él propicia? No son esas mismas facultades algunos de los bienes de que goza el propio señor Lugones en el seno de su democrática patria argentina y que constituyen cualidades que la enaltecen en el mundo civilizado? Las libertades jurídicas y empíricas no son ilusiones desvanecidas, sino el tesoro más precioso de los pueblos cultos. Desgraciadamente, ¡ay!, son valores esfumados en los pueblos infelices en que, sojuzgados a la tiranía, ha sonado la hora de la espada.

El señor Lugones ha proclamado el fracaso de la democracia y como una de las pruebas de su acerto aduce la guerra europea.

Pero no fué la democracia la que condujo a la guerra. Puede acusársele, sí, de no haber sabido darse una organización capaz de defenderla de la guerra. Lo que condujo al mundo a la catástrofe fueron las rivalidades nacionales, el militarismo de imperios antidemocráticos y la concupiscencia comercial. La sed de lucro y de riqueza, la sed de goces y el ansia de predominio para obtener todo aquello, infiltrándose como un morbo ancestral, sutil y tenaz en las mal tejidas mallas de las democracias, la corrompieron y trajeron la conflagración. Es decir, fué la acción superviviente, deletérea de ese mismo individualis-

mo pagano y sensual que preconiza el señor Lugones, y no la democracia, el culpable de la guerra.

* * *

Sobre esas bases tan deleznable, individualismo, escepticismo, negación de la libertad y de la democracia, levanta el señor Lugones su culto de la espada y sus loas incomprensibles a la guerra.

Lo demás del artículo del señor Lugones son afirmaciones gratuitas, citas descabelladas, o destellos de pensamientos hermosos, pero que precisamente se pueden tomar en un sentido contrario al que él quiere indicar.

«Se ha establecido, dice, el principio del combate, y, con él, en la ineluctable necesidad de la guerra, la noción heroica de vivir». «La noción heroica de la vida es una exaltación de la vida misma».

El señor Lugones encomia el valor de la vida heroica y lo acompañamos de todo corazón en su culto del heroísmo; pero él parece creer, como cualquier rudo sargento o cadete novel, que sólo los campos de batalla fueron terreno propicio al heroísmo. También hay héroes de la justicia, de la verdad, de la virtud y del civismo.

Buda y Jesús, al sacrificar sus vidas en aras de la bondad, fueron héroes. También lo fueron por lo mismo, Epicteto y San Francisco de Asís, y Miguel Angel en su grandeza austera. Dante, Shakespeare, Lutero, Rousseau, figuran entre los héroes de Carlyle. El gran Zola, defendiendo a Dreyfus y desafiando, por amor a la verdad y a la justicia, las iras de las turbas chauvinistas, fué un héroe. Gandhi en nuestros días ha resistido a la violencia hasta el heroísmo.

Y siempre el heroísmo ha consistido precisamente en luchar como se puede, con la pluma o la palabra, contra el tirano para quebrarle la espada con que oprime a sus conciudadanos o hacerlo expiar con su sangre el haber conculcado las libertades públicas. En este sentido, Montalvo, sin más que su pluma, fué un héroe al frente de García Moreno.

El señor Lugones va a buscar apoyos en el Evangelio y cita la sabida frase de Jesús (Mateo-X-34) «No penséis que he venido para traer la paz al mundo sino la espada». Pero dado el carácter de Jesús y del cristianismo, esta frase no se puede tomar al pie de la letra ni aislándola del resto del capítulo y del Evangelio. Es una de las tantas expresiones figuradas en que era riquísimo el inagotable lenguaje parabólico de Jesús. Puesta en relación con el resto del mismo capítulo, se ve que esas palabras se refieren a las inevitables disenciones domésticas que su prédica iba a traer y a las persecuciones que tendrían que soportar sus discípulos. Así se lee poco antes: «He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos». «Y seréis aborrecidos de todos por mi nombre; mas el que soportare hasta el fin, éste será salvo». Y a continuación de la frase citada encontramos: «Porque he venido para hacer disención del hombre contra su padre, y de la hija contra su madre, y de la nuera contra su suegra. Y los enemigos del hombre serán los de su casa». ¿Y cómo conciliar el sentido literal que da el señor Lugones al «traer la espada» con todo el seráfico Sermón de la Montaña? «Bienaventurados los mansos, dice el Divino Maestro, porque ellos recibirán la tierra en heredad». «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán hartos». «Conciliate con tu adversario»... «No resistáis al mal; antes a cualquiera que te hiriere en tu mejilla diestra, vuélvele también la otra»... «Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os ultrajan y os persiguen». ¿A qué seguir? Todas estas aladas palabras, en consonancia con el espíritu de Jesús, constituyen la condenación más categórica de cualquiera violencia y, por consiguiente, de la espada y de las ocasiones en que la insensatez de los hombres hace que suene su hora.

«La guerra, ha dicho el señor Lugones, es un fenómeno natural como la muerte... La naturaleza no sabe ni de bien ni de mal, ni de razón ni de Justicia»... La naturaleza no sabe; pero el hombre sí. En esto consiste precisamente el rasgo distintivo,

la condición esencial, la dignidad de ser hombre: en superar a la naturaleza en lo que tiene de fuerza bruta y al instinto animal por medio de la razón. La tarea genuinamente humana ha estribado siempre y estriba en la creación y enriquecimiento de valores espirituales que dan al orden humano su modalidad propia sobre el orden de la naturaleza animal. La justicia, la bondad, la belleza, el heroísmo son las entidades luminosas que atraen al hombre y lo elevan sobre el plano de la torpe naturaleza animal. Por más vagos, intangibles y difíciles de alcanzar que se presenten a veces, estos valores son tan fundamentales para el hombre, que no podría renegar de ellos sin amputar a la vez por ese sólo hecho lo mejor de su ser. La lucha es árdua y si no que lo diga esta controversia; pero hay que superar a la naturaleza ciega.

Dice el señor Lugones que «el desarrollo de la civilización necesita un orden, un equilibrio jerárquico». De acuerdo. Pero luego agrega nuestro poeta que el orden y la jerarquía sólo es dado obtenerlos impuestos por la fuerza, por la espada. He aquí términos que riñen al verse juntos: ¡desarrollo de la civilización por la fuerza! ¿Para qué queremos semejante civilización? La civilización no tiene otro sentido precisamente que acabar con las diversas manifestaciones de la fuerza bruta y afianzar el imperio de las fuerzas espirituales.

Parece además que el señor Lugones no hubiera pensado en las frágicas sorpresas que puede traer un detentador de la fuerza, un tirano, de ideas distintas a las nuestras. Es difícil que un tirano no tenga algún color ideológico, que el puño de su espada no esté teñido por alguna tendencia. Quién sabe si lleva como emblema una cruz. ¿No ha pensado el señor Lugones lo que a él mismo pudiera haberle ocurrido viviendo bajo el jerárquico sable de un tirano de esta clase? Sus manifestaciones de escepticismo y ateísmo han visto la luz toleradas dentro del ambiente de amplia libertad, en que las verdaderas democracias fincan precisamente uno de sus mejores méritos. A la avanzada democracia en que vive, al régimen democrático de que tanto abomina, debe el señor Lugones el privilegio, el más precioso.

de todos para el hombre de vida interior, de poder dar plena expresión a su espíritu. Piense el señor Lugones en que si le hubiera tocado vivir, pongo por caso, bajo la redentora espada de un tirano católico, el valor de exponer sus ideas lo habría expiado tal vez con persecuciones y destierros.

A pesar de todo, la democracia inspira horror al señor Lugones. Para él significa «la tristeza y el colectivismo en la igualdad menguada de la miseria y del dolor» y «el triunfo cuantitativo de los menguados». No estaría lejos de suscribir con el señor Lugones que la vida democrática nos ofrece muy a menudo ese triunfo cuantitativo de los menguados; pero aun así puede ser eso mejor que la dictadura de uno solo. Los tiranos son suspicaces; las democracias, confiadas.

Pero la democracia no implica necesariamente una igualdad aplastante e injusta. Este es un falso concepto del señor Lugones. La democracia es el taller de todos y no la plenitud de una quimérica igualdad. La democracia debe establecer sólo la igualdad de oportunidades para que todos podamos desarrollar nuestra individualidad, trabajar y ser remunerados en justicia.

* * *

El señor Lugones se complace en la satisfacción de que con los hechos que aplaude y sus doctrinas se inicia una nueva civilización, semejante a la pagana: civilización estética, porque considera que el goce de vivir es el objeto de la vida.

Ingenua ilusión.

El concepto individualista y pagano de la vida, o, digamos más exactamente, individualista y sensual, no puede marcar el principio de una nueva civilización porque es más antiguo que el hombre.

Ya el hombre de las cavernas, nuestro abuelo prehistórico, por la fuerza brutal de sus instintos, por la inmediata presión ancestral de la animalidad de donde venía, no podía ser otra cosa que individualista y sensual.

Nerón constituye la representación más acabada de la con-

cepción individualista, pagana y estética de la vida. Mientras la población romana se retuerce en medio de un incendio apocalíptico en la desesperación del dolor, del hambre y la miseria, él sube a una colina a contemplar el espectáculo y a cantar su belleza.

¡Oh noble afán de hacer de la vida tan sólo una cosa bella!

Aquí se nos ocurre una pregunta: ¿Cómo formar una sociedad de personas movidas únicamente por un individualismo sensual y estético? ¿Cómo haríamos convivir en un conglomerado orgánico a personas que condenan nuestra civilización porque es élica (apenas en algunas de sus aspiraciones) y porque impone (a veces, muy contadas veces) la tristeza en la igualdad de la miseria y el dolor? Una sociedad de cristianos, de budistas, de idealistas se concibe. Practican, por lo menos en principio, el amor y el servicio de los demás. ¿Pero qué lazo de unión cabría entre aquellos individualistas? Nada más que su egoísmo y la concordancia en la busca del placer. Estas personas no pueden formar propiamente una sociedad orgánica, sino una agrupación gregaria mantenida por la fuerza. El señor Lugones es consecuente al auspiciar los regímenes de fuerza. Tienen que ser la consecuencia de su individualismo sensual y estético. Repite a la vuelta de cerca de doscientos años el caso Robbes. Para este filósofo, maestro del placer y del egoísmo, el hombre era al frente del hombre un lobo, y naturalmente no encontraba otra forma de gobierno capaz de mantener el orden social que la monarquía absoluta.

No se trata de proscribir de nuestra república ideal a los poetas, como lo hiciera Platón, ni al arte, ni a la belleza. Estamos muy lejos de tal atentado contra la cultura. El culto del arte y la belleza ennoblecen y deleitan la vida. Las actividades a que dan lugar son, en cuanto a la seriedad que reclaman, tan sustanciales para el hombre como cualquiera otra. Pero en todo arte que no va acompañado de cierta austeridad encontramos algo de falso, de *poseur* o de casual; y creemos que una sociedad que diera la primacía a los valores estéticos

sobre los éticos iría tan errada como una familia que se preocupa ante todo de la figuración social y no de la sólida situación que sólo un trabajo regular procura.

Lo que dice y quiere decir el señor Lugones no es nada menos que la expresión de un estado de cosas ya viejo en la América Latina. No nos ha traído ninguna novedad, como él se imagina. ¿La hora de la espada? No ha hecho otra cosa que soñar en guerras entre estas repúblicas hermanas, en guerras civiles y en las innumerables dictaduras que han asolado a los países tropicales de nuestro continente y aún a algunos que no lo son.

El señor Lugones construye sus más hermosas frases para designar al mandatario con que sueña. Parecen collares de perlas destinados a adornar el pecho del ungido. Pero no hay para qué proyectarlo en un presente inmediato o en días venideros. El pasado nos lo ofrece ya realizado. El señor Lugones tiene a la mano en nuestra historia un tesoro de casos donde elegir modelos para la concreción de sus doctrinas. No va a haber más que la dificultad de la elección. ¿A quién prefiere como símbolo de «victoria cualitativa de los mejores», como expresión «de gloriosa tiranía en el individuo considerablemente superior», como dechado del «poderio que la vida confiere misteriosamente al mejor»? ¿A don Gaspar Rodríguez de Francia, a los López, a Mariano Melgarejo, a García Moreno, a Guzmán Blanco, a Estrada Cabrera, a Cipriano Castro, a J. Tadeo Monagas? ¿O tal vez a su compatriota don Juan Manuel de Rosas? ¿O quizás la espada acompañada de espuelas de Juan Vicente Gómez? ¿O Leguía? Oh, sí, Leguía.

En cuanto al individualismo escéptico y sensual del señor Lugones, cubierto además, para cubrir su desnudez, con la túnica de seda del esteticismo, es un mal casi secular de los hispano-americanos.

Tal vez el señor Lugones no se ha dado cuenta de que era el portavoz de un estado de la raza y se ha creído un innovador solitario.

Desde que la religión católica perdió su poder sobre gran

parte de las poblaciones hispano-americanas, éstas se han estado debatiendo en el orden espiritual en el caos del indiferentismo y del escepticismo individualista y sensual. De aquí uno de los grandes problemas de nuestra América Latina. No se puede pensar en la restauración de las religiones positivas que han hecho crisis y urge afirmar un mundo de valores espirituales capaces de encaminarla sólidamente, y en especial a sus juventudes, a hacer bien su vida, a realizar el porvenir que vislumbramos. Algunos han encontrado su áncora de salvación en los dictados del civismo. Otros, los menos, alientan la fe de un idealismo creador y constructivo.

Conservemos en buena hora del paganismo la alegría de vivir que tal vez caldeara sus venas y que los norteamericanos, haciendo una afortunada síntesis, han sabido incorporar en la civilización cristiana. Pero el individualismo pagano, o sea, sensual y estético, bajo el pendón de una tiranía, que nos ofrece el señor Lugones, ha sido el morbo que ha estado corroyendo las entrañas de la América Española durante más de medio siglo.

No anuncia, pues, el señor Lugones una nueva civilización. Sus palabras son ecos del pasado; son las voces de una cultura en decadencia, casi en agonía.

El Mahabarata termina con que los héroes Pandavas salgan del infierno a donde habían ido a parar por sus violencias. Obedeciendo a los dioses, deben encarnarse en nuevos cuerpos mortales y volver a la tierra a enmendar rumbos, a luchar por la bondad, por la justicia, por la dulzura.

Esta es la ley suprema.

El egoísmo, el placer y la violencia suelen triunfar; pero sus triunfos son siempre efímeros y condenables. Y aunque todo sea transitorio en nuestro mundo, los valores espirituales forman, en medio del fluir de lo mudable, el verdadero tesoro cordial de la vida, son su suave sonrisa eterna.

Fuerza o valores espirituales

EL señor Leopoldo Lugones ha dirigido una carta al señor Joaquín Edwards Bello a propósito de la cuestión de si ha sonado para el mundo la hora de la espada.

Creendo, como el señor Lugones, que se trata de un problema de gran magnitud y no pensando en querrela personal contra nadie, vuelvo a discurrir sobre este tópicó.

El señor Lugones insiste,—y hay que agradecerle la claridad con que lo hace,—en el retorno a la norma pagana de «la belleza y de la fuerza como expresiones supremas de la vida». Graves problemas. Mucho he dicho sobre esto en mi anterior artículo a propósito del individualismo sensual y estético, pero hay que volver sobre ello en los nuevos aspectos que se ofrecen.

Veneremos la belleza como noble y dulce deidad indiscutida. Que el artista le consagre sus desvelos, su existencia toda, dentro de la abstracción que reclama su labor creadora para ser fecunda. Nosotros elevaremos nuestra vida en una constante y desinteresada admiración de lo bello en la naturaleza y en el arte y de admiración también a la personalidad del que lo realiza en sus obras.

Pero la fuerza tomada como norma no permite una aquiescencia tan incondicional y sin examen.

El concepto de fuerza o energía es básico en todo lo que atañe a las interpretaciones del universo, pero no ocurre lo mismo en el reino humano, o, si se prefiere, en el reino de los valores humanos.

Me atrevería a decir que las fuerzas, para cobrar valor entre los hombres, tienen que dejar de ser fuerzas en sí mismas y transfundirse en otros valores. Las fuerzas de la naturaleza inanimada despiertan estimación cuando son expresión de belleza o significan energías encadenadas al servicio del hombre o que ya van en camino de estarlo. Fuera de estos casos, las men-

cionadas fuerzas entrañan, desde un punto de vista humano, un mal. El sol es objeto de suprema belleza y manantial de inagotable energía. Con razón ha sido divinizado por todos los pueblos primitivos. Una catarata, una simple caída de agua, un torrente son bellos y a la vez fuentes de energía utilizables. Pero una inundación es un mal. Una tempestad puede ser bella; pero un naufragio, un huracán que arrasa los pueblos, levanta los techos en el aire y causa millares de muertes, son cataclismos que se lamentan durante varias generaciones.

La fuerza en los animales feroces no podemos estimarla sino en lineamientos de belleza y para esto es preciso que dicha fuerza no sea una amenaza para nosotros. Podemos admirar un tigre, un león detrás de las rejas de un jardín zoológico; pero a campo raso no hay posibilidad de detenerse a contemplar la belleza. La fuerza de esos felinos es sólo un mal enorme. Los microbios disponen de una gigantesca fuerza de reproducción y de destrucción. Labran cavernas en los pulmones de los hombres, horadan sus huesos y combinan en el cerebro extrañas construcciones que enloquecen. Los microbios con todas sus fuerzas no pueden ser para nosotros objeto de belleza. Tampoco de utilidad. Son sólo un mal, un gran mal.

La fuerza en los animales domésticos la medimos según su utilidad, y, a veces, por añadidura, deleitándonos en la belleza de sus formas y colores.

En el cuerpo humano la fuerza toma valor en forma de salud y belleza. No ignoramos que en nuestros días los boxeadores y los atletas cuentan con legiones de admiradores, lo que podría aducirse como una prueba de estimación de la fuerza en sí misma. Pero ¿no es verdad que los que creemos mantenernos en un justo término medio consideramos que los ejercicios físicos, los deportes, sólo son recomendables como pasatiempos o como medio de conservar y estimular el vigor y la belleza del individuo y de la raza? ¿No lamentamos lo que pasa de esta eurítmica armonía como una exageración peligrosa, como una deformación?

Por el pórtico de la salud entramos al santuario de las fuer-

zas intelectuales y morales. Las ideas, los sentimientos y deseos constituyen dinamismos formidables,... pero pueden conducir al hombre tanto al bien como al mal y hasta perderlo en el crimen. Para que esas potencias sean apreciables es menester someterlas a las condiciones de valores morales. Cuando no sólo la moral, sino también la razón pierde su control sobre el rodaje interno de nuestra psiquis, sobreviene el caos en el cerebro. Los sentimientos e ideas continúan siendo fuerzas, pero ¡qué fuerzas!, las trágicas y peligrosísimas de los locos.

Se necesitan fuerzas sin duda para ser un Sócrates, un pagano, un Miguel Angel, un Leonardo de Vinci, un Walter Scott, un Balzac, un Sarmiento, un Lastarria; pero estas fuerzas se denominan generalmente amores: amor a la verdad, amor al arte. Eran menester fuerzas para que Leonardo compartiera todos sus escasos recursos con sus discípulos; pero estas fuerzas se llaman amor a la juventud. Se necesitan fuerzas para ser un Epicuro y un Epicteto, otros paganos, pero estas fuerzas se llaman resignación y sabiduría sublimes. Se necesitan fuerzas para ser Jordán Bruno, pero esa fuerza se llama asimismo amor, amor heroico a la verdad. Se necesitan fuerzas para ser hermana de la caridad o Teresa de Jesús, pero esas fuerzas se llaman aún amor: amor a Dios, amor a los hombres, misticismo. Se necesitan fuerzas para inmolar la primavera de su vida a los diecinueve años como Juana de Arco, pero esas fuerzas siguen llamándose amor: amor a la patria. Y en fin, precisan fuerzas para desafiar tempestades populares e internacionales y ayunar como lo ha hecho Gandhi; pero,—persiste el latido cordial,—esas fuerzas son siempre amores y se llaman fe, veneración absoluta por la verdad, consistencia espiritual; abnegación y sed de sacrificio.

En el orden social la fuerza propiamente dicha es la fuerza armada. Santa y respetable es su misión como defensora de la integridad nacional y si se atiene a que se mantengan los fueros constitucionales de la justicia y el derecho. En estos casos culmina en escuela de civismo; fuera de ellos entraña una calamidad.

Pero hay además otras fuerzas sociales, las financieras y las del proletariado. Aquéllas condensan en sus manos las energías económicas nacionales e internacionales, son las fuerzas capitalistas. Los poseedores de ellas, los financieros, no se han sentido sino muy fácilmente inclinados a creer, como el señor Lugones, que las normas de la vida son «fuerza y belleza», y de aquí han resultado en todo tiempo grandes males para la sociedad. Muchos desastres de la sociedad contemporánea, que el señor Lugones atribuye a la democracia, no son más que el producto de la aplicación errada de esa fórmula del egoísmo sensual «fuerza y belleza».

La resistencia y la rebelión son las fuerzas de los proletarios. Parece que éstos hubieran leído al señor Lugones, porque con sobrada frecuencia no hacen otra cosa que acudir a su fuerza. Ay de la sociedad en que los detentadores de las energías financieras y del trabajo no se convencen de que hay otra potencia superior a la fuerza y de que deben someter sus pretensiones, aspiraciones y reclamos al examen de su majestad serenísima «la justicia».

Lo que vengo sosteniendo se confirma con un ejemplo tomado del propio señor Lugones. «El Imperio Romano o dictadura democrático-militar, dice, con su éxito de trescientos años de Augusto a Diocleciano inclusive, es la realización gubernativa más benéfica y progresista que se conozca».

Convengamos en que estos juicios tan categóricos lanzados sobre el conjunto de una vasta época son muy discutibles. Lo son en cuanto a lo progresista y más aún en cuanto a lo benéfica. Es acertado reconocer en ella períodos a que sientan esos dictados enaltecedores, mientras que aplicárselos a otros resulta grotesco y cruel, como discernir honores cívicos a un clown o a un verdugo. ¿Cómo hablar de «la realización gubernativa más benéfica y progresista que se conozca» cuando tenían el cetro con que difundían el pavor y envilecían los caracteres en la sociedad romana monstruos degenerados cuales fueron Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, Domiciano, Heliogábalo y tantos otros?

Hubo un período al cual conviene sin regateos el dictado del señor Lugones. Es el de los Antoninos, serie de monarcas próceres que llega a la cúspide en Marco Aurelio, el más grande hombre de la raza latina o el más grande de todos los hombres, según Taine y Renán. ¿Cuáles eran las normas de este augusto pagano coronado? ¿La belleza y la fuerza? ¡Ah no! En sus serenos pensamientos, que ratificó en sus actos, se muestra buscando la luz de la razón, el sometimiento al deber, la libertad interior, la renuncia a todo lo que perturbe el dominio de sí mismo, la gratitud hasta para con los malvados, la resignación, en una palabra, y conformidad con los designios del universo. Todo esto si se quiere es bello, pero no denota el culto de la fuerza.

Los Antoninos fueron preclaros varones. Han dejado en la historia la estela brillante de haber sido los mejores gobernantes de que ha gozado la humanidad. ¿Y qué se recuerda de esos paganos? ¿Qué se ha admirado en ellos? ¿Acaso el empleo de la fuerza? Ah no, tampoco. La realización de la justicia fué su anhelo y se les venera por la grandeza de sus caracteres, por su bondad y ecuanimidad.

De manera que el ejemplo del Imperio Romano, traído por el señor Lugones como un período benéfico y progresista, que prueba la eficiencia de su norma pagana de «belleza y fuerza», no ha resultado precedente sino en un caso: cuando hubo mandatarios de carácter capaces de obedecer los preceptos de la razón, la moral y la justicia. Es decir, con los soberanos que pusieron sobre la fuerza el imperio de los valores espirituales y humanos, lo que significa la negación de lo que el señor Lugones ha querido demostrar.

Si aun dudáis, completad el cuadro anterior con lo que ocurrió después de Marco Aurelio. «Por un juego cruel de la naturaleza, dice un historiador, el hijo de Marco Aurelio, Cómodo, era un brutal, apasionado por los espectáculos del anfiteatro hasta el punto de exhibirse él mismo como gladiador». «Entramos en un período desastroso en que se repiten los mismos fenómenos mórbidos que hemos observado ya después de

la tremenda sacudida causada por el reinado de Nerón. Reaparecen esta vez con una gravedad y consecuencias mucho más terribles. Los acontecimientos que habían señalado los años trágicos 69 y 70, habían transcurrido como una tormenta. El desorden va a prolongarse con algunas intermitencias durante un siglo (*).

Ha pasado el imperio de la razón, del deber y de la actividad filosófica. Ha vuelto el imperio de la fuerza. Se derrumba toda la bella arquitectura del siglo de los Antoninos. ¡Viva la fuerza! ¡Qué cosa más pagana queremos!

En nuestra busca de una clave para los enigmas del mundo, es cierto que llegamos por todos los caminos del análisis, en último término, a un núcleo misterioso de indescifrable energía; pero hemos visto que la misma energía, la fuerza, para ser estimada en el reino humano, precisa transmutarse en otros valores: en belleza, utilidad, salud, inteligencia, amor, abnegación. Si no se infunde para cobrar nueva vida en estas nobles cosas, se le llama simplemente fuerza bruta y se le desprecia.

Pero supongamos que mi disquisición haya sido incompleta y que sea posible aceptar la fuerza, como lo hemos hecho con la belleza, sin discusión en cuanto a norma.

En este supuesto, tenemos que reconocer que señalar a la belleza y la fuerza como normas de la vida,—y de una manera exclusiva según lo hace el señor Lugones,—es incurrir en una amputación, en un empobrecimiento del ámbito espiritual del alma humana. ¿Por qué limitar los valores a esos dos? ¿Cómo pensar en conseguir siquiera tal limitación?

Fuera de ellos tenemos otros como la bondad y justicia, sin los cuales no se puede ni concebir la convivencia humana. La bondad no ocupa ningún lugar en el evangelio pagano del señor Lugones. La supone tal vez una virtud demasiado cristiana y por este motivo la ataca por el silencio. Pero la bondad es una virtud más que cristiana; es de Buda y sus discípulos, es de los judíos y del Zend-Avesta. Es de los paganos; los epi-

(*) G. B'ech, L'Empire Romain.

cúreos y los estoicos eran fundamentalmente buenos; asimismo los socráticos, los platónicos y los peripapéticos. Tal vez hasta los cínicos lo eran. La bondad existe con la calma vigilia de una virtud realizada, o de una aspiración, de un ideal universal y humano. Es el óleo santo que suaviza las relaciones de los hombres e impide que sus miembros se resequen y se desgarran al rozarse en el áspero tráfago de la vida diaria. Los actos de bondad benefician al que los recibe y hacen mayor bien quizás al que los practica por obra de ese maravilloso fenómeno de autoenriquecimiento que es condición propia de la vida espiritual.

Hay campos de la existencia en que la bondad es no sólo un valor al lado de otros, sino que es el valor por excelencia, el ingrediente básico de una organización.

No hay más que un secreto para penetrar y convivir en la bulliciosa colmena de los niños, ahondar en sus almas, hacerlos exprimir su miel y libar de ella. No hay más que un secreto: quererlos, practicar con ellos la bondad comprensiva.

¿Qué harán las madres en un mundo en que el señor Lugones no les deja más normas que la belleza y la fuerza? ¡Oh! la belleza, bienvenida sea, dirán ellas. Tal vez sienten que ellas mismas son ánforas de eximia belleza. Los hijos son bellos y todo es bello en la vida cuando un amor feliz esponja las entrañas.

Pero ¿qué van a hacer con la fuerza, con la fuerza bruta, las pobres madres? Sabemos que ha habido una Fresia entre nuestros araucanos, que ha habido las madres espartanas, las madres numantinas, capaces de heroicos hechos de energía. Pero el poder soberano de las madres arraiga en su amor, en su dulzura, en su ternura, en su don inagotable de abnegación y sacrificio, estados sentimentales que se conglomeran en torno a un núcleo de bondad y no de fuerza.

En su primer artículo, el señor Lugones proclama el amor a la mujer como una de las pocas finalidades que el hombre persigue y debe perseguir con íntimo calor cordial. Los amantes, esos escogidos de los dioses, marcan el apogeo de lo que esta de-

nigrada existencia terrestre suele ofrecer a los mortales. Si ellos no adoran y entienden la vida en esos momentos, no serán nunca capaces de hacerlo. Y si ellos tratan de indagar cuáles sean las supremas normas de la vida, si ellos auscultan en sus corazones cuál sea la levadura de su pasión, ¿encontrarán sólo la belleza y la fuerza? La belleza tal vez sí, aunque ya sabemos que «al que feo ama bonito le parece». Pero la fuerza no la hallarán sino muy milificada. En el fondo del amor obra la fuerza del instinto genésico; pero cuando un hombre no emplea al servicio de su pasión la seducción amorosa, abusa de su fuerza, y viola a una mujer, se dice de él lisamente que es un bruto. Quizás los amores de Don Juan pudieran reducirse a los ingredientes de fuerza y belleza sin mayor explicación; mas no ignoramos que los de Don Juan no eran amores de verdad, con excepción del último, ni siquiera amoríos, sino caprichos de hombre tan vanidoso y frívolo como afortunado, tan impulsivo como inescrupuloso. Pero aun en este caso, en que no se abusa de la fuerza sino que se gasta la seducción para engañar, se llama al que así procede un mal hombre. Los amantes hallarán, pues, algo más en sus corazones, hallarán que, fuera de la atracción sexual, el amor, como en el caso de las madres,—ya que en todo verdadero amor hay algo de maternal,—es ternura, es afán de servicio, es don de sí mismo hasta el perdón sin límites, hasta el sacrificio por el ser amado. Es decir, que forma un complejo sentimental cuyos elementos son más variados y ricos que la fuerza y aún que la belleza.

Podrá argüirse que las normas de «belleza y fuerza» no se refieren a la vida privada, esto es, que no toman en cuenta a los humanos en cuanto padres, hijos, hermanos, amigos. Pero estas condiciones y estados envuelven al hombre y se compenetran con él como un flúido vital esencial, son su ser mismo. Quitadle esos amores y el hombre será un cadáver ambulante. ¿O váis a desdoblar su espíritu de manera que el hombre sea tierno en la vida privada y violento en la vida pública?

Con esto llegamos a la otra omisión, que hemos mencionado, de un valor esencial de parte del señor Lugones. No mencio-

na el señor Lugones a la justicia entre sus normas de la vida. Como el amor es el resorte oculto, imprescindible, que mueve y alegra las almas, la justicia es el principio y la ley de la vida pública. En las relaciones internacionales, el mero empleo de la fuerza constituye un delito de iniquidad y la belleza en ellas no tiene otro sentido que el triunfo de la justicia y la confraternidad entre los pueblos.

El olvido de la justicia y el abuso de la fuerza traen entre los hombres el estado de barbarie, sobre todo de barbarie moral, que corrompe y enerva los caracteres, comprime y esteriliza la vida espiritual.

La fuerza puesta al servicio de la justicia es la cultura. Las espadas de los héroes se han esgrimido siempre por algún ideal preconcebido. Ha sido alguna noble idea la que ha movido el brazo heróico a abrir brecha, a tallar un campo en la maraña de prejuicios, de intereses creados, de iniquidades de su tiempo.

Por esto hay hombres de espada que han sido denominados héroes desde Hércules y Teseo hasta Washington, Bolívar, Sucre, San Martín y O'Higgins: porque han puesto su valor y su fuerza al servicio de valores morales, de derecho y de progreso. Los demás no son héroes; son matones o bandidos.

¿Cómo explicarse que el señor Lugones no haya hecho mención de la justicia? Sólo caben dos interpretaciones de su norma de «belleza y fuerza». O una literal, y en este caso lo referente a la fuerza resulta una aberración. O suponer el pensamiento implícito de que la fuerza sea puesta al servicio de la justicia y del derecho. Esto parece tan obvio que no admitiera otro modo de entenderse. El señor Lugones habría cubierto con piel de león a la pobre justicia, para entonarla, y habría callado que este era un simple disfraz, a fin de no desvirtuar los saludables efectos del engaño. Pero dentro de esta interpretación, el señor Lugones no habría dicho nada de nuevo. Su tesis correspondería a lo que hemos venido sosteniendo sobre las relaciones entre la justicia y la fuerza. Es un viejo principio de la sociología y de la ciencia jurídica que no

hay derecho ni ley mientras no exista un poder, un Estado, con la autoridad suficiente para hacerlo respetar e imponerlos, por la coacción si es preciso. Antes de este momento y al lado de él no se puede hablar sino de vagos preceptos morales y religiosos que atañen a la conciencia y a la opinión.

De todos modos, y con sólo recordar lo ya dicho sobre el amor y la bondad, se ve que la divisa de «belleza y fuerza» del señor Lugones le queda corta, estrecha, a la vida mutila y limita el ámbito espiritual del hombre. No sirve ni para el común de los mortales ni para los héroes. Es quizás un precepto destinado a un uso personal exclusivo.

Es una fórmula que en el primer momento puede de improviso encandilar a las gentes, pero no resiste al menor análisis ni encuadra dentro de un concepto integral de la vida.

La primera parte de nuestro reciente examen, que tal vez pareciera a veces demasiado detallado, fué encaminado a probar que la fuerza puede ser objeto de estimación para nosotros sólo cuando se somete dócilmente a servir finalidades humanas.

En la segunda parte hemos visto que no es dado reducir esas finalidades a la belleza. Habría que agregar la bondad y la justicia, también la verdad, y toda la cohorte de los demás valores morales, útiles e intelectuales, es decir, principalmente espirituales. No entenderemos la vida espiritual como obra de una substancia independiente de todo extracto material. Lo espiritual es función y resultado de la vida humana en su totalidad; pero es lo que le da tono propio, caracterización, dignidad y superioridad distintiva.

La hora de la espada y los conceptos de democracia

Al señor Joaquín Edwards Bello.

HE leído con sumo agrado su artículo intitulado «El Imperio de la turba o la hora de la espada», notando que en

el curso de él,—y precisamente esta es una de las partes del agrado,—usted no se queda en ninguno de los extremos del título sino que toma una situación equidistante entre ambos. Así expresa claramente algunos conceptos básicos de la democracia, que están de acuerdo con algo de lo que he dicho anteriormente al señor Lugones en esta polémica sobre horas históricas.

Aprovecha usted la ocasión también para entrar en apreciaciones sobre nuestra situación chilena y, como en otras veces, lo hace con admirable acierto. Participo de casi todas sus opiniones al respecto.

Es interesante como tiende usted a que esta controversia decline hacia un plano de mejor inteligencia por medio de amplias, amplísimas interpretaciones de las palabras del señor Lugones. Perdóneme, pero me cosquillea la necesidad de manifestarle que usted ha llegado a efectuar esa ampliación hasta un punto en que no se puede acudir ni a la gramática ni a la lógica para fundarla, sino sólo a la buena voluntad. Mas no importa. Si el señor Lugones acepta esas interpretaciones que lo benefician, ¡magnífico! Marchamos al acuerdo.

Así dice usted: «No creo que Lugones llamara hora de la espada simplemente al desenvainar de un sable por cualquier tiranuelo. La hora de la espada es para Ibero-América la hora de la unión, del nacionalismo continental, la hora del sol argentino, del águila mejicana, de la estrella solitaria, del sol de los incas, y todos los símbolos de nacionalidades dispersas estrechados fraternalmente para defenderse con espíritu y fuerza bruta de la absorción constante que sufrimos por otros espíritus y fuerzas exteriores».

Pero el señor Lugones no ha dicho esto en su discurso de Lima. Avengámonos a creer que fuera su pensamiento implícito. Mas, si así hubiera sido, no habría dejado de manifestarlo en su contestación a mi primer artículo, y tampoco lo hizo.

Mas no importa, como he dicho antes. Bienvenida sea esa interpretación. Ningún hispano-americano dejará de comulgar con sus palabras elocuentes y cálidas. Solamente conviene no olvidar que antes que poner las esperanzas de una restauración del

nacionalismo ibero-americano en la fuerza, debemos colocarlas en nuevas orientaciones políticas y sociales y en las reformas de la educación.

Ha dicho usted igualmente: «Dentro de estas montañas de Tacna a Punta Arenas no se trata más que de una cosa: tener un gobierno que sepa hacer justicia. Yo clamo por una selección egregia, dotada de poder y saturada de honradez».

Así, para usted la hora de la espada es la de la justicia. ¿Cómo no sentirse en acuerdo con esta actitud? ¿Quién puede rechazarla? Bienvenida sea ella también como asimismo la selección para el poder de ciudadanos egregios saturados de honradez.

Pero para pedir una hora de la espada que signifique simplemente la hora de la justicia, no valía la pena de poner tanto énfasis en el valor de la pura fuerza, en la fuerza bruta, como lo ha hecho el señor Lugones. Este pensamiento connota cosas insostenibles como lo he dejado ver en mi último artículo.

* * *

Su idea de selección egregia señala una de las finalidades fundamentales de la verdadera democracia.

No me explico como a alguien pueda ocurrírsele que democracia sea sinónimo de igualdad absoluta, igualdad quimérica e imposible; que crean necesario insistir sobre que siempre habrá oprimidos, enfermos, necios, pobres y feos. Desgraciadamente esto es cierto. La naturaleza es fría, implacable, ciegamente desigualitaria. La naturaleza no tiene sentimientos ni conceptos. El anhelo cordial de justicia y la noción de lo justo son obras del espíritu humano. A lo que aspira la democracia es que a las desigualdades nativas de la naturaleza no se sumen las artificialmente establecidas por grupos sociales en beneficio de unos pocos. La igualdad que quiere fundar es la de oportunidades, que no significa tampoco lo mismo que igualdad de posibilidades. Las posibilidades de un individuo se basan primordialmente en sus condiciones y facultades ingénitas, mientras

que las oportunidades se refieren a detalles de organización social que labran a cada ciudadano, en forma similar, pongo por caso, las puertas de la educación en todos sus grados y los caminos para los cargos públicos.

El gobierno directo de la masa popular se ha practicado sólo en algunas democracias de reducidas proporciones, como en la antigua Atenas, y, en nuestros días, en ciertos cantones de la Suiza. Pero ya el demos ateniense implicaba selección porque no quedaban comprendidos en él ni los esclavos ni los extranjeros.

El gobierno directo del pueblo se hace muy difícil, imposible hasta ahora, en las democracias modernas que ocupan territorios dilatados, como los Estados Unidos, Francia, la República Argentina.

Hay, pues, que llevar a cabo la selección de los que deben gobernar y dirigir.

Los enemigos de la democracia afirman que sólo las aristocracias, las oligarquías, y, por añadidura, las tiranías, han sabido efectuar esa selección. Durante cortos períodos de organización han podido las aristocracias y oligarquías traer beneficios a los pueblos; pero luego el abuso de los goees que procura la autoridad, cuando no se ejercita con elevación moral, las ha corrompido y su morbo ha inficionado a la nación entera hasta que ha venido una revolución a derribarlas.

Algo semejante se puede decir también de las monarquías absolutas, a cuya sombra medran y prosperan siempre una aristocracia y favoritos caprichosamente elegidos.

La democracia significa en cierto sentido una reacción contra una falsa manera de seleccionar los dirigentes. Las aristocracias y oligarquías han operado casi siempre esa selección atendiendo principalmente a razones de familia, de apellido, de situación social, o sea, según valores convencionales.

La democracia no es otra cosa que un ensayo de efectuar esa necesaria selección conforme a valores reales de preparación, civismo, inteligencia y carácter.

La democracia bien entendida no es el imperio de la turba

ni la dictadura del proletariado. No se trata de sustituir apellidos «vinosos», como usted graciosamente ha denominado a los de la oligarquía chilena, por apellidos alcohólicos del populacho. Saldríamos perdiendo en el cambio.

La democracia debe significar el imperio de los realmente mejores en cada nueva floración de hombres que traiga la vida a la nación.

Con lo dicho queda expresado que la democracia tampoco es contraria a la disciplina social, que como condición necesaria reclama el progreso.

Calcule usted si estaré convencido de esto cuando la divisa de nuestra Universidad de Concepción es «Sin verdad y esfuerzo no hay progreso».

E. M.

P. D. Mucho le agradezco los favorables juicios que le merecen nuestra Universidad y su revista «Atenea». No sería sincero si no le dijera también cuanto le he agradecido algunas inmerecidas líneas referentes a mí; pero usted me deja en una situación que no puedo aceptar. La Universidad de Concepción no ha sido la obra de un solo carácter, sino de un grupo de hombres bien inspirados y abnegados. El doctor Virginio Gómez fué uno de sus fundadores y coadyuvó eficazmente con su prestigio y su trabajo en los primeros años. Fundador y entusiasta columna de la Universidad hasta hoy día, ha sido el señor Augusto Rivera Parga, actual Intendente de la Provincia de Concepción.

Fundadores fueron también y trabajaron en ella hasta su muerte, esas inteligentes y nobles personalidades que se llamaron Edmundo Larenas y Abraham Valenzuela T. Fundadores fueron asimismo los señores Esteban Iturra, Samuel Guzmán García, Julio Parada Benavente, Joselín de la Maza, Carlos Roberto Elgueta, Vicente Acuña, Federico Espinoza, Samuel

Valdivia y Carlos Soto Ayala, hoy rector del Liceo de Tomé, que fué uno de sus primeros secretarios y muy activo.

Fundadores que han continuado prestando sus valiosos concursos a la Universidad son los señores: Luis David Cruz Ocampo, Aurelio Lamas Benavente, Eliseo Salas, Guillermo Grant Benavente, Pedro Villa Novoa, Enrique González Pastor, Germán Spoerer, Desiderio González, Nestor Bahamonde, Abraham Melo Peña, Teófilo Hinojosa.

Después la Universidad se ha servido de la cooperación de hombres de tanto valer como los señores Samuel Zenteno Anaya, Salvador Gálvez, Alcibiades Santa Cruz y Serapio Carrasco. Todos estos sin contar, *last but not least*, la importante ayuda que le han prestado siempre el Gobierno de la República y los rectores y facultades de la Universidad de Chile.

BELLAS ARTES

El humorista Forain

EL dibujante Jean Louis Forain pertenece, junto con sus colegas Sem y Abel Faivre, a la trilogía artística llamada en Francia «de los príncipes del humor». Abel Faivre, retratista de gran mérito, con extraordinario sentido del color, evoca por medio de su lápiz los rasgos de esta época en admirables composiciones que son pequeñas obras maestras. El caricaturista Sem, de incisiva y cruel ironía, desenmascara con igual rapidez el perfil de un personaje político o coge cualquiera de las actitudes más sobresalientes de un artista dramático. Por sobre ellos, se levanta Forain, a quien consideran como maestro y jefe.

Jean Louis Forain nació en Reims en 1852. Sus comienzos fueron penosos y difíciles, similares a los de todos aquellos predestinados a quienes la gloria ha de acariciar más tarde. Pasó su juventud en el taller de Gérôme, donde recibió la influencia de Manet y de Degas. En sus primeras pinturas siguió fielmente las tendencias de la moda impresionista: así lo demostraron sus atra-yentes envíos a los Salones de 1884 y 1885. «Enamorado de esta escuela—dice Francis Carco en su volumen «Les Humoristes»,—Forain figuró entre los primeros artistas que disfrutaron de su gracia y presintieron su poder». Pero cierto desencanto parece que penetró en su alma, y abandonó la paleta, para consagrarse exclusivamente al dibujo, en el cual llegó a ser maestro ilustre.

Luego su nombre se hizo popular, debido a los numerosos

croquis que aparecieron en «Le Monde Parisien», «Le Courrier Français», «Le Fifre», «Le Figaro» y otras publicaciones. «Trozos de vida, observaciones fugitivas; rápidas visiones de las debilidades y ridiculeces, hasta de los vicios de toda una época; llagas sociales vislumbradas, impetuosos arranques de loca alegría; pensamientos melancólicos y sombríos, explosiones del más puro espíritu francés, pinchazos amargos, escepticismo zumbón; leyendas de una sola línea que a menudo dicen más que muchas comedias en cuatro actos: acertadas críticas que lastiman como los latigazos de Juvenal...», he ahí los elementos esenciales que entran en el arte de Forain, según observa cierto escritor contemporáneo suyo.

Caricaturista político de acerada intención, levantó en su país el prestigio de esta rama del periodismo, obteniendo que desaparecieran todos esos sentimientos vulgares e insignificantes en que ella había caído, para hacerla adquirir un tono más vivo, apasionado si se quiere y a veces terrible. *L'affaire Dreyfus* lo conmovió intensamente; entonces en unión de su amigo Caran d'Ache fundó el periódico ilustrado «Pstt», insertando allí páginas muy irónicas.

El éxito cada vez más clamoroso que obtenían sus dibujos, lo incitó a reunirlos en volúmenes. De estos conocemos: el «Album Forain» (1896); «Doux Pays» (1897), colección de caricaturas políticas y de crítica social que publicó bajo las presidencias de Sady Carnot y Félix Faure; «La Comédie Parisienne» (1904), recuerdos de la existencia galante, algo fantasmagórica, de los camarines y de las intimidades, no siempre amables, de la agitada vida teatral; «De la Marne au Rhin» (1920), dibujos de los años de la gran guerra. Ha publicado también otra serie de «La Comédie Parisienne» (1892); «Les Temps Difficiles» (1893); «Nous, Vous, Eux» (1893), breves cuadernillos que no conocemos.

Forain es un humorista a quien la verdad apasiona —anota Louis Morin en su estudio «Le Dessin Humoristique»— y trata, inclinado por su afición a dibujar directamente del natural, de aprender la naturaleza casi de memoria, de manera que su fanta-

sía, no obstante sus libres evoluciones, se mantiene dócil a las enseñanzas de la realidad». «Es decir,—acentúa el mismo autor en otro capítulo de su libro,—Forain ha comprendido el humor del modo más naturalista que pueda imaginarse».

Su técnica, desde el punto de vista artístico, es irreprochable. Ha simplificado sus composiciones en forma extraordinaria. Desdeñando los pequeños artificios de la decoración, apunta sólo los rasgos más importantes, los cuales se nos imaginan pequeñas notas apenas perceptibles de intensa y amable delicadeza. Su dibujo personal, inconfundible, siempre aparece realzado por el juego de la luz y de la sombra que admirablemente sabe sorprender. Comenzó trabajando con tinta china y líneas puras, luego prefirió el carbón, sombreando un poco y atribuyendo mayor importancia a las grandes masas. Ahora juega con su lápiz, porque lo domina con una seguridad que abisma; por esta razón en su país le llaman «el Miguel Angel francés».

Su colección de *croquis* «De la Marne au Rhin», es la más célebre de todas. La gran guerra con sus infinitas angustias, representó una fuente inagotable a la cual fueron a buscar inspiración numerosos escritores, artistas y dibujantes para dejarnos verdaderos chispazos de ingenio que serán en el futuro los más nobles documentos que la historia pueda recoger. Forain, que conoció los horrores de la vida en las trincheras, porque a pesar de su edad avanzada vistió el glorioso uniforme de los defensores de la patria, tiene dos volúmenes con soberbios apuntes al carbón, cuyas leyendas breves y sintéticas, como el trazo de sus emocionantes apuntes, son verdaderos pequeños poemas, en los que se han unido estrechamente la inspiración del artista y el dolor del hombre, a tal punto que parecen palpar todavía.

En la actualidad, Forain ha abandonado un poco este dibujo y ha vuelto al arte puro, cultivando de nuevo la pintura y el agua fuerte. En los últimos Salones ha exhibido grandes cuadros al óleo que recuerdan sus dibujos al carbón, porque se

nota en ellos la misma factura indecisa, ligeramente borrosa, que demuestra sin embargo particular vigor.

Forain ha obtenido numerosas distinciones oficiales, entre ellas, la de miembro del Instituto de Francia, que le fué concedida en 1923. Sus colegas, los dibujantes humoristas, que son sus discípulos, le obsequiaron durante un banquete la clásica espada que es, como se sabe, el distintivo de ese título honorífico. En aquella manifestación fué saludado a nombre del Gobierno por el Ministro M. León Bérard en un hermoso discurso, llamándolo «el áspero historiador de las costumbres, tan exacto para anotar en ciertos tipos humanos todos los estigmas de la degeneración y de la decadencia; y que ha sabido también expresar con una fuerza y una grandeza incomparables las más profundas emociones del alma francesa». Refiriéndose especialmente a sus dibujos, agregó: «Quienes saben leer, comprenden vuestras obras sin recurrir a la leyenda; porque las primeras siempre los atraen, en virtud de las imponderables bellezas que encierran y del amplio interés humano que las anima».

En su ancianidad gloriosa, Forain ha gozado de la dulce satisfacción de saber que sus dibujos están destinados a no perder nunca el brillo de su verdad histórica, a pesar de ser tan agresivos, como dice Gustave Coquiôt; y en algunos de los cuales no es extraño admirar en ciertas ocasiones un sorprendente sentimiento de misticismo.

M. VEGA.

nota en ellos la misma lectura indeseada, ligeramente burlosa, que demuestra sin embargo particular vigor. Forain ha obtenido numerosas distinciones oficiales, entre ellas, la de miembro del Instituto de Francia, que le fue concedida en 1927. Sus colegas, los dibujantes humoristas, que son sus discípulos, le observaron durante un parate de la clase.

LITERATURA

DOS VECES AMANTES, novela, por *Sousa Costa*. Versión castellana de *Arturo Vieira*. *Biblioteca Hispania*, Madrid.

Consultó una vez a Flaubert un principiante, acerca de un cuento que se proponía escribir; y, entre sus esperanzas de éxito artístico, dijo al maestro:

—En todo caso, es bueno el asunto.

A lo que Flaubert, rápido y lapidario, sentenció:

—Amigo, el asunto es saberlo hacer.

Viene fatalmente a la memoria este fallo en cuanto se lee esta novela «*Dos veces amantes*», del portugués *Sousa Costa*. ¿Cuál es su asunto? Un hombre casado, a quien hechiza una mujer brillante y sin gravedad cordial; una esposa que sufre, cela y se divorcia; luego, el desengaño del hechizado, y, por último, la reconciliación, el matrimonio de nuevo entre los antiguos consortes. El asunto, pues, carece de novedad; lo cual equivale casi a carecer de interés. Los franceses, desde luego, y todos los novelistas de países en donde se ha dictado la ley de divorcio, lo han explotado literariamente en variedad infinita de «casos». Hay cientos de novelas, cuentos, dramas, sainetes, operetas y hasta películas cinematográficas sobre este mismo asunto. Pero... «el asunto es saberlo hacer». Y aquí reside el valor de esta obra de *Sousa Costa*. No sin razón su autor ha llegado a plantar tienda de maestro en Portugal.

Es el proceso psicológico, expuesto robustamente y con fluidez, lo más admirable de «*Dos veces amantes*». El cambio instantáneo de concepto que el marido sufre respecto de su mu-

jer, cuando de la otra se enamora; la ternura dramática en que se convierte el antiguo amor sencillo por sus hijas; el amor de éstas a él, tornado en aversión temerosa, en instintiva venganza, en esa sutil y secreta solidaridad que existe entre las mujeres siempre, y mucho más entre madre e hija; y el orgullo femenino, y los abusos de la amistad, y las caídas ridículas en celos imaginarios del marido al volver a su antiguo y seguro puerto cordial... todo esto y mil tonalidades más de psicología, todo esto en plenitud viviente, en *buena realización*, es lo que en la obra de Sousa Costa hace una novela interesante y firme de un asunto trillado. Ha resuelto su tema el novelista en una línea total sobria y neta; y, en todo el camino de ella, los pequeños procesos del sentimiento, frente a cada circunstancia, variando lo necesario para diferenciar con precisión los matices pasionales y enriquecer así la gama, se armonizan sumándose, hasta formar un todo indivisible, sólido y de gran densidad humana y artística.

La novela está desarrollada epistolarmente y acaso por esto se mantenga siempre dentro del tono vivo y natural. Parece que Sousa Costa prefiere las formas espontáneas. Habíamos leído ya una novela corta suya, pequeña obra maestra, «Cómo se hace un ladrón», y anotado que el autor narra la historia en lenguaje hablado, cual si la volcara en confianza, directamente del recuerdo conmovido a la tertulia. Sus observaciones y sus pensamientos, su gozar, su sufrir, todo aquel empañarse y bruñirse de nuevo que ocurre en el espejo del artista puesto frente a la vida, surge así como disimulado, como sujeto por el pudor del hombre experto y filósofo sin presunción, y tan oportunos y agudos brotan los asertos que elevan el tono corriente hacia la misteriosa gracia del arte. Poder de maestro, fruto de larga experiencia. Sousa Costa lleva escritas muchas novelas, desde los diecinueve años. Ya como estudiante de la Universidad de Coimbra, comenzó a dar su vida asimilada. «Los que triunfan», su obra primigenia; «Excéntricas», su colección de cortas narraciones, y su tercer libro «Fruto prohibido», todo producción de los veinte años, le señalaron, por pluma del crítico Lopes de

Oliveira, como espíritu que «recuerda a Camilo y a Eça, los dos grandes maestros del siglo XIX»; mas con la advertencia de que «son otra la voz, otro el gesto y la palabra otra». En una obra de madurez no podía decrecer su fuerza.

Arturo Vieira, ese espíritu tan fino y tan lusitano que contamos entre nosotros desde hace algunos años, ha traducido esta obra, que un buen editor de Madrid lanza a los lectores castellanos. Ha hecho Vieira una versión tersa y de castellano limpiísimo, que nos convence de fidelidad, de no haberse esfumado en un solo matiz el original. Hemos de agradecerle esta labor que nos acerca a la literatura portuguesa actual. Desde los esplendores de Eça de Queiroz y Guerra Junqueiro, las resonancias literarias lusitanas han sido escasas en el mundo de nuestras letras. Una hermosa novela de Carlos Malheiro Dias, otra de Julio Brandrão, una breve comedia de Julio Dantas... raras, muy raras obras de prosistas portugueses nos han venido por la vía clara y cómoda del lenguaje hispanoamericano. ¿Y por qué, si el Portugal rebulle de maestros?

Arturo Vieira, como escritor y como portugués, tiene aquí una misión que cumplir. Le aguardan los libros de Malheiro Dias, de Agustinho de Campos, de Cabral, de veinte dioses, semidioses y corifeos...

EDUARDO BARRIOS.

DOS LIBROS SOBRE LOS MISTERIOS DE ASIA.—FER-
NANDO OSSENDOWSKI: «*Bestias, hombres, dioses*» y «*El
hombre y el misterio en Asia*».—Ediciones españolas de M.
Aguilar, Madrid.

Estas dos obras tienen un mismo origen y dilucidan proble-
mas gemelos. Han surgido como consecuencia de diversos via-
jes de índole científica por tierras de Asia y nos dicen algo
nuevo sobre los pueblos misteriosos que se extienden en aquel
continente, cuna de las religiones y de culturas ante las cuales
el occidente puede con justicia asombrarse.

Ambos libros están emparejados por un odio común: el bol-
chevismo que cuenta a Ossendowski entre sus enemigos más
recalcitrantes.

Es el autor de este libro, Fernando Ossendowski, un inge-
niero polaco, explorador y aficionado a la literatura, que ha
desempeñado en Asia y en algunos puntos limítrofes de Rusia,
importantes comisiones de investigación. En 1920 Ossendowski
se encuentra en una ciudad de Siberia. Avisado de que unos
miembros del ejército rojo le esperan para tomarle preso, lo
deja todo y huye.

Entonces comienzan las extrañas aventuras que llenan el vo-
lumen titulado «*Bestias, hombres, dioses*». En su huída, Ossen-
dowski encuentra pueblos, costumbres y tradiciones de supremo
interés para el lector occidental. De creer enteramente al autor,
él ha penetrado en muchos de los misterios que envuelve el
Asia. Preciso para dibujar, conocedor de muchos exquisitos
secretos literarios, Ossendowski ha sabido dar a su relato las
palpitaciones y los encantos de la novela más apasionante y
cautivadora.

Allí es precisamente donde comienza a ponerse en duda la autenticidad de los episodios en que se basa la obra. No la han discutido tanto por cierto los escritores, que han visto en Ossendowski por lo menos un hermano de fertilísima imaginación, como los hombres de ciencia. Exploradores y eruditos en geografía son los que han opuesto sus reservas a las hazañas de Ossendowski. Según éstos, el ingeniero polaco es «nada más» que un escritor enamorado de su tema que escribiendo se ha dejado llevar de su entusiasmo, y que no siempre ha cuidado de hacer congruir su relato y la realidad material.

Pero sea cual fuere la relación que hay entre el uno y la otra, no se pueden negar a Ossendowski sus cualidades sobresalientes. Si no es verdad lo que nos cuenta, nos encontramos frente a un escritor que no fué un novelista—sus dilecciones le llevaron hacia la ciencia—pero que hizo un libro más sugestivo, más emocionante, más artístico tal vez que la mejor novela.

En la parte final de su libro, Ossendowski habla por el Asia y parece querer advertir al Occidente sobre los peligros que aquélla representa para éste. Ha encontrado en esas tierras una civilización que duerme, pueblos que languidecen, religiones que quitan la fe en la vida. Pero también ha oído en medio de los pueblos nómades, tradiciones de guerra, leyendas de vigor heroico y anuncios de despertar, entre aquellas masas de hombres que se cuentan por decenas y aun centenas de millones.

¿Será absurdo suponer que un día un individuo con alma de profeta y de conquistador se inspire en esas leyendas y tradiciones, y una las voluntades dispersas y continúe la suerte heroica de Gengis Jan y de sus antepasados?

•El hombre y el misterio en Asia• es un libro escrito con recuerdos de los diversos viajes de Ossendowski por ese continente. Dichos viajes han sido expediciones científicas emprendidas siempre con objetivos determinados de investigación. En el curso de ellas Ossendowski ha recogido impresiones llenas

de interés, sobre las cuales trazó estas páginas de tanta vida y de tanto movimiento.

Esta obra tiene una sombría y terrible belleza que seduce a nuestro espíritu. En ella encontramos algunos pequeños cuadros de la vida de los confinados en los terrenos penales rusos, vida exasperada por los dolores y en la que dominan el odio, la crueldad y la violencia sobre todo otro sentimiento. Los escapados de presidio, los asesinos que vagan casi libremente por esos campos sin cultivo, los que purgan en el silencio y la desolación de los desiertos árticos, pasados de crimen y de infamia, pasan por las páginas de este libro dejando en él su huella de dolor y de miseria.

De vez en cuando este panorama de contornos tan lúgubres se ilumina con aventuras deliciosas, con rachas de optimismo, con coloridas escenas de caza en medio de aquellos terrenos en que apenas se aventura el hombre. Pero el tono general es el bronco y greñado que ya hemos intentado definir. Y en él advertimos de vez en cuando la queja continuada y algo monótona de este hombre que tiene un odio soberbio, inconmensurable: el bolchevismo.

* * *

Uno y otro libro bastan para hacer de Ossendowski una de las figuras literarias más importantes de estos días. No han ahogado en este hombre de ciencia, de vida bastante agitada, a las aficiones literarias los estudios severos y las exploraciones en que el individuo se aísla por entero de la civilización en que se ha formado, para investigar otras o para arrancar a la naturaleza virgen los secretos que atesora. Y aun parece que en contacto con ésta, Ossendowski ha sentido potenciada su alma de artista y vigorizado su sentido literario, porque de cada aventura ha sabido sacar partido en sus libros y del conjunto de las impresiones recogidas ha hecho este diorama palpitante, algo enfermizo, pero ejemplar y sorprendente.

No importa que los hombres de ciencia nieguen sus pasos y opongan a sus afirmaciones la medida de una estrictez minuciosa. Las páginas de Ossendowski tienen calor humano, resumen realidad vital, y eso debe bastarnos.

R. SILVA CASTRO.

Enrique L. Marshall

El enigma de Juan Ruiz

JUAN Ruiz es el escritor enigmático por excelencia de la Literatura Española. Los críticos, forzando un poco la realidad, deformándola, han hecho caber el Libro del Buen Amor dentro de sus normas y han interpretado de acuerdo con ellas la finalidad del autor. Han procedido siempre de un modo unilateral, incompleto. No han sabido colocarse en un punto de vista ideal que abarque todas las perspectivas. Juan Ruiz es desconcertante. La variedad de las interpretaciones y la manera enigmática como el Arcipreste propone la solución del enigma, dan particular interés a la obra del viejo maestro del humorismo ibérico.

Unos lo creen, y esta fué la interpretación dominante en otro tiempo, un fraile inmoral y cínico que se deleita narrando sus aventuras galantes y revelando los ensueños de una imaginación deshonesta y lujuriosa. Esta visión parcial no explica los elementos moralizadores y religiosos y se presenta con prioridad al espíritu; el Libro seduce sobre todo por la pintura fecunda, vital, humorística del loco amor.

Otros lo proclaman moralista inflexible y aseguran que la descripción regocijada y picaresca del vicio—él es, pese a su investidura sacerdotal, el protagonista de la mayor parte de las escenas galantes—es la ejemplificación amable de sus enseñanzas morales. Juan Ruiz espera que los hombres aprenderán conociendo el vicio a huir de él. Las aventuras que se atribu-

ye son creaciones de su fantasía; si realmente hubiesen acontecido no las habría narrado. El Arcipreste no pudo ser un cínico vulgar como afirman los sostenedores de la tesis opuesta. Sin embargo a la luz de esta hipótesis, la de don Julio Cejador, Juan Ruiz aparece como un santo candidote que cree moralizar pintando el vicio con gracia seductora a pesar suyo. Esta interpretación no logra descifrar el enigma y deja, como la contraria, sin explicar medio libro.

Los que no ven en el Libro del Buen Amor sino malicia y llegan a dudar de la sinceridad de la fe de Juan Ruiz, se equivocan. El Arcipreste debió poseer un temperamento predispuesto a la meditación religiosa, y debió amar con devota sinceridad las virtudes cristianas. También se equivocan los que lo presentan cándido y santurrón. Olvidan su pintura seductora del vicio, hecha con pincel realista, tan diferente de la pintura convencional de los predicadores. Olvidan su carácter malicioso y burlón. No nació bajo el signo de aquellos mortales llamados a perdurar en la memoria de los hombres por su santidad, sino bajo el signo de los que se immortalizan como creadores de belleza. Juan Ruiz no fué ni un desvergonzado ni un santo; fué, consciente e inconsciente de su temperamento, un artista. La contradicción entre los elementos cristianos y moralizadores y los cuadros realistas del amor carnal, desaparece si se prescinde de los conceptos morales y se analiza la obra desde un punto de vista puramente estético. El Libro del Buen Amor es una honda interpretación de lo humano; la tesis y la antítesis morales se armonizan en una síntesis artística. El bien y el mal, lo real y lo ideal, son fundidos por el arte en una síntesis superior. Extraño, difícil de comprender—acaso él mismo no se comprendió—es este gigante de la décimacuarta centuria, hijo misterioso de la Edad Media castellana. Su espontaneidad sobrecoge nuestras almas disciplinadas por la cultura. Produjo su obra desordenada e ilógica, o de una lógica superior a todas las retóricas, con serenidad genial. Aunque los críticos hayan rebuscado en literaturas extranjeras muchos elementos de su libro, es uno de los escritores más castizos de la raza. Hizo suyos

algunos productos del ingenio humano concordante con su espíritu creador y, al incorporarlos a su obra, les dió nueva vida.

No se sometió a las normas consagradas. Su libro es todo menos lo que por libro se entiende; es contradictorio, heterogéneo. Se burló de antemano de los críticos que debían ensayar la clasificación de su obra y descifrar el enigma en ella contenido. En el Libro virtió lo propio y lo ajeno hecho propio al incorporarse a la conciencia y al subordinarse a un pensamiento director; virtió toda su alma. En esto consiste la secreta unidad oculta a los críticos esclavizados por las definiciones de los géneros, por los conceptos hechos de un arte según la lógica, desconocidos para el genio bárbaro de Juan Ruiz.

Constituyen el enigma dos problemas. Conviene separarlos: el primero consiste en establecer lo que el Libro del Buen Amor es para nosotros, prescindiendo de las intenciones del autor; el segundo, en determinar cuál fué el fin o cuales fueron los fines que Juan Ruiz, inconsciente tal vez de la trascendencia de su obra, persiguió al escribirla.

* * *

Los críticos, escandalizados por la crudeza de ciertas narraciones, habían desprestigiado moralmente a Juan Ruiz. El señor Cejador aparece, en la excelente edición del Libro del Buen Amor por él anotada, obsesionado por el deseo de rehabilitarlo. Este afán le hace proceder en forma unilateral. Según él, Juan Ruiz persiguió un fin moral bien determinado: comparar el loco amor, el amor mundano, con el buen amor, el amor divino, para inducir a sus lectores a tomar el sendero de la eterna bienaventuranza. Juan Ruiz es el arcipreste que figura en el Libro cuando sermonea con canonjil gravedad a los hombres. Cuando aparece dominado por un espíritu sensual y burión y pinta con deleite los placeres de la carne, es un simple vocero de un arcipreste fantástico, suma y compendio de los

clérigos libertinos de su época a quienes satiriza colocándose en lugar de ellos.

El señor Cejador ve a cada paso pruebas de esta finalidad moral, pero no logra resolver la contradicción contenida en el Libro: de un lado, la pintura amoral del vicio y del placer; y del otro, la gravedad del moralista y del sacerdote, del creyente sincero en la doctrina moral del Evangelio.

Si se toma en serio la parte moral, burlesca y erótica y se niega la sinceridad de los discursos plenos de unción sacerdotal, se obtiene, con razones de igual peso, la explicación contraria. La gravedad aparente de sus enseñanzas morales y de sus invocaciones a la Virgen, interrumpidas intempestivamente por más de una carcajada diabólica, constituiría la burla irónica más terrible que un alma escéptica, empapada en cierto sentimiento pagano de la vida, podría hacer del cristianismo.

El señor Cejador es católico y compatriota de Juan Ruiz. Lo admira, y quiere, dominado por un concepto moral de la finalidad del arte, reivindicar ante la Religión a su hermano de raza. Entre los dos extremos hubo de optar por la hipótesis que salvase la moralidad del Libro y el buen nombre del sacerdote.

Cada hipótesis muestra con vigor un aspecto de la obra, pero no logra explicar el otro. Suponiendo verdaderas las dos hipótesis, se le podría dividir en dos libros: uno contendría los pasajes que se explican por una hipótesis y el otro los que se explican por la otra. Uno tendría muchísimo valor moral, pero nadie lo leería; su mediocridad lo haría confundirse con cualquier texto vulgar de ética y piedad para escolares. El otro sería, por la evocación realista del placer, hecha con ingenio vivaz y sensual, de lectura muy fácil y de un gran valor literario. ¿Es posible que Juan Ruiz—alma latina a pesar de todo—no haya comprendido esta contradicción? Hay motivos para pensar—más adelante se verá el fundamento de esta afirmación—que intencionalmente cayó en ella.

He analizado el Libro prescindiendo de toda interpretación preconcebida; esperaba que me revelase su secreto sentido. Así

llegué al escollo de los dos elementos con finalidades diversas. No negué entonces una parte para afirmar la otra; las afirmé ambas y las he armonizado en una concepción estética superior a los conceptos morales en que la contradicción reside.

He prescindido en absoluto del autor y de sus actitudes en la vida mortal. He logrado armonizar los elementos contradictorios estableciendo la trabazón secreta que les enlaza y da unidad al Libro. He puesto en seguida de acuerdo esta interpretación con las indicaciones del autor sobre la manera como su obra debe ser interpretada. Juan Ruiz sabía que su obra contenía un enigma y en forma enigmática señaló su solución. Tal vez no hay un acuerdo completo entre mi solución y la insinuada por él. Tal vez Juan Ruiz no comprendió todo lo que su creación contenía implícitamente. Tal vez al hablar en forma enigmática dijo lo que no comprendía sino a medias. Su yo subconsciente habría vertido en las páginas del Libro algo que traspasaba los límites de su concepción. Acaso no pudo precisar su alcance y contenido.

Los lectores dan a menudo a las creaciones artísticas interpretaciones que sobrepasan los límites del plan y de la concepción del autor. Miguel de Cervantes ha alcanzado tanta gloria porque los hombres no se han limitado a ver en su obra lo que él vió, sino cuanto el espíritu humano es capaz de descubrir. La obra de arte, como realidad independizada del espíritu creador, es capaz de provocar reacciones de diversa índole en los temperamentos sometidos a su influencia y de dar lugar así a interpretaciones no concebidas por aquél. Y esta variedad de reacciones es tan natural como la diversidad de maneras de interpretar el cosmos perceptible y de concebir los néúmenos. Juan Ruiz pudo, sin embargo, tener vislumbres de que su creación sobrepasaba los límites de las finalidades por él perseguidas.

No habrá concordancia perfecta entre el pensamiento probable de Juan Ruiz y el mío, pero no por eso habrá contradicción; el mío amplía el suyo sin contradecirse con él. Tal vez no estaré de acuerdo con su yo superficial, pero lo estaré, sí, con su yo más hondo, el que subsiste en las páginas del Li-

bro del Buen Amor y que posiblemente nunca subía en él a flor de conciencia. En ese su yo perdurable y substancial—vivo lo he sentido mientras trataba de descubrir su secreto—alienta el alma inquieta, religiosa y sensual de la Edad Media castellana.

El Libro comienza con un acto de fe religiosa y concluye con otro. Entre ambos se desarrolla una tragedia sin desenlace, la que todos llevamos, conflicto incesante, en el corazón. Las almas son el asiento de un conflicto entre los valores ideales y éticos que impulsan al hombre hacia la realización de una humanidad más perfecta—el sentimiento religioso que, con este nombre o con otro, con aspiración ultraterrena o sin ella, induce a nuestras almas a su propia superación—y los impulsos fáciles del placer, de la carne, que nos piden el sacrificio de los ensueños suprarreales al goce del momento. El Libro del Buen Amor es una síntesis del conflicto entre lo animal y lo divino en el corazón del hombre.

Los estados contradictorios de un alma desnuda de todo convencionalismo, hasta de ese pretencioso convencionalismo, en virtud del cual aparentamos obrar siempre bajo el imperio de la razón,—serie de cuadros fragmentarios, verdadera historia de un alma,—se suceden sin explicaciones teóricas que hagan inteligible su al parecer caprichoso devenir. Y se hace éste con imparcialidad, con verdadera impersonalidad, con la imparcialidad de Miguel de Cervantes al narrar, sin apasionarse, la vida de su héroe. En el alma de Juan Ruiz, cristiano y sensual, se desarrolla la tragedia; su serenidad maravillosa de expositor ha desconcertado a los comentaristas y les ha impedido ver la trabazón secreta. Cervantes reveló con su actitud haber penetrado muy hondo en los misterios de la belleza. Permanecer sereno ante la propia tragedia interior, exponerla objetivándola, como pudiera hacerlo un espectador, con humorismo trágico-cómico, es una actitud más reveladora aún. ¿Cómo no sentirse desorientados los hombres con la lectura del Libro del Buen Amor? No eres, Juan Ruiz, un vulgar predicador de moral, ni eres simplemente un narrador lúbrico de cuentos de

subido color; has revelado fragmentariamente tu propia alma, dominada a veces por los impulsos de la carne y elevada otras al ensueño místico, asiento de la tragedia sin desenlace entre las tendencias contradictorias generadoras de la humana actividad.

La risa de Juan Ruiz es más noble aún que la de Cervantes. Este abandonó alguna vez su imperturbabilidad de narrador y acompañó a la plebe en sus burlas al caballero manchego, pero no descendió hasta la plebeyez de aquellos a quienes hizo coro porque él, al reirse de don Quijote, se reía de sí mismo, de su yo descarnado y reencarnado que vive en las páginas del Ingenioso Hidalgo. La risa de Juan Ruiz es provocada por la comprensión de la mezquindad humana, por el contraste entre nuestros sueños y nuestras acciones, por la plena conciencia de su propia debilidad.

Y para mayor desorientación, cuando menos se espera, se pone a rezar con tal gravedad, con oración nacida de lo hondo del alma, con oración reveladora del sentimiento de dependencia del hombre, esencia de las religiones, que el más malicioso no puede dejar de tomarlo en serio. Juan Ruiz oscila entre dos actitudes extremas: la actitud mística y la actitud demoníaca, los dos polos entre los cuales oscilan vacilantes nuestras almas. Después de haberse reído de todo, comprende que todo aquello de lo cual se ha reído es carne de humanidad y por consiguiente su propia carne. Mediante el flujo y el reflujo de las asociaciones va y viene de uno al otro extremo.

Hay en las almas humanas un elemento dinámico y un elemento regresivo. La presencia de ambos engendra el conflicto sin solución que constantemente nace, muere y renace, y el conflicto engendra la tragedia sin término, lírica, más honda que la tragedia del teatro, médula de nuestra vida consciente. El Libro del Buen Amor evoca con viveza este aspecto de la vida preñada de sugerencias.

Juan Ruiz mira el pecado sin escándalo farisaico, como algo inherente a la flaqueza humana, producto natural de la vida biológica o de las contingencias de la vida social. Sabe

que no es tan grande como pretenden los fariseos la distancia entre los justos y los pecadores. Si la vida del Arcipreste no fué como él la narra con crudeza realista, por lo menos así la vivió interiormente. Esa vida pecaminosa y sensual, expuesta con deleite y con malicia, constituye en cierto sentido una serie de pecados de pensamiento. De la vida externa o de la interna, el Libro es en todo caso autobiográfico. Una autobiografía del fluir de la vida interna, como la Vida de Santa Teresa de Jesús, revela mejor la naturaleza de un alma que una biografía de la vida puramente externa. ¡Cómo oscilaba la Santa de Avila entre el éxtasis divino y los dolorosos estados demoníacos!

* * *

Juan Ruiz se encuentra encerrado en una prisión por orden del cardenal don Gil de Albornoz. Inicia su libro con una plegaria a Cristo y a la Virgen; les pide que lo saquen de las graves dificultades inherentes a su aflictiva situación. Después precisa los fines que persigue: «Onde yo de mi poquilla çiençia é de mucha é grand rrudeza, entendiendo cuántos bienes fazen perder al alma é al cuerpo é los males muchos que les aparejan é traen el amor loco del pecado del mundo, escogiendo é amando con buena voluntad salvaçión é gloria del parayso para mi ánima, fiz'esta chica escriptura en memoria de bien é conpuse este nuevo libro, en que son escriptas algunas maneras é maestrías é sotilezas engañosas del loco amor del mundo, que usan algunos para pecar. Las cuales leyéndolas é oyéndolas ome ó muger de buen entendimiento, que se quiera salvar, descogerá é obrarle há: é podrá dezir con el salmista Viam veritatis, etc. Otrosí los de poco entendimiento non se perderán: ca leyendo é coydando el mal que fazen é tienen en la voluntad de fazer, é los porfiosos de sus malas maestrías é descubrimiento publicado de sus muchas engañosas maneras, que usan para pecar é engañar las mujeres, acordarán la memoria é non despreciarán su fama; ca mucho es

cruel quien su fama menospreçia; el Derecho lo dize; é quer-
rán más amar á si mesmos que al pecado: que la ordenada
caridad de sí mesmo comienza: el Decreto lo dize; é desecha-
rán è aborresçerán las maneras é maestrías malas del loco
amor, que faze perder las almas é caer en saña de Dios, ape-
cando la vida é dando mala fama é deshonrra é muchos da-
ños a los cuerpos. Enpero, porque es umanal cosa el pecar si
algunos (lo que non los conssejo) quisieren usar del loco amor,
aquí fallarán algunas maneras para ello. E así este mi libro
á todo ome o muger, al cuerdo é al non cuerdo, al que en-
tendiere el bien é escogiere salvaçión é obrare bien amando a
Dios, otrosí alque quisiere el amor loco en la carrera que an-
dudiere, puede cada uno bien dezir: Intellectum tibi dabe e
cetera. E rruego é conssejo á quien lo viere é lo oyere que
guarde bien las tres cosas del alma. Lo primere que quiera
bien entender é bien juzgar la mi intençión porque lo fiz'é la
sentençia de lo que y dize, é non al son feo de las palabras:
é según derecho, las palabras sirven a la intençión é non la
intençión a las palabras. E Dios sabe que la mi intençión non
fué de lo fazer por dar manera de pecar nin por mal dezir;
más fué por reduçir a toda persona á memoria buena de bien
obrar é dar ensienpre de buenas constunbres é castigos de salva-
çión, é porque sean todos aperçebidos é se puedan mejor guar-
dar de tantas maestrías, como algunos usan por el loco amor

.....
E conpóselo otrosí a dar algunos leçión é muestra de metrific-
car é rrimar é de trobar: ca trobas é notas é rrimas é ditados
é versos, que fiz'conplidamente segund que esta çiençia re-
quiere. (1)

Juan Ruiz procede como moralista al dirigirse a las perso-
nas de la primera y aún a las de la segunda categoría, pero
no cuando se dirige a los pecadores. El pecado es cosa hu-
mana, dice con sentido realista de la vida. No se ha olvidado
de los pecadores; en el Libro del Buen Amor hallarán útiles

(1) El Libro del Buen Amor. pág. 11 y siguientes. Edición de La Lectura.

enseñanzas para usar del loco amor, pero... él no se las aconseja. Y el señor Cejador no quiere ver aquí la primera irrupción de la ironía en el campo de las graves disquisiciones morales. Y ¡qué decir del poder moralizador de muchos elementos del Libro sobre las personas comprendidas en las dos primeras categorías!

Después insiste en la finalidad ética y dice que nadie debe tomar a mal el desenfado de sus narraciones: van encaminadas a moralizar, pero si alguien quiere encontrar en ellas fuente de otras enseñanzas, no se opone. Nadie debe tomarlas a mal porque él no persigue un fin inmoral. El artista, siguiendo inconscientemente los dictados de su temperamento, ha realizado una obra realista, amoral, y teme la interpretación que de ella puedan hacer lectores demasiado pacatos. Comprende a medias el carácter de su creación; sus cuadros de la vida no son en sí mismos ni morales ni inmorales, son simplemente reales. Esto no puede decirlo, porque no tiene el concepto del arte independiente de la moral.

Si Juan Ruiz fuese un maestro candoroso de moral, si en su obra no encontrásemos a cada paso manifestaciones del contraste entre su malicia y su candor, yo vacilaría antes de tomar en serio «lo que non los conssejo».

La doble intención queda revelada; más adelante la confirmará repetidas veces. El mal y el bien, la virtud y el pecado son inherentes al hombre. En el Libro del Buen Amor aparece la virtud con sus prestigios y el vicio con los suyos. El virtuoso encontrará solaz porque la virtud es ensalzada con piadoso candor. El vicioso también lo encontrará, porque el pecado es descrito con epicúreo entusiasmo. Es la faz y el revés de la medalla humana. Interprete cada cual como quiera. La realidad no es ni moral ni inmoral. Los amantes de la virtud y los cofrades del vicio estarán de acuerdo en que el Libro del Buen Amor causa placer, en que realiza más allá del bien y del mal la finalidad propia del arte.

Juan Ruiz siguió esta doctrina estética sin formularla y a pe-

sar suyo, sin darse cuenta de que su yo de artista se la imponía a su yo percedero.

Se dirige de nuevo a Dios y le pide que le dé su gracia para componer el Libro:

«El me dé la su gracia é me quiera alumbrar,
que pueda de cantares un librete rimar,
que los que lo oyeren, puedan solaz tomar. (1)

En romance moderno, la finalidad artística es lo esencial.

«Que pueda fazer Libro de Buen Amor aqueste
que los cuerpos alegre é á las almas preste. (2)

O sea, artístico y didáctico, grato a santos y pecadores, de un realismo superior, con la pintura fiel y seductora de la vida sensual unida a la concepción cristiana de la moral. El lector satisface así todas sus inclinaciones.

«Sería gran blasfemia pedir el favor de Dios para hablar de amoríos mundanos», dice el señor Cejador; no es blasfemia pedir a Dios favor para describir la vida y el hombre como son, ni para pintar el placer seductor, que lo es.

Promete momentos de placer artístico cuando dice:

«Sy queredes, senores, oyr un buen solaz,
ascuchad el rromanze, sosegadvos en paz:
non vos diré mintira en quanto en el iaz';
ca por todo el mundo se usa é se faz'.» (3)

La contradicción entre los elementos religiosos y morales y los picarescos y eróticos queda resuelta: unos y otros, apreciados en su conjunto, constituyen la trama de la vida y por consiguiente la verdad humana total. Como en la vida, recorriendo

(1) Libro del Buen Amor, pág. 14, T. I.

(2) Libro del Buen Amor, pág. 14, T. I.

(3) Libro del Buen Amor, pág. 15, T. I.

las páginas del Libro del Buen Amor se pasa humorísticamente de lo serio a lo jocoso, de lo moral a lo inmoral, de lo sublime a lo ridículo, de lo ideal a lo grosero, de lo religioso a lo profano, y Juan Ruiz no pierde jamás su serenidad apolínea ante el bullir dionsíaco de la vida.

II

Entona unos sencillos «Gozos de Santa María» y siente de nuevo, temeroso de las interpretaciones unilaterales, la necesidad de explicar cómo su libro debe ser interpretado.

La disputa entre el sabio griego y el bellaco romano confirma la hipótesis formulada. Unos mismos signos, los que hacía con docta seriedad el sabio griego y aquellos con que picarescamente le respondía el bellaco romano, fueron interpretados seriamente por el griego y picarescamente por el romano. El sabio griego hablaba en serio e interpretó seriamente los signos del romano, en perfecta concordancia con los suyos; el romano interpretó bellacamente los signos del griego y le contestó con signos que traducían su bellaca respuesta. El señor Cejador interpreta de acuerdo con su teoría el alcance de esta narración y hace decir a Juan Ruiz: «Críticos del siglo XIX, que tan lindamente habéis juzgado mi libro y su intención, sois ribaldos romanos, bellacos y rústicos, que no penetrais en las delicadezas de los sabios griegos». Es decir, el libro puede ser interpretado de dos maneras, a la manera del sabio griego y a la manera del bellaco romano. Los que han visto en él sólo el aspecto pícaro y mundano han caído en el error del bellaco de Roma, han tomado por bellaquerías los graves pensamientos del sabio griego; en cambio él lo interpreta seriamente, con delicadeza, a la manera del sabio griego. Es erróneo interpretar el Libro a la manera bellaca del romano, pero ¿no se equivocan en la misma medida los que lo interpretan todo, incluso la bellaquería del romano, a la manera candorosa del sabio griego? La alegoría es clara: ni el sabio griego con su suspicacia, por falta de malicia, ni el bellaco romano con su malicia, por falta

de sapiencia, se dieron cuenta total de lo sucedido. Para esto, como para comprender el Libro del Buen Amor, es preciso colocarse en un punto de vista superior desde el cual sea posible percibir los dos aspectos de la realidad, libre del error del romano y libre también del error del griego, en el punto de vista en el cual se colocó el propio Juan Ruiz al narrarnos esta historia humorística, en el punto de vista desde el cual se percibe el doble aspecto de las cosas y se alcanza la solución de la antinomia.

Las coplas 69 y 70 dan aún más luz sobre la manera como Juan Ruiz desea ser interpretado:

De coydares que miente, dize mayor verdat,
en las coplas puntadas yaze la falssedat,
dicha buena o mala por puntos la juzgat,
las coplas con los puntos load o denostat.

De todos estrumentos yo libre, se pariente:
bien a mal, qual puntares, tal dirá çiertamente;
qual tu dezir quesieres, y faz punto e tente:
ssy puntarme sopieres, siempre me avrás en miente. (1).

Dicho en romance moderno: si me interpretas como moralista, lo que te parezca inmoral será la parte falsa; si como narrador cínico de mi vida galante y de cuentos obscenos, y no se te escapa el deleite que experimento al narrarlos, la falsedad residirá en mi actitud de moralista. Si me miras con ojos de santo, te pareceré santo y negarás medio libro; si me miras con ojos de pícaro, te pareceré pícaro y negarás la otra mitad. «Si puntarme sopieres, siempre me habrás en miente», es decir, me tendrás siempre presente porque este libro es para todos los momentos de la vida. Aquí encontrará moralidad tu yo moral; el otro, el carnal, encontrará placer y epicúrea enseñanza. Te advierto una cosa: «de coydares que mientes dize

(1) Libro del Buen Amor, páj. 33 y siguientes. T I.

mayor verdat». El señor Cejador, con los ojos vendados por su interpretación moralista, no ve en esta advertencia hecha a todos los intérpretes unilaterales sino una crítica a los comentaristas que no toman en serio la actitud de Juan Ruiz moralizador. El Arcipreste concibió una contradicción; la tésis y la antítesis se armonizan con una síntesis: el libro encierra solaz para los momentos en que miramos la vida con severidad moral, y, para los ratos en que nos domina la sensualidad, está destinado a ser tenido siempre «en mente».

La oposición entre el bien y el mal reaparece constantemente. Apoyado en la opinión de Aristóteles, concluye que el hombre trabaja y se afana por «aver mantención» y por «aver juntamiento con fembra placentera». Esta es la verdad objetiva; la verdad ideal, la verdad religiosa no enseña lo mismo. Es necesario separar la verdad objetiva de la verdad ideal, el «es» del «debe ser». Por eso agrega:

Sy lo dexies' de mío, sería de culpar;
dízelo grand filósofo: non se yo de reptar;

de lo que dize el sabio non devedes dudar,
ca por obra se prueba el sabio é su fablar (1).

Si lo afirmase como un «debe ser» haría mal, enseñaría algo contrario a la religión; lo afirmo sólo como un «es», como un hecho de experiencia universal anotado por Aristóteles. Todos los animales pasan anualmente por el período del celo y quieren «compaña siempre nueva».

«El ome de mal sseso todo tiempo sym mesura,
cada que puede é quier' fazer esta locura» (2).

Y él, hombre al fin, «tuvo de las mugeres a veces grand amor». Va a narar sus amores. ¿Reales o fingidos? Literaria-

(1) Libro del Buen Amor, pág. 36, T. I.

(2) Libro del Buen Amor, pág. 37, T. II.

mente reales. Las aventuras galantes narradas por Juan Ruiz tienen aliento vital. Si estas aventuras existieron sólo en la imaginación del autor, no se impone por eso la tesis que considera como finalidad única o principal la finalidad moral. Si la intención exclusiva de Juan Ruiz fué moralizar, ¡qué original desmentido le dió su propio genio al inmortalizarlo como creador realista! Alzado el velo de los convencionalismos hipócritas, aparece un cuadro fiel de la vida, detrás del cual se adivina la silueta burlona del Arcipreste, haciendo equilibrio entre el idealismo cristiano, su profesión de fe intelectual y los impulsos de su temperamento sensual. Historiador imparcial, sabe ser con versatilidad muy humana. moralista y gozador de la vida. Es el doble yo que todos llevamos dentro y que en un católico adquiere, por la naturaleza de las prácticas religiosas ortodoxas, relieve singular: el yo pecador y el yo penitente, el yo carnal y el yo espiritual, el humano con vistas a la animalidad y el que aspira a conquistar el Paraíso. Nuestra vida psíquica es un tejido de contradicciones. Si pudiéramos conocer las almas como don Cleofás conoció la ciudad nocturna, o por el procedimiento del héroe de Barbusse, y las percibiésemos desnudas, en todo su multiforme y recóndita actividad, no podríamos extrañarnos de ninguna contradicción ni escandalizarnos de ningún pecado. Las contradicciones no reveladas son más profundas que las externas. Contradicción radical hay, contradicción lógica no psicológica, entre el yo religioso de Juan Ruiz y su yo de pagano gozador de los placeres sensuales, su yo de espectador humorístico de la vida, su yo de los momentos en que bebía, entre chanzas y rasgos de humor, un vaso de «bon vino» con sus amigos de Hita. La contradicción está en la raíz de la vida.

Ante el fracaso de una empresa amorosa, la vieja sabiduría moral enseña la resignación. ¿Va a renegar de las mujeres? Pese al *Eclesiastés*, son el encanto de la vida. Nos sentimos instintivamente atraídos hacia ellas. Dios las puso en el mundo y toda filosofía fracasa si pretende oponerse al instinto soberano. Hace una contraposición de la doctrina salomónica sobre la vanidad de las cosas humanas, verdad filosófica, con la verdad

realista de la vida. Humorísticamente concluye por reconocer que un amor no correspondido es evidentemente vanidad.

Todos los hombres no son en la misma medida inclinados al amor. La explicación se encuentra en la Astrología. Cada hombre nace bajo un signo que le señala su destino. Aprovecha la ocasión para satirizar a los clérigos ignorantes o torpes; no tienen la culpa, nacieron bajo un signo inconveniente. El señor Cejador observa que la doctrina astrológica no es aceptada por la Iglesia—Juan Ruiz no podía ignorarlo—por lo cual debe ser considerada como expresión del sentir de la época y no como doctrina profesada por el autor. La verdad es otra; Juan Ruiz no habla en serio. La explicación astrológica le sirve para dar apariencia inteligible a un aspecto muy real de la vida. En nuestro tiempo habría empleado con igual fin la doctrina de la herencia biológica. Queda Dios por encima, capaz de alterar los hados de la herencia o de los astros. De nuevo el dualismo contradictorio; el determinismo astrológico y el libre arbitrio divino.

* * *

He analizado los pasajes que tienen excepcional importancia para comprender el pensamiento de Juan Ruiz sobre la interpretación de su libro. ¿A qué seguir? La contradicción en que he insistido una y otra vez constituye la clave de la obra; una vez aceptada como motivo de la composición, se nos revela como la única explicación que no se contradice con el libro y lo explica totalmente. ¿Se dió cuenta Juan Ruiz del alcance que el lector moderno daría a su obra? Es difícil creerlo. Pero comprendió su carácter enigmático y por eso sólo en forma enigmática quiso revelar su intención. Presentía que en ese ir y venir de los aspectos opuestos de la vida se albergaba un alto valor estético. En un tiempo en que el concepto moral de la creación literaria primaba sobre el concepto estético, fué, consciente o inconscientemente, un heterodoxo.

Todo esto que veo en el Libro del Buen Amor, todo esto

que me hace ver mi incapacidad de aceptar las explicaciones simplistas, no constituye una verdad comprobada ni pretendo que sea tomada por tal. La sugiero sólo como una hipótesis posible, como la más probable quizás de las hipótesis que pretenden explicar el enigma de Juan Ruiz.

ENRIQUE L. MARSHALL.

LA TIERRA Y LA EVOLUCIÓN HUMANA, vol. IV de la biblioteca síntesis histórica «*La Evolución de la Humanidad*, Editorial Cervantes, Barcelona.

He aquí un libro sabio y claro, especie de introducción geográfica a la historia, que firma el catedrático de la Universidad de Estrasburgo Luciano Febvre, a quien ha secundado en la labor el profesor no menos reputado Lionel Bataillon.

Este volumen, digno de los que le preceden en la colección, nos parece uno de los aportes más efectivos para quienes desean hoy renovar la historia por caminos científicos. Hay en este libro valores que habían permanecido inéditos hasta la fecha. Representa una formidable labor crítica y depuradora de las doctrinas usadas en los manuales corrientes de geografía. Las teorías deterministas, tan en boga en estos últimos tiempos, aplicadas a la geografía, han producido una serie de errores que colocan al hombre en dependencia estricta del medio, coaccionado por éste en sus actos y en todos los aspectos de su vida. Contra ellos se levanta Febvre con vigor, haciendo una crítica minuciosa, implacable, que adquiere un valor de convencimiento muy enérgico. Frente a las *necesidades*, coloca las *posibilidades*, que es lo único que, al fin de cuentas, se presenta al hombre, quien las aprovecha en el sentido que le sugieren sus deseos y sus ideas, muchas de las cuales no tienen precisamente nada de naturales.

No menos interesante resulta la discusión con los sociólogos, que niegan a la geografía personalidad propia.

En suma, es una obra indispensable, al menos a nuestro juicio, para saber qué podemos pedir a la geografía para comprender mejor los hechos históricos.

CLARA AURELIA, EMPERATRIZ DE PORTUGAL, novela, por
Selma Lagerlöf. Editorial Cervantes, Barcelona.

Después de ese tomo lleno de ternura y espíritu religioso, con un valor artístico indiscutible aparte su significación educativa, que se titula «Leyendas de Cristo», la Editorial Cervantes nos envía, de la misma autora, una bella novela: «Clara Aurelia, Emperatriz de Portugal». Selma Lagerlöf alcanza en esta obra el equilibrio de la suave emoción con el acento dramático. Los campesinos del Vermland traban aquí sus almas en una historia que exhibe en síntesis cuanto hay de intenso, noble y pintoresco en ellos. Es este un drama de la paternidad, cuyo proceso y cuyo desenlace subrayan la reputación de maestría que goza Selma Lagerlöf y que le valió en Suecia el premio Nobel y el título de doctora *Honoris causa* de la Universidad de Upsala. La línea de locura que lleva el padre al ser arrastrado por su amor a la hija, tanto como el sacrificio de ésta por levantar a sus genitores, constituyen el mérito sobresaliente de la novela. Hay allí psicología exacta y observación aguda.

E.

EL JAPÓN, por *Pierre Loti*, Editorial Cervantes, Barcelona. Traducción de *Vicente Clavel*.

Aunque parezca extraño, este libro, acaso el más bello del autor de «Las Desencantadas» y sin disputa el padre de cuantos volúmenes se han escrito después sobre el pueblo nipón, sólo ahora se nos ofrece en castellano. Merece conocerse por las razones apuntadas y por ser, independientemente de ellas, valiosa pintura de tipos, costumbres, paisajes y monumentos del poderoso imperio asiático. Nos muestra ese país de ensueño y heroísmo vívida y hechizadamente. Desfilan ante nosotros las enormes ciudades niponas con sus muchedumbres y su contraste entre milenarios hábitos y signos crecientes de occidental-civilización; con la originalidad de sus paisajes, la maravilla de sus palacios de oro y laca, su culto, sus deslumbrantes fiestas imperiales, sus leyendas caballerescas, sus lujosas y suaves *musmés*. Es uno de los libros más luminosos que se han escrito sobre el Oriente. La traducción es fiel y castiza. Vicente Clavel ha sabido conservar en ella todos los matices del original francés, mantener el punto de vista diferenciado del autor y, a la vez, verterlo todo en vaso castellano muy puro.

E.

Marcelle Auclair en la
"Revue Européenne"

En correspondencia reciente, Marcelle Auclair nos anuncia haber sido encargada por la Dirección de la *Revue Européenne* de la Crónica de letras hispano-americanas que inserta la mencionada publicación.

Dirigen la *Revue Européenne* Edmond Jaloux, Valery Larbaud, Germain, y Philippe Soupault.

Los autores y editores que deseen ver aparecer las obras que publiquen en la Crónica Bibliográfica confiada a Marcelle Auclair, deben enviárselas a 6 *rue Blanche, Paris*, que es la dirección oficial de la revista, o a 18 *rue Diderot, Moullins, Allier*, residencia de nuestra poetisa.

El formato de nuestra revista

La reducción del tamaño de **ATENEA** que ha podido notarse en los números aparecidos este año, fué acordada sólo como un ensayo; y tal acuerdo, en todo caso, quedaba sujeto a las opiniones que acerca de él lográramos recoger. No tuvo sino el carácter de una reforma provisional.

La Dirección de la revista, atendiendo a la forma de distribución de los números y a la necesidad de conservar un formato igual por lo menos en cada volumen, para los efectos de la encuadernación, mantendrá el tamaño actual hasta completar el primer volumen de 1925.

A partir del número 6.º de este año, **ATENEA** se imprimirá en su formato definitivo, que ha de consultar los deseos de nuestros lectores y las necesarias condiciones de comodidad y de buena presentación.